Fray Mocho



EL ABARATAMIENTO DE LA VIDA

¿Volveremos a balconear el encanto de los ''tudo a vinte, sañur''?


—Ayer me pasé toda la tarde estudiando varios idiomas. Ahora puedo hablar en quince lenguas.
—Me gustaría oirte.

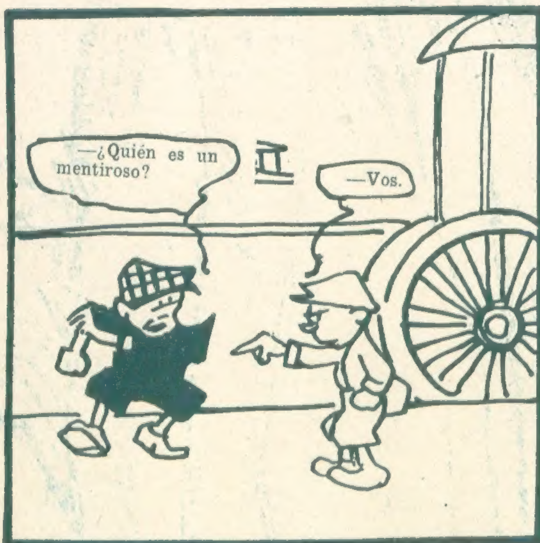

—Peti, siqui, meti, tang.
—¿Qué quiere decir eso?


—Quiere decir: "Me voy a la escuela", en chino.
—Di algo más.

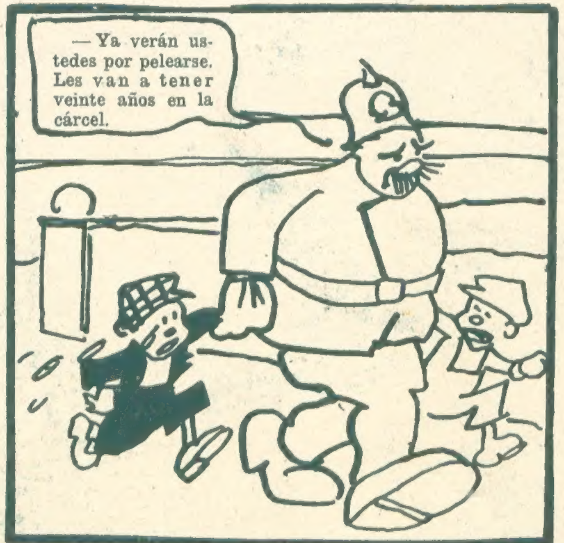

—Furlaj moscof tumarofisqui.
—¿Y eso qué quiere decir?


—Quiere decir: "Hoy hace lindo día", en ruso.
—No es cierto. Furlaj moscof tumarofisqui, quiere decir otra cosa.


—Quiere decir: "Eres un mentiroso".
—¿Qué es lo que quiere decir?


—¿Quién es un mentiroso?
—Vos.


—¿Quién es mentiroso? ¿Quién?
—Vos, sos el más grande mentiroso del mundo.


—Ya verán ustedes por pelearse. Les van a tener veinte años en la cárcel.


—Señor agente, suélteme usted, que mis papás si se enteran van a matarme.
—Si usted supiera el genio que tiene mi vieja me soltaría en seguida, señor vigilante.


—Bueno, les soltaré a ustedes con tal que me juren no pelearse nunca más.
—Nunca más discutiré con él.
—Yo tampoco.


—"Ulu zali zulimbum" quiere decir: "Mamá debe estar esperándonos", en zulú.
—¡Es cierto!

FRAY MOCHO

Año X — Buenos Aires, 22 de febrero de 1921 — Núm. 461

Exposición universal de 1922

Grandes perspectivas se fundan en la Exposición Universal de Comercio, Industria, Ciencias y Artes, que se proyecta inaugurar entre nosotros el 9 de julio de 1922.

El interesante certamen, sin duda el más vasto y atrayente de cuantos se han celebrado en Sud América, ha de congregar las manifestaciones más dignas de la admiración del siglo en punto a los progresos e iniciativas del saber humano.

Buenos Aires será así, el año próximo, punto de cita mundial para los grandes industriales, comerciantes y artistas de ambos continentes; y como para entonces es de presumir que Europa se halle enteramente restablecida de sus formidables dolencias políticas y sociales, su representación en el torneo será siempre digna de los asombrosos adelantos técnicos que constantemente la destacan a la cabeza de la civilización.

Estados Unidos ha de enviarnos la flor de su potencia industrial, y será ésta la oportunidad definitiva para los argentinos, de parangonar las colosales creaciones del genio del norte con los viejos y para nosotros tradicionales productos de las naciones que nos brindaron su cooperación a través de los tiempos.

Y aparte de estas sonadas contribuciones al éxito de la Exposición, revestirá singular interés ver reunidos en Buenos Aires las cosas y los rasgos de los países hermanos, cuyo conocimiento íntimo por tantas y tan poderosas razones excita nuestra afectuosa curiosidad.

En nuestros círculos económicos y sociales la iniciativa se comenta con animación, habiéndose recibido con sinceros plácemes la noticia de que Italia, el gran país amigo, había sido el primero en adherirse a la idea.

El nuevo ministro de marina

Los largos interinatos, y múltiples causas de todo género, habían concluído por dar a la marina el aire indefinible de las instituciones acéfalas. Todo estaba en orden, pero... ni los barcos tenían su dotación reglamentaria, ni el personal se hallaba distribuído, ni los valiosos e importantes elementos morales y materiales de la armada respondían eficazmente al programa patriótico que de ellos espera siempre el pueblo de la República.

Era necesario colocar de una vez al frente del ministerio un profesional que conociera a fondo las necesidades de la flota, y que prescindiendo de escuelas o tendencias incompatibles con el desarrollo técnico de nuestra marina, contribuyera a perfeccionarla poniendo a cada hombre en su puesto y a cada cosa en su sitio.

Es lo que unánimemente se reconoce por la opinión y la prensa de todos los partidos al señor contralmirante don Tomás Zurueta, últimamente designado para desempeñar el alto y difícil cargo.

Con imparcialidad tanto más digna de elogio cuanto menos fácil de aplicar en la práctica, el nuevo ministro proveyó de entrada las vacantes de mayor jerarquía, y no contento con ello adoptó resoluciones encaminadas a asegurar una obra duradera y firme de progreso naval.

El país entero se halla gratamente impresionado de esta actitud del contralmirante Zurueta, cuyo período ministerial ha de señalarse, sin duda, entre los más dignos del reconocimiento y del aplauso populares.

SONETO

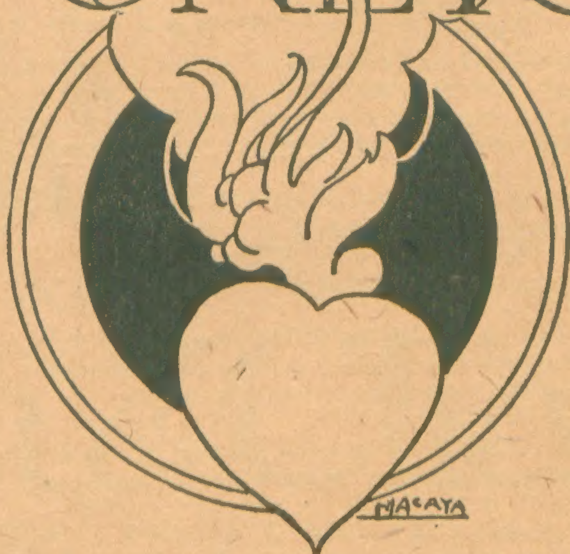
Quiero y no quiero que me quieras. Quiero
abrir el corazón para tu pena,
y al mismo tiempo, con orgullo austero,
dejarlo intacto, como cosa ajena.

Como no sé lo que con él espero
ni qué misión obscura lo encadena,
dueño suyo no soy y en él no impero:
ola soy que lo lleva y no lo llena.

La Muerte dejó en mí este cáliz preso
para apagar su sed en el regreso.
Y yo no sé si lo hallará vacío...

Mas cuando lo alce para el sorbo largo,
diré: ha vivido, pero no es amargo.
No me atreví a tocarlo: no era mío...

Enrique BANCHS.



La Pastoral de monseñor Duprat y los verdaderos culpables

La ciudad, después de los alegres devaneos del carnaval, en que agotó sus reservas humorísticas y su provisión de locos desplantes y juveniles diabluras, se recoge en sí misma, medita, y bajo el ardoroso látigo del sol, en estos días caniculares y despiadados, se entrega atada de pies y manos a la seriedad, a la compostura... y a la cuaresma.

Nada de ruidos inútiles, de músicas fantásticas, de chistes diabólicos reñidos con la moral. Para todos se impone el nuevo espíritu de gravedad temerosa y desconfiada. Los más chicos ven acercarse la fúnebre "rentrée" escolar y el momento terrible de dar cuenta ante las mesas examinadoras de su aptitud para no ser aplazados... Los más grandes, metidos hasta el cuello en el pantano de la crisis, víctimas del alquiler, de los proveedores y de la reducción de recursos, apenas tienen alientos para deplorar los excesos carnavalecos y jurar sobre sus bolsillos vacíos no incurrir en futuras calaveradas.

¿Qué más? El gobernador de la sede eclesiástica, monseñor Duprat, considerando sabiamente que en esta catástrofe universal, a la mujer debe corresponderle una parte y no pequeña, ha enderezado contra ellas una animada censura emprendiéndola contra la liviandad de sus trajes y la indiscreta exhibición de sus mortales encantos.

Desde el domingo de pascua — ha dicho en una severa y elocuente Pastoral—ningún sacerdote, por ningún motivo, podrá dar la sagrada comunión a ninguna señora, señorita o niña que no lleve completamente cubiertos pecho, hombros y brazos con telas que no sean transparentes...

Esto de las telas transparentes, sobre todo, está llamado a producir una revolución en el mundo femenino. Pase — dirán ellas compungidas — por lo de cubrirse "completamente" ¿pero cómo hacerlo con telas no transparentes si nadie las fabrica hoy? ¿Dónde encontrarlas?

Y he aquí que con toda gracia hallarán el modo de probarnos a los bobalicones que somos los hombres, que la liviandad de trajes no es culpa de ellas—¡no señor!—sino de los pícaros y fomentidos industriales...

LA INFALIBILIDAD

por Guillermo APOLLINAIRE

El 25 de junio de 1906 el cardenal Porporelli acababa de almorzar cuando le anunciaron la visita de un sacerdote francés, el abate Delhonneau. Eran las tres de la tarde. El sol implacable que exaltó la astucia triunfadora de los antiguos romanos y que calienta apenas la picardía fría de los de nuestro tiempo, si bien vertía rayos intolerables en la plaza de España donde se levanta el palacio cardenalicio, respetaba la habitación de monseñor Porporelli. Las persianas conservaban una frescura agradable y una penumbra casi voluptuosa.

El abate Delhonneau fué invitado a pasar al comedor. Era un sacerdote campesino, cabezudo, cuyo aspecto presentaba una vaga analogía con el de los pieles rojas.

Era de Autun, y sin duda debió nacer dentro de los límites célticos de la antigua Bibracta, en el monte Beuvray. Existen todavía en Autun, ciudad de origen galo-romano, y en sus alrededores, galos en cuyas venas no corre sangre latina. El abate Delhonneau era de esos.

Se acercó al príncipe de la Iglesia, y le besó el anillo, según se acostumbra. Rehusando las frutas de Sicilia que monseñor Porporelli le ofrecía en un cestillo, le expuso el objeto de su visita.

—Deseo, — le dijo, — celebrar una entrevista con nuestro Santo Padre el Papa, pero en audiencia privada.

—¿Misión secreta del gobierno? — preguntó el cardenal, entrecerrando un ojo.

—¡No, monseñor! — repuso el abate Delhonneau. — Las razones que me impulsan a solicitar esta audiencia, no interesan sólo a la Iglesia de Francia, sino al catolicismo entero.

—"¡Dio mio!" — exclamó el cardenal, mordiendo un higo seco, relleno con avellana y anís. — ¿Es realmente algo tan grave?

—¡Muy grave, monseñor! — repuso el sacerdote francés que, advirtiendo en ese instante algunas manchas de cera en la sotana, trataba de rasparlas.

El prelado murmuró con acento gemebundo:

—¿Qué puede ser todavía? Ya nos han dado bastante fastidio con su ley sobre la separación de la Iglesia y el Estado, y con las divagaciones de ese canónigo Bierbaum, de Landshut, en Baviera, que no cesa de escribir contra la infalibilidad...

—¡Imprudente!—interrumpió el abate Delhonneau.

Monseñor Porporelli se mordió los labios. En su juventud, cuando no era más que un cura mundano de Florencia, había combatido la infalibilidad, pero luego se había inclinado ante el dogma.

—Tendrá usted audiencia mañana, señor abate,—dijo.—¿Conoce usted el ceremonial?

Le tendió la mano; el sacerdote se inclinó, depositó en ella un beso sonoro y se retiró, retrocediendo hasta la puerta, donde se inclinó por segunda vez, mientras el cardenal le bendecía con un gesto cansado de la mano derecha, al mismo tiempo que con la izquierda acariciaba los melocotones del cesto.

Cuando al día siguiente el abate Delhonneau fué conducido a la presencia del Papa, se arrojó de rodillas y besó el múleo del blanco Pontífice, y en seguida, poniéndose de pie, le rogó, en latín, que le escuchara a solas, como en confesión. Y ¡oh, condescendencia!: El Santo Padre acogió con favor esta petición osada.

Una vez solos, el abate Delhonneau comenzó a hablar lentamente. Se esforzaba por pronunciar el latín a la italiana, pero los galicismos abundaban en su lenguaje de seminario; además, reaparecía a cada momento la "u" francesa, incomprensible para el Papa, que interrumpía al orador y se hacía repetir lo que no entendía.

—Santo Padre, — decía el abate Delhonneau, — después de estudios y de penosas reflexiones, he adquirido la certidumbre de que nuestros dogmas no son de origen divino. He perdido la fe y estoy convencido de que en ningún hombre puede la fe resistir a un examen honrado. No hay una sola rama de la ciencia que no contradiga con hechos irrefutables las llamadas verdades de la religión. ¡Ay, Santo Padre! ¡qué pena para un sacerdote descubrir esos errores, y qué dolor atreverse a confesarlos!

—Hijo mío, — dijo el Papa, — creo que en esas condiciones usted ha debido dejar de celebrar la Santa Misa. Ningún sacerdote puede vanagloriarse de no haber conocido las dudas que a usted le han asaltado; pero un retiro en esta ciudad, cuna del catolicismo, le devolverá la fe perdida, y por los méritos de...

—¡No! ¡No, Santo Padre! He hecho todo lo que era posible para recobrar una fe que, vacilante al principio, se ha derrumbado para siempre. Me he esforzado por apartar las ideas que me torturaban. ¡Ha sido en vano! Y usted mismo, Santo Padre, usted lo ha declarado: las dudas le han asaltado, ¿Dudas? ¡No! ¡Claridades, iluminaciones, certidumbres! Confiéselo: el triple símbolo de autoridad que en su frente pesa, está cargado de falsedades sagradas. Y si bien la política le impide afirmar las negaciones que se agitan en su espíritu, no por eso dejan de existir. El espanto de reinar por medio de mentiras seculares es el verdadero peso del papado, un peso que hace vacilar a los elegidos al salir del cónclave... Responda, Santo Padre: Usted sabe bien eso. Un pontífice romano no debe ser menos perspicaz que un pobre cura del Morvan.

El Papa permanecía sentado, inmóvil, grave, y durante esta última parte del discurso no había abierto los labios. Delante de él, el abate Delhonneau parecía uno de aquellos galos que durante el saqueo de Roma se presentaban a molestar a los senadores majestuosos, semejantes a estatuas en sus sillas curules. Alzando lentamente la mirada, el Pontífice preguntó:

—Sacerdote: ¿qué es lo que quiere usted decir?

—Santo Padre, — repuso el abate Delhonneau, — posee usted un poder formidable; tiene usted el derecho de decretar el Bien y el Mal. Su infalibilidad, dogma incontestable porque descansa en una realidad terrestre, le otorga una autoridad que no admite contradicción. Puede usted imponer a los católicos la verdad o el error, según lo quiera. ¡Sea bueno! ¡Sea humano! ¡Enseñe lo que es verdadero! ¡Ordene "ex cathedra" que el catolicismo sea disuelto! ¡Proclame que sus prácticas son supersticiosas! ¡Anuncie que ha terminado la misión gloriosa y milenaria de la Iglesia! Erija esas verdades en dogma y usted merecerá la gratitud de la humanidad. Descienda luego de un trono en el que usted domina por el error, y que nadie en adelante podrá ocupar legítimamente, si usted lo declara vacante para siempre...

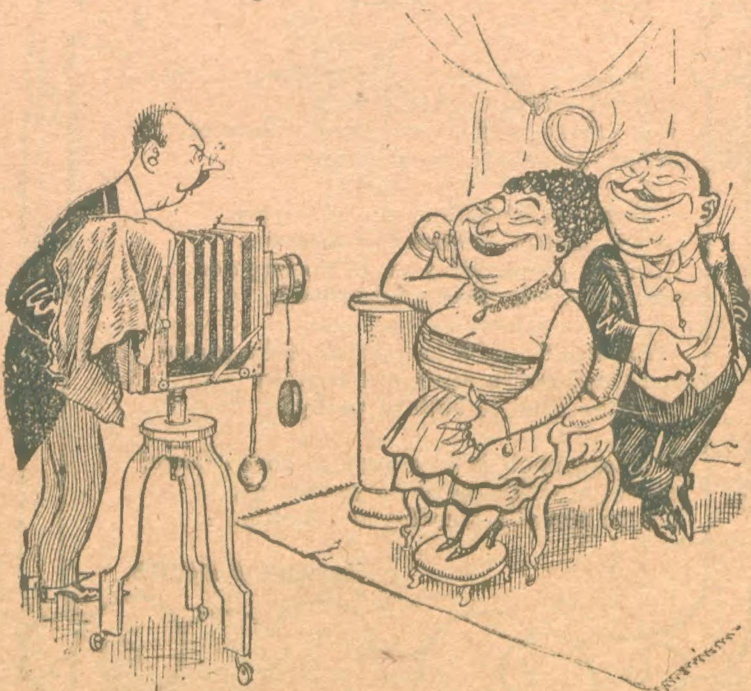
El Papa se puso de pie. Desdeñando todo ceremonial, salió del salón, sin dirigir una palabra ni una mirada al sacerdote francés, que sonreía con desdén, y a quien vino a buscar uno de los guardias nobles para acompañarlo hasta la puerta, a través de las suntuosas galerías del Vaticano.

Poco tiempo después la curia romana creó un nuevo obispado en Fontainebleau y nombró, para ocuparlo, al abate Delhonneau.

En su primer viaje "ad limina" el nuevo obispo propuso a la Santa Sede la erección en dogma de la creencia en la misión divina de Francia. El cardenal Porporelli, cuando lo supo, exclamó:

—Galicanismo puro! Pero la administración galo-romana, ¡qué buena es para las Galias! Es necesaria para aplacar la turbulencia de los franceses. ¡Y cuánto cuesta civilizarlos!...

LOS ESPOSOS CIMA SE RETRATAN EN LA FOTOGRAFIA MINUTO



—Si le parece que no sonreímos bastante, dígalo francamente.

La gloria del proceso

(Escrito en la carcel de Guatemala).

Don Miguel de Cervantes me prestará su pluma
para escribir mi nombre debajo del proceso;
quien me enseñó su idioma me enseñará a estar preso;
también quiso abrumar la pena que me abruma.

Insinuará él razones, sutileza de suma,
y aguzará ironías contra el destino avieso;
y, así, sobre las olas de mi iracundo acceso,
se mecerá su risa como una flor de espuma.

Maestro de los siglos, me enseñará a ser fuerte.
El día en que los hombres quieran pesar mi suerte,
veré yo su figura dominadora y alta;

y, cuando el fiel severo del tribunal se exceda,
me tenderá Cervantes la mano que le queda,
o arrojará a un platillo la mano que le falta.

José Santos CHOCANO.

Las orugas destructoras de los microbios

El bacteriólogo Metalnikoff ha comunicado al Instituto Pasteur, de París, los resultados de sus investigaciones sobre la potencia que las orugas desarrollan para destruir o anular los bacilos reputados como más contagiosos; es decir, los de la difteria, el tétanos, la hidrofobia, la peste y la tuberculosis.

Las orugas conservan la inmunidad contra esos terribles enemigos, porque los absorben y en cierto modo los digieren.

"Las orugas—declara Metalnikoff —se hallan dotadas de una vitalidad y una resistencia extraordinarias contra los microbios y sus substancias tóxicas."

En la Memoria presentada manifiesta que ha inyectado larvas con microbios a las orugas, las cuales a los dos o tres días los habían destruído por completo, siendo así que el bacilo de Koch resiste durante años en el cuerpo del hombre.

El bacteriólogo ha realizado por millares los experimentos antes de emitir su informe, y se halla plenamente convencido de que la oruga posee algún principio activo que es fatal para la vida de los microbios.

M. Metalnikoff dice que es necesario buscar por este medio la solución práctica del problema, y puesto que no le cabe duda de que la oruga tiene fermentos digestivos que destruyen los microbios patógenos, todos sus esfuerzos tenderán a aislar esos fermentos.

Por lo tanto, considera que tal vez se llegue a utilizar un suero de oruga, para la curación de las dolencias originadas por aquellos microbios.



La grandiosa exposición blanca que realiza **Gath & Chaves** en su Anexo y Casa Central, se destaca como una propicia oportunidad de renovar ajuares y disponer lo más práctico para el confort del hogar, todo a precios de excepcional conveniencia.

Juegos de Ropa Blanca para Señoras

126—**CAMISA** en buena batista, confeccionada y bordada a mano, puntilla valenciana y entredós de Irlanda . . . . $ **5.50**

127—**CALZÓN** haciendo juego, pesos **5.50**

128—**CAMISÓN** haciendo juego, pesos **8.90**

129—**CAMISA** en batista, adornos de entredós y puntilla valenciana . . . . $ **5.50**

130—**CALZÓN** haciendo juego, pesos **5.50**

131—**CAMISÓN** haciendo juego, pesos **9.50**

132—**CAMISA** en batista, pasacinta de broderie, calada, puntilla cluny . . . . $ **5.50**

133—**CALZÓN** haciendo juego, pesos **5.50**

134—**CAMISÓN** haciendo juego, pesos **11.90**

135—**CAMISA** en batista, pasacinta de broderie, entredós y puntilla imitación hilo . . . $ **5.50**

136—**CALZÓN** haciendo juego, pesos **5.50**

137—**CAMISÓN** haciendo juego, pesos . . . . $ **12.50**

ESTA GRANDIOSA EXPOSICIÓN COMPRENDE LOS DEPARTAMENTOS SIGUIENTES:

Anexo: Ropa Blanca — Blanco — Lencería — Corsés — Pañuelos y Puntillería.
Casa Central: Camisería Hombres y Niños—Ropa Blanca Niñas y Bebés — Corsés — Lencería Niñas — Tapicería y Pañuelos.

Solicite el Catálogo de esta Grandiosa Exposición Blanca. Lo remitimos gratis.

The South American Stores

Gath & Chaves Ltd

CASA CENTRAL: FLORIDA y CANGALLO • ANEXO: Av. de MAYO, PERÚ y RIVADAVIA

El germen del cáncer ha sido evidenciado

por Federico CALVO

No se sabe si es animal o vegetal

Teodoro Roosevelt, en su último período presidencial tuvo el loable propósito, y lo llevó a cabo, de fundar una sociedad destinada al estudio de las enfermedades infecciosas. Tan importante comisión la puso a las órdenes del doctor Harvey R. Gaylord, científico de Búffalo y a cuyos esfuerzos y competencia se han realizado estudios muy atendibles sobre el gérmen del cáncer, esa horrorosa enfermedad que se engulle con incontenible voracidad los tejidos de la trama animal.

En la busca y la rebusca de ese agente mortífero y desconocido, al fin se pudo comprobar que era de naturaleza acuática y que gusta de establecer sus dominios en medio de las algas y de las plantas que crecen y extienden sus ramazones sobre la superficie tranquila de las aguas.

¿Y cómo pudo encontrarse su vivienda en donde menos era de suponerse? Sencillamente observando los tumores que presentan los peces en el hocico y en las agallas. Estudiando la naturaleza cancerosa de tales tumores en las diferentes clases de pescados que se cultivan en los Estados Unidos y en muchos otros países de Europa y de Asia, se comprobó que el germen de la terrible enfermedad es un cocus imperceptible que viaja sobre un gusanillo nemátodo.

Observados por medio del ultramicroscopio el gusanillo es apenas perceptible y los cocus cancerosos presentan el aspecto de una mancha sumamente tenue. El doctor B. H. Ramson del servicio sanitario le ha dado al gusanillo que le sirve de vehículo al gérmen del cáncer el nombre de "Agomonematodum", por cierto un poco complicado y de difícil silabeo.

Este profesor que se ha tomado el trabajo benedictino de medirlo, nos dice que el largo es de 0,0394 de milímetro; el ancho es de 35 micromilímetros; el diámetro de la cabeza de 24 y el canal intestinal de 16 de ancho y de largo. Estas medidas infinitesimales las damos a modo de referencia maravillosa, porque la mente humana no puede imaginarlas.

Y si pensamos que el gusanillo vehículo tiene tales dimensiones, cuánto más imperceptibles serán los cocus del cáncer y el virus que derraman. El aumento de la potencialidad de los aparatos de óptica se hace de necesidad urgente, porque son muchos los gérmenes imperceptibles que pueden prestarnos muy grandes servicios o producirnos muy graves desastres. Después de todo hay quien admire la perfectibilidad de nuestros órganos sensitivos y perceptores, como la expresión de un alma inmortal y divina.

De las muchas experimentaciones de la comisión referida se ha llegado a conclusiones muy importantes, tales como la de que el cáncer no es contagioso de individuo a individuo y que de él podemos librarnos teniendo especial cuidado por las aguas potables e hirviéndolas antes de tomarlas para mayor seguridad.

Los peces contraen la enfermedad por las agallas y por el hocico cuando viven en aguas infectadas; pero un pez infectado no contagia a otro, ni a ningún mamífero, inclusive el hombre. Pueden prepararse y comerse sin escrúpulo de ninguna clase. Lo grave está en beber el agua en donde vivía el pez canceroso.

El doctor Raymond L. Ditmars ha evidenciado también que las garrapatas son vehículos del cáncer y a esta causa atribuye la pérdida de muchos ejemplares valiosos de culebras y reptiles que han sucumbido en el Parque Zoológico de Nueva York infectados por el cáncer. En los reptiles el cáncer se localiza preferentemente en el hocico.

La comisión investigadora declara que el coto o bocio es de naturaleza cancerosa y que proviene de la ingestión de aguas estancadas en donde probablemente no escasea el agomonematodum.

ELOGIO DE UNA PAMELITA GRIS PERLA

Carlos Merlini, por Guastavino



Tiene características de perfecto "dreadnougth". Se le conceptúa como una de las más robustas unidades de la flota del Apostolado. Desplaza 143 kilos. Su armamento es respetable: 7 tenedores por banda, 1 cucharón a proa y 1 colador a popa. Su radio de acción le permite "navegar" a diario por la calle Florida, sin reponer el combustible de su prominente "fiambrera" abdominal. Colega de Adolfo Calvete y de Delfor del Valle: martilla lo que caiga. Y el clásico "gris perla" de su "carabela", tradúcese en fulgurante notoriedad.

Los Estados Unidos, exportadores de queso

Después de doce años de ensayos y tentativas inútiles, los Estados Unidos han conseguido fabricar quesos de todas clases, en cantidades considerables, y dentro de pocos días llegarán a Europa varios barcos transportando grandes cargamentos de queso suizo, de Roquefort, de Brie, de Gruyère y de cuantas marcas han hecho famoso este artículo.

Los quesos de calidad inferior se fabricaban en importantes cantidades en América; pero quesos delicados para los "gourmets" no podían conseguirse, a pesar de las cuantiosas sumas que a ello dedicaba el departamento de Agricultura de los Estados Unidos. Los trabajos emprendidos de una manera constante, han dado ya los resultados apetecidos, y América puede vanagoriarse de fabricar los mejores quesos del mundo. El más difícil de confeccionar parece que era el queso suizo, y actualmente se obtiene éste en condiciones de bondad y baratura muy superiores a los helvéticos.

Los fabricantes de quesos en Suiza guardaban cuidadosamente el secreto de la composición, y, por esta causa, los técnicos del departamento de Agricultura yanquis tuvieron que recurrir a la extracción de las miles y miles de bacterias de una expedición de queso suizo de calidad superior. Luego, por medio de un proceso de eliminación, y merced a un procedimiento de cultivo nuevo, pudieron aislar los organismos que formaban la masa del queso.

Asimismo, han perfeccionado los métodos de la fabricación del queso Roquefort con leche de vaca, curándolo en condiciones artificiales, que le hacen similar al fabricado en Francia.

Antes de dar publicidad a sus descubrimientos, el departamento de Agricultura envió durante dos años a diferentes mercados el queso fabricado en la forma indicada, en competencia con los legítimos, y los resultados fueron tan satisfactorios, que, por fin, se ha decidido a ponerlo en conocimiento de la prensa.

En el Estado de California existe el proyecto de elaborar queso suizo en gran escala, según los nuevos procedimientos de producción. Esta fábrica elaborará queso suizo por valor de dos millones de dólares en lo que falta del año actual, y de él enviará a Suiza una buena parte, porque ya ha sido remitido a aquel mercado, habiendo logrado una aceptación extraordinaria, por estimarlo de calidad análoga al que allí se expende.

La amistad

por Marcelle TINAYRE

La amistad es rara y deliciosa. Es una flor que requiere grandes cuidados. Crece fácilmente en los corazones muy jóvenes, pero sólo da sus frutos en los corazones maduros. ¡Cuántas relaciones encantadoras entre adolescentes, o jóvenes, son destruidas antes de que den flor, por la súbita revelación de las almas en su realidad, por el choque de intereses y de ambiciones, por el matrimonio!

Sin embargo la amistad existe y para inspirarla basta tal vez poseer uno mismo la facultad de experimentarla. "No tiene usted amigos, es que no es usted capaz de ser un amigo", podría decirse a los pesimistas que quieren desencantarnos.

No hay que prestar el corazón con intereses; la economía, en esta cuestión, arruina más seguramente que la prodigalidad. Nos engañamos muchas veces y a menudo somos engañados; el recuerdo de tales errores, y el recuerdo de las separaciones inevitables, no están exentos de melancolía. Pero, a pesar de todo, hemos sido más felices que los demás y hemos sido mejores, puesto que hemos amado.

El amor y el amor maternal tienen violencias más magníficas; se manifiestan por emociones físicas. Es la razón de su fuerza la excusa de sus extravíos. La amistad, por encima de aquellas antiguas fatalidades de la naturaleza, aparece como un sentimiento más exquisito, más raro, y el mejor elogio que de ella pueda hacerse, es decir que fortifica en nosotros lo que nosotros tenemos de más humano; la conciencia, la libertad, la voluntad, libradas de la tiranía del instinto.

Los dentistas ambulantes que recorren la república China emplean métodos de trabajo muy primitivos. El único instrumento que necesitan para extraer las muelas son sus propios dedos. Con ellos arrancan las muelas más rebeldes. Probablemente sufrirán más de un mordisco. Para adormecer a los pacientes emplean opio y varios aceites.

REUNIONES LITERARIAS DE ANTAÑO

Había en Atenas, cuenta Atheneo, el famoso gramático griego, autor del "Banquete de los Sofistas", ciudadanos que tenían el talento de conversar. Se reunían en número de sesenta en el templo de Hércules, en Diomes, uno de los poblados del Atica, y se les llamaba en la ciudad "Los Sesenta". Y al regresar de su asamblea, se decía: Vengo de los Sesenta. Entre ellos, según cuenta Teléfano, en su libro sobre Atenas, se citaba a Calimedon, por sobrenombre El Calvo, Deinias, Monsigeton, Menechnie, y otros. Su reputación de "sprit" era tal que Filipo de Macedonia oyendo hablar de ellos, les envió un talento a fin de que le enviasen escritas sus charlas. Esta es, sin duda, la más antigua sociedad literaria de que encontramos rastro en la antigüedad, pues existía cuatro siglos antes de Jesucristo.

En Roma, bajo los emperadores, los poetas tenían formado una especie de cenáculo, o academia, donde se reunían, en una casa particular llamada Schola Poetarum, a la que Marcial fustiga a veces con sus epigramas.

Como en todas las academias, allí se discernían sus miembros alabanzas recíprocas, y lo mismo que en el Instituto nuestro, un banquete reunía a los elegidos.

Se sabe que en Roma, los poetas y los escritores en general, tenían la prudente y muy buena costumbre de someter sus obras al juicio de sus amigos. Se leía durante las comidas, y los oyentes, muellemente reclinados, daban sus opiniones. Fué al fin bajo el reinado de Augusto que los escritores, tentados por el demonio de la soberbia, decidieron dar lecturas públicas, por iniciativa de Asinio Polion. Se celebraban éstas en salas preparadas de antemano, u ofrecidas por generosos mecenas. A veces los poetas iban a cantar sus obras en sitios públicos. Declamaban sus estrofas bajo los pórticos, en los teatros, pues en esa época el teatro no excluía la poesía, en los baños, en los jardines, y sobre todo en el Foro. La plebe antigua, cuya vida se pasaba en lugares públicos, se agrupaba alrededor de estos cantores entusiastas, y se manifestaba a su manera.

Era así como el pueblo se iniciaba en los esplendores de la poesía. Ovidio cuenta en sus "Tristes": La barba me había apenas sido rasurada una o dos veces, y yo ya leía al pueblo los poemas de mi juventud.

El público, como en nuestros días, era prevenido por medio de anuncios. Bien entendidos que en las lecturas los amigos del autor daban la señal de los aplausos.

Plinio el joven admiraba en su mujer la constancia con que ella escuchaba a su marido en público. Ella se situaba discretamente, se dice, en un lugar cubierto con una cortina, y escuchaba con avidez las alabanzas que se prodigaban a su marido.

Los grandes escritores consentían en descender a los calles, y cuando los emperadores la dieron por escribir, también ellos bajaron a hacer recitaciones en público.

"Claudio, en su juventud, escribe Suetonio, emprendió por consejo de Tito Livio, escribir una historia. Habiendo comenzado a leer los primeros capítulos delante de un numeroso auditorio, resultaron tan malos, que apenas le consintieron terminarlos de leer. Además, al comienzo de la lectura, la obesidad de uno de sus oyentes causó la ruptura de varios asientos, y el público no pudo contener la risa.

Los éxitos de lectura, así como los ensayos de nuestros días, no significaban gran cosa, pues se sabía que una claque hábil estaba de antemano preparada a romper en aplausos en el momento preciso. Pero, como dijimos antes, era sobre todo en la mesa que se gustaba disfrutar de las bellas letras.

Aulo Gelio nos suministra un cuadro de estas reuniones:

"Celebrábamos, dice en "Las Noches Aticas", nuestras saturnales en Atenas, con toda alegría. La misma mesa reunía a un cierto número de romanos venidos a Grecia para escuchar a los maestros. Las cuestiones sobre que se trataba casi siempre eran algún pensamiento de un viejo poeta, un punto histórico, una palabra rara y de significado ambiguo, o los tiempos difíciles de algunos verbos conocidos."

Se sabe que Carlomagno se inspiraba, a no dudarlo, en esas tradiciones antiguas, y agrupó alrededor suyo un círculo de sabios que no se hablaban sino en latín, y se abrumaban citándose nombres griegos y latinos, en sus disputas, además de sobreponérselos a los suyos propios: así, Teodulfo llevaba el nombre de Pindaro; Riculfo, arzobispo de Maguncia, se llamaba Damaetas, Eginardo, se llamaba Calliopeus, etc.

El emperador mismo se hacía llamar David, por deferencia hacia la sagrada escritura, que él admiraba sobre todas la otras, diciendo: que le gustaría más poseer el espíritu de los evangelios que el de los doce cantos de la Eneida.

La Edad Media, se sabe, fué la edad de oro de las sociedades poéticas. Tenían sus reuniones una vez al año, y discernían coronas a los poemas que les eran sometidos. Algunas de estas asambleas provinciales tenían un origen muy antiguo, como la de Caen, llamada de la Concepción, que se celebraba el 8 de diciembre y se remontaba al siglo XI.

Más tarde vinieron las "Cortes de Amor", que tuvieron su mayor esplendor en Provenza, cuando los papas habitaban en Avignon. Los miembros de las Cortes de Amor, estaban divididos en muchas clases, según una jerarquía un poco cómica, en la cual encontramos cargos como los de "conserjes de los jardines", y "pastores amorosos".

Bibliografía

Hemos recibido:

Anuario de "La Razón".—Volumen de cerca de 400 páginas, conteniendo gran cantidad de información social, política, económica y comercial, correspondiente al año 1920.

Criptógamas parásitas observadas en la provincia de Entre Ríos, sobre las plantas cultivadas, por Juan Romualdo Báez.

Revista del Centro de profesores diplomados de enseñanza secundaria.—Año I.—Número I.

Inter-América.— Volumen IV. Número 5.

Boletín de la Unión Panamericana. —Enero de 1921.

Ensilaje.—Estudio teórico práctico del ensilaje y de su adaptación a la Argentina, por el ingeniero agrónomo José M. Scasso.

Citrus cultivados.—Trabajos y estudios hechos en la Escuela Nacional de Agricultura y Sacarotecnia.

Memoria de la Dirección General de Minas, Geología e Hidrología, correspondiente a los años 1917 y 1918.

Estadística minera de la República Argentina.—Año 1917.

El carnaval de los niños

Apuntes tomados por Columba, en el Parque Chacabuco, durante el concurso de máscaras infantiles.

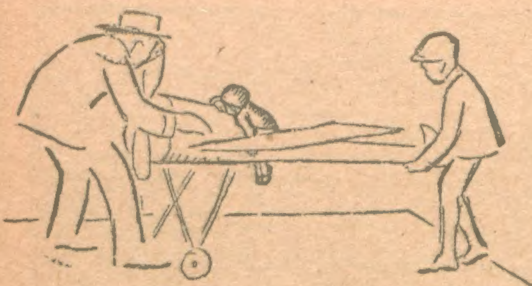


Una novia que lloró su soledad ante el jurado.

Un "general San Martín".



La barra brava que circundaba el tablado por donde desfilaron los niños disfrazados.



Un "aviador" que cuando le llegó el turno de pasar, estaba profundamente dormido.



El presidente del concejo deliberante, doctor Spinetto, olvidándose de la política, ante las pequeñas máscaras.



Señor Adolfo Gómez, presidente del jurado, encargado de los bombones, defendiéndose contra el asalto de los chicos.... y de los grandes.



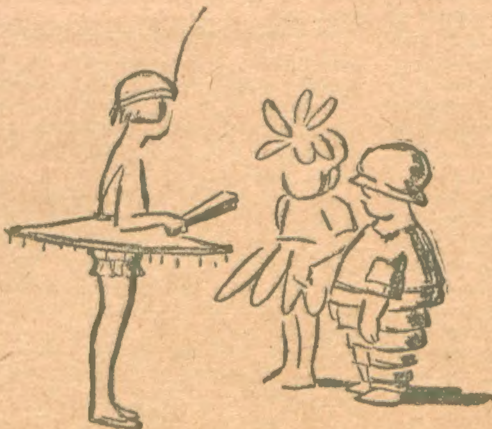
Una mamá presentando a su niño, mientras el jurado no sabe a quién de los dos debe premiar.



La murga "Los amantes del huevo frito".



María Rosa Plando, de 4 años, haciendo la Raquel Meller.



Una "fantasía"... de la mamá. — Un "crisantemo" y un "pájaro", según la mamá. (El jurado no se permitió desmentirla).



"Patito".



"Delicias de la vida conyugal". Dos novios se pelean en el tablado por un paquete de bombones.



Una "bailarina" que saludó al jurado con un largo bostezo.



Una "princesita", mientras dice: "Espero al caballero que ha de robar a este capullo"...



Un "barquillero"... en tres líneas.



Un "arlequín" con los ojos fijos en los bombones del señor Gómez.



"Dama antigua".



Un "guarda de tranvía" que repartía boletos (sin cobrar los 12).



Roberto Penedo, disfrazado de "Alfredo Palacios".



Un "pollito" y su cáscara, levantado por un miembro de la comisión.

Crónicas de Nueva York

El hombre que obtuvo un voto para presidente

Aquí del humor de Mark Twain, el más grande burlón de los escritores norteamericanos, el cual, de vivir en este planeta todavía, hubiera escrito cosas deliciosas acerca de este paisano de frescura lechugosa, que, con una seriedad desconcertante, se ha proclamado candidato a la presidencia de los Estados Unidos, sin contar, absolutamente para nada, con la cooperación de sus amigos.

"Querer es poder"—se dijo David Beach—y yo voy tras del poder."

Es una historia curiosa la de este ciudadano-yunque cuyas espaldas se han atrevido a soportar el peso enorme de una campaña tan pintoresca como baldía; porque la "grandeza" de su obra consiste precisamente en su estupenda esterilidad.

Hay que fijarse bien; ni un voto consiguió David, a pesar de ser tan "valiente" como su homónimo de la Historia Sagrada. Esto es lo que admira y asusta. Ni un voto: ni un amigo, ni un pariente, ni su mujer, ni sus hijos, ni sus deudos se dignaron favorecerlo, siquiera por conmiseración familiar, con ese pequeño favor de considerarlo capaz de sentarse en la Casa Blanca y desde allí gobernar la llamada nave del Estado. Nada...

Nadie: él solito. Es triste y se presta a consideraciones de carácter pesimista; mil votos, cien votos, acaso cincuenta o doce hubieran satisfecho su vanidad elegible.

¿Por qué no?

Presidentes de repúblicas, arzobispos, ministros, generalísimos y otros muchos personajes que todos hemos conocido y alabado por sus virtudes y su ciencia han procedido de las más bajas capas sociales. Hasta hijos de mendigos han sido algunos de ellos. David Beach, por este lado, no tiene "pero" que le incapacite para ser el primer magistrado de su nación. Antes al contrario; posee un abolengo de lo más democrático, un oficio de lo más útil en las sociedades modernas: es mecánico. Esto significa que es "alguien" y que trabaja.

Procediendo de acuerdo con estas ideas, Mr. David Beach se postuló de por sí en la Convención de Chicago, y aquellos graves señores que formaban aquel grave conglomerado político cometieron la torpeza de no tomarlo en consideración. Muy mal hecho. Siempre es conveniente, en los juegos políticos, atender y considerar todos los valores, por singulares que parezcan, porque la política tiene algo de lotería y todos los números valen.

No se desanimó Mr. Beach porque la Convención de Chicago no le registrara como candidato; se limitó, con gesto estoico, a redactar su propia postulación, y después regresó, digno y tranquilo, a su hogar de Bridgeport, y a las pocas horas penetraba en su taller y torneaba una rueda con concienzuda laboriosidad.

Pasaron semanas. Cox y Harding, los dos candidatos de significación, iban de un pueblo a otro pueblo, seguidos de sus secretarios, a tantas millas por hora, pronunciando discursos y lanzando manifiestos con la risueña prodigalidad de todo pretendiente. La prensa nos informaba, al minuto, de los avances de ambos, así de los territoriales como de los políticos; y en tanto, Mr. David Beach trabajaba silencioso con sus ruedas.

¿No es esto admirable, ejemplar, confortante?

"El que me quiera que me siga"—parecía decir con su elocuente silencio de hombre de acción. — Yo no les ofrezco a mis conciudadanos vana retórica; yo les ofrezco obras".

Un vecino suyo, hombre de experiencia y de años, a quien llaman Uncle Tin, le dijo un día con cierto tonillo irónico:

—He leído en un diario que usted se había postulado para la presidencia de la República. ¿Qué hay de cierto en ello?

—No lo niego; yo mismo me he postulado.

—¡Y con qué fin? ¿Es una broma de usted?

—No, señor; yo nunca bromeo; yo soy un hombre serio.

—Entonces, ¿qué pretende usted?

—Mucho, Tío Tin: ser derrotado sin luchar. Una derrota más honrosa que la de Mr. Cox, el cual se fatigará en balde... Mi actitud es clara y limpia como el agua de una fuente. Me he postulado yo. Nada de farsas, de compromisos y amaños; nada de crear intereses que luego, si se atienden, perjudican a los de la nación, y si no se atienden hacen fracasar al compromentido. ¿Comprende usted lo que significaría que un ciudadano consciente llegara al poder con un programa de sencilla honradez y sin ningún compromiso?

—Todo eso está muy bien; pero ¿qué iba a hacer usted desde la presidencia?

Mr. David miró con fijeza al Tío Tin; luego enarboló el martillo, pero no fué para pegarle: fué para remachar un clavo de la rueda que estaba construyendo. Y contestó con esta pregunta histórico-filosófica:

—¿Cree usted que lo haría peor que cualquier otro presidente o rey del mundo, mi querido vecino?

Uncle Tin, con aire perplejo, se limitó a rascarse el cogote.

—Puede ser que esto del gobernar bien a los pueblos, consista en simplificar las cosas hasta el punto de que un herrero que sepa el oficio valga para el otro. Es posible también que cuantas menos piezas mejor, más fácil el negocio, y que para ser mandón basta con el sentido común que usted posee. Puede ser...

—Seguro. Pero fíjese usted, compadre, en que los gobernantes hacen todo lo contrario. ¿Que las cosas son sencillas? ¿Qué todas ellas, por ser vulgares, pueden resolverse por medio del sentido común? Pues ellos, los gobernantes, las complican y entonces es cuando se dedican a atender sus propios negocios y los negocios de los suyos. ¿Comprende, Tío Tin?

—Algo turbio está todo eso; pero me doy cuenta. De donde resulta que, si se quiere, es más fácil gobernar a un pueblo que construir la rueda que tiene usted delante.

—Claro. Y si no, que llaman a Wilson o a Harding. Ellos no saben hacer lo que un simple artesano hace. ¿Miento?

—Dice usted la verdad, compadre; estoy convencido. Felicítese. Cuenta usted con mi voto, con el voto del vecino más respetable de Bridgeport. Seremos dos con sentido común.

—Gracias, Tío Tin; así nos repartimos el fracaso. No importa; ya vendrán otros detrás; hay que abrir camino.

Y el Tío Tin, "en efecto", no votó por David Beach.

Don JOSE.

Nueva York, 1921.

APUNTES VERANIEGOS



"La atracción de Mar del Plata", por Hans

UN VERDADERO SPORTMAN

por Gabriel DE LAUTREC

La locura de William Duckson fué como sigue. Desde muy joven se había distinguido por una notable afición a los deportes. A la edad de cuarenta años, su pasión por la bicicleta le trastornó los sesos. Imaginó, de pronto, que se había convertido en una bicicleta y desde entonces no salió sino con una chapita en la frente. Hay ejemplos numerosos de errores semejantes. Tenemos, sin ir más lejos el de aquella mujer que se volvió loca por haber tomado demasiado café, y que se creía transformada en cafetera. Vivió mucho tiempo en un hospicio donde le toleraban la manía. Permanecía casi siempre con una mano en la cintura y el brazo en ángulo: era el asa; y el otro brazo extendido delante de sí: era el pico. Sabía hacer muy bien "pcht, pcht" para imitar al café hirviente. Pero tenía un miedo horrible de que tropezaran con ella, pues era de porcelana y frágil.

William Duckson no temía semejante aventura. Se enorgullecía de su construcción de acero flexible y pneumáticos. Como adoptaba las costumbres diferentes de su nueva situación, le vieron caminar por las calles encorvando las piernas, lo que sin duda era fatigoso, pero indispensable para un hombre cuyas piernas son ruedas y que trata de no llamar la atención. Más de una vez, de vuelta de su paseo, se quejó a su mujer diciéndole que sentía calambres en los rayos. Y mucho costó a su mujer convencerle de que debía acostarse en la cama, pues él insistía en que su sitio estaba en el garage. Cedió por no contrariarla. Pero a menudo despertaban a la buena señora las carcajadas convulsivas de su marido, que hallaba ridícula la idea de poner una bicicleta en una cama. Todas las mañanas, antes de salir, inflábase las mejillas hasta más no poder y luego se las tocaba con el índice para comprobar si tenían la elasticidad conveniente. Llevaba consigo una llave inglesa, con la cual, a pretexto de apretarse las tuercas, se arrancaba metódicamente los botones de su traje. Jamás salía sin llevar una aceitera en el bolsillo izquierdo del saco. Y de rato en rato se detenía y se echaba un poco de aceite en el gaznate. Como sufría de los bronquios, su mujer aprovechó, para hacerle tomar aceite de hígado de bacalao, sin que él se diese cuenta.

Y todo fué bastante bien hasta el día en que los progresos realizados en la locomoción moderna entristecieron el espíritu de William Duckson. Su carácter se ensombreció. Ya no se infló las mejillas ni se apretó los botones. Era una bicicleta que se entregaba al abandono. Como el esmalte que poco a poco desaparece de los caños de la bicicleta, del rostro de William Duckson desaparecieron los hermosos colores de la salud. Y su mirada se volvió semejante a la claridad dudosa de una lámpara cuyas pilas están agotadas.

Esa situación no podía durar. Un buen día anunció misteriosamente a su mujer que era un 20 H. P. La transformación se había realizado simplemente y sin sacudidas. Su alma recobró la calma.

Tuvieron que cambiar de casa, pues el departamentito en que hasta entonces habían vivido, resultó demasiado estrecho. La vieja criada fué durante ocho días a una importante casa de automóviles y siguió un curso de aprendizaje, a fin de cuidar mejor a su amo.

Todas las mañanas Duckson salía a dar un paseo. Cuando una vez llegado a la puerta de entrada y luego al medio de la calle, advertía que no disponía de bastante sitio para virar, retrocedía muy habilmente hasta la pared y de allí volvía a partir describiendo una curva elegante. Su mujer consintió en salir con él. Sus maneras eran más reposadas, a causa del peso mayor. En cuanto divisaba a un agente de tráfico, disminuía la velocidad, por temor de las contravenciones. El único inconveniente para su mujer, persona muy correcta, era éste: de vez en cuando, en medio de las calles, William Duckson se paraba en seco. Era una descompostura de la maquinaria. Entonces se precipitaba y se alargaba en el suelo, aun en medio del lodo. Se le veía agitarse en sobresaltos y hacer esfuerzos desesperados para acostarse debajo de sí mismo y ver qué parte andaba mal. Pero, como era poco ágil, rara vez lo conseguía.

La señora de William Duckson era una mujer enérgica. Llegó un día en que se cansó de tener un hombre máquina y se propuso curarlo. Después de largos conciliábulos con el médico de la familia, ambos convinieron lo que debía hacerse. El doctor era un hombre muy inteligente. Había obtenido curas maravillosas por el método homeopático. Fué éste el que se resolvió aplicar. El error consiste en contrariar a los enfermos, negándose uno a admitir que son en realidad lo que ellos creen ser. Es sabido cómo fué curado el famoso filósofo Malebranche que se imaginaba que tenía un jigote colgado de la punta de la nariz. Ese jigote imaginario le molestaba bastante para escribir. Su médico consintió un día en realizarle una operación. Vendó los ojos a Malebranche y con un cortaplumas le hizo un rasguño en la punta de la nariz. En seguida se sacó de debajo de la capa un jigote soberbio. El otro, ya sin venda, apenas daba crédito a sus ojos.—¡Pero es un jigote cocido! —exclamó.—¡Naturalmente!—repuso el doctor—si hace una hora que está usted junto al fuego.

Más o menos así procedió el médico de William Duckson. Fué a ver a menudo a su enfermo, sin dar a entender que lo creía enfermo, y demostró un interés apasionado por la historia de sus transformaciones sucesivas. Lo felicitó por ser un vehículo e hizo alusiones delicadas a diversas partes de su mecanismo. Y pasando de una cosa a otra, de pneumáticos a músculos, se llegó a la demostración de que el hombre mismo no es más que una máquina, la más perfecta, es cierto. Y William Duckson se sintió invadido por el ansia del progreso. Así como había querido ser automóvil, el automóvil, a su vez, quiso ser hombre. Lo alentaron en ese camino. La transformación fué fácil, puesto que sólo dependía de su imaginación. Y un día se despertó, convertido en hombre: había hallado así la sensatez, en el exceso de su demencia.

Dolor de espíritu

III

Yo no debo a la vida más que acerbos dolores,
ironías amargas y engañosas promesas...
Concentrado en mí mismo mis momentos mejores
son aquellos momentos de divinas flaquezas.

Cobarde eternamente para esgrimir el arma
que rescatarme puede de este yugo infinito,
mi corazón alienta en tan constante alarma
que cada pulsación es un acerbo grito...

Vida, impulsa mi mano; vida, ciega mis ojos...
Vida, tú que me arrastras por la senda de abrojos
de todas las miserias que aún, valiente, rechazo,

haz el dulce milagro de dar tregua a mi duelo...
¡Devuélveme a la tierra cuyo calor anhelo
como un niño aterido el maternal regazo!

IV

Paso a paso, siguiendo una senda curtida
voy cumpliendo mi sino que es cual una condena.
Es verdad que no arrastro macerante cadena
pero sobre mí pesa brutalmente la vida.

Sólo y sin esperanzas voy siguiendo esta senda;
sólo y sin esperanzas la seguiré hasta el fin...
Al saludo agorero de todo cruel mastín
responderá mi duelo quitándose la venda.

¡Señor de las alturas que te dices divino,
que riges de los hombres el amargo destino,
trueca el mío por otro más humano y hermoso!

Trueca el mío... ¡Imposible!... Tú no lo trocarás.
¡Y es justo no lo trueques, porque tú no querrás
hacer una justicia que te hará más odioso!

José M. Braña

Si visitáis los grandes bosques de la India, las extensas islas del Pacífico, las regiones equinocciales de la América, especialmente las tres Guayanas, sabréis lo que es un manglar.

El manglar es la reunión sucesiva de muchos árboles de una misma especie, o de otro modo, es la prodigiosa reproducción de un baniano que en poco tiempo forma un bosque inmenso, invade el territorio, los ríos y las orillas del mar, según la posición que ocupe.

Un baniano surge de pronto en un terreno donde no hay signo de vegetación siquiera. En poco tiempo el árbol adquiere una robustez extraordinaria. Luego, de este mismo árbol se desprenden ramas que penetrando en la tierra forman otros tantos árboles, siguiendo así la reproducción hasta que el árbol forma un bosquecillo, luego un bosque, más tarde una selva, y por último, en esa incesante actividad se extiende leguas y leguas sin que el hacha, el fuego y otros medios de destrucción puedan destruir aquella fecundidad prodigiosa.

Es una de las mayores maravillas de la naturaleza.

El bastón de Voltaire fué comprado por 200 pesos.

El abate Tarsan pagó en alto precio los zapatos de raso blanco de Luis XIV.

Sección vermouth

MERITO INDISCUTIBLE

—¿Qué cualidades tiene usted para el puesto de sereno nocturno que usted pretende?

—El menor ruido me despierta, señor.

EL HIJO DEL ACAPARADOR

—¿Por qué sacó usted de la escuela a su hijo, señor Juntaplata?

—Porque me lo estaban echando a perder. Ya le habían enseñado que mil gramos hacen un kilo.

UNA EXPLICACION FACIL

—¿Recuerda usted que me dijo que había cazado tigres en el Este de Africa? Pues según el capitán Smith me ha contado, no hay tigres por allí.

—¡Claro que no hay! ¡Cómo que yo los maté todos!

PARECIDO EXTRAORDINARIO

Asnorio cuenta:

—Mi hermanito y yo nos parecemos de una manera extraordinaria. Ello da origen a numerosas confusiones. El otro día lo encontré y pensé que él era yo y yo era él. El creyó que yo era él y él era yo. Nos miramos mejor y luego resultó que no éramos ni uno ni otro.

EL PADRE CONOCE A LA HIJA

Basilio se declaró a una joven y ésta le dijo que se dirigiera a su padre. El padre escuchó pacientemente al solicitante y luego le dijo:

—Por lo que a mí se refiere, no veo ningún inconveniente, pero siento mucho anunciarle que no se casará usted con mi hija.

—¡No me diga usted eso! — exclamó el joven dolorosamente, — ¿es que ella se lo ha manifestado así?

—No, repuso el viejo, nada me ha dicho mi hija. Pero yo la conozco muy bien, y si usted le hubiese gustado, le habría tomado sin consultarme a mi para nada.

CONOCIA EL ANIMAL

Un maestro daba clase de gramática; llamó a Pipirí y le dijo:

—Sírvase escribir en la pizarra lo siguiente: Jaime podrá ir en mula si así lo desea.

Cuando Pipirí lo hubo escrito exclamó el profesor:

—Muy bien. Ahora veamos si redacta usted esta frase de una manera más precisa.

—Sí, señor, responde Pipirí, y escribe en la pizarra: "Jaime podrá ir en mula, si la mula quiere".

UN PIROPO

—Sabe usted, María, que está más linda cada día.

—Usted exagera...

—Bueno, un día sí y un día no.

ACLARACION

—Vendí mi primer poema cuando sólo tenía dieciséis años. Desde entonces he escrito siempre.

—¿Y vendió usted el segundo?

LENGUAS VIPERINAS

—Me sorprendió saber su verdadera edad. ¿Verdad que no parece tener veintiocho años?

—No; pero debía parecerlo hace algún tiempo.

TEMOR

Son las tres de la madrugada. Pérez encuentra a su vecino López:

—¿Vamos para casa? le dice.

—No voy a casa.

—¿Por qué? ¿Cómo es eso?

—Mi mujer me juró que si hoy regresaba tarde nunca más me dirigiría la palabra.

—No haga caso, vecino, preséntese sonriente a su casa y verá como le habla.

—Sí, ya lo sé que me hablaría, por eso precisamente temo regresar a mi domicilio.

UNA SORPRESA

El marido gana un sueldo pequeño y la esposa para hacer méritos ante sus ojos, decide buscar trabajo.

Encuentra un empleo como dactilógrafa, ganando sesenta pesos al mes. Contenta se dirige a su casa para decírselo a su marido:

Ella espera que su marido le diga:

—¿Trabajar vos? ¡Qué esperanza! ¡Mi mujercita debe permanecer cuidando nuestro nido.

Llega y le dice:

—Jorge, encontré empleo de dactilógrafa, con sesenta pesos mensuales.

—¿Y es trabajo permanente?—pregunta el marido.

UN BATURRO MUY BATURRO

Un baturro que ha sacado la grande se dedica a viajar por todo el mundo. Al cabo de dos años regresa a su pueblo y le pregunta un amigo:

—¿Has estado en París?

—Sí.

—¿Has estado en Londres?

—También.

—¿Y en América?

—La recorrí enterica.

—¿Y qué es lo que te ha gustado más del mundo?

—Pues... ¡la jota aragonesa!

PERROS FIELES

Dos amigos hablan de la fidelidad de los perros.

—Mi padre, dice el uno, tenía un perro que cuando él murió se dejó morir de hambre sobre la tumba del patrón.

—Mi tío tenía otro que se suicidó con el revólver del difunto.

ECO CIENTIFICO

Los peones de un laboratorio químico están barriendo el establecimiento.

—Dime, Carlos, pregunta uno de ellos, ¿por qué el agua hace tanto ruido al caer sobre el fuego?

—Son los gritos de los microbios al quemarse.

EN LA COCINA

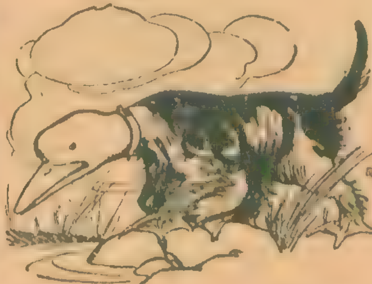
—En mi última casa, refiere Francisco a la nueva cocinera, habría estado muy bien si mis patrones no hubiesen sido fotógrafos.

—Y eso, ¿en qué podía perjudicarte?

—Es que en la mesa fotografiaban los platos que volvían a la cocina.

LOS HIBRIDOS









Un sabio americano ha logrado producir animales, con características de otros. Lo que veremos pronto, si la ciencia sigue por este camino.

HALLANDOSE A SI MISMO

El otro día un pibe se acercó a un vigilante:

—Vigilante, ¿ha visto usted alguna señora por aquí?

—Sí, he visto varias.

—¿Ha visto una sin un niño?

—Sí.

—Bueno, pues yo soy el niño. Lléveme junto a la señora.

EXPERIMENTO DUDOSO

Dice el doctor.—Ahora, tal vez sería bueno cantarle al nene cuando llore.

—Lo ensayaré—responde la madre —aunque me temo que los vecinos preferirán oírlo a él.

RECARGO EN EL PRECIO

—Vea, mozo, me ha cobrado usted sesenta centavos de más por este lenguado frito.

—¿Está usted seguro, señor? ¿Cuánto le cobré a usted?

—Sesenta centavos.

CARRERA ARRUINADA

—El era un muchacho muy inteligente en la escuela.

—Sí lo era.

—Siempre iba a la cabeza de su clase. La gente le predecía un gran futuro.

—¿Y alcanzó buen éxito?

—No. Ahora es el director de la escuela a que asistió de muchacho y su salario es de mil ciento cincuenta dólares al año.

PAJAROS DE LA MISMA PLUMA

—¿Que soy una coqueta?, ¡eh!—exclamó Mariana después de haber recibido la orden de irse.—Yo conozco coquetas más coquetas que yo, y con menos excusas—dijo mirando rencorosamente a su ama, y añadió—Yo soy más bonita que usted, más hermosa. ¿Cómo lo sé? Su marido me lo dijo.

—¡Basta!—contesta la señora fríamente.

—Pero no he terminado todavía!—replica Mariana;—yo sé dar un beso mejor que usted. ¿Desea saber quién me lo dijo?

—¿Si usted quiere indicar que mi marido...?

—No, no fué su marido esta vez—dijo Mariana.—Fué su chofer.

LOS TENIA

—¿Tiene usted accesorios para automóviles?—preguntó un hombre en la tienda.

—¡Oh! sí—contestó el dependiente, con una inclinación;—Tenemos árnica, emplastos, muletas, en el departamento de medicinas, a la izquierda, señor

LA DESCONOCIDA

por A. J. A. LOBRY

LA DESCONOCIDA

Hace cuatro años, cuando Lefrancois vendió la tienda de relojería y joyería a Grampon, al dar término a todas las formalidades necesarias, dijo aquél:

—Y ahora un consejo: no varíe usted en nada el establecimiento. Respete usted el nombre de Lefrancois en la muestra, en las facturas y en todos los impresos. Mi padre fundó la casa en 185.; tenemos una clientela que se va sucediendo de padres a hijos y que no le gustan los cambios. Sea usted el señor Lefrancois, por lo menos durante diez años; después, haga usted lo que mejor le parezca. Ya sabe usted por qué motivos hago el traspaso. La casa está en plena prosperidad; pero la salud de mi esposa es más delicada cada día, y los médicos le recomiendan la tranquilidad y los aires del campo.

En cuanto a las cartas, naturalmente, puede usted abrirlas, pues yo no recibo aquí más que la correspondencia comercial. Y nada más, querido sucesor; le deseo muchas prosperidades, y ya verá usted que la guerra no ha causado el menor perjuicio a la joyería.

En efecto, los negocios fueron magníficos. Grampon siguió el consejo de su antecesor, y todo fué a las mil maravillas.

No sólo se guardó mucho de modificar el aspecto de la tienda, sino que hasta él mismo llegó a adaptarse a ella. Lefrancois llevaba siempre traje negro, y nuestro buen Grampon cambió el suyo gris por otro negro. Lefrancois llevaba bigote; Grampon sacrificó su barba partida y conservó el bigote. Y no faltaba cliente que dijese: ''Es el señor Lefrancois, rejuvenecido''; o bien: ''El señor Lefrancois tiene un hermano que se le parece mucho''.

El verdadero Lefrancois escribía de vez en cuando a su sucesor: ''Mi pobre mujer, cada día más delicada''. Y al cabo de tres años, la buena señora pasó a mejor vida. Lefrancois la siguió al sepulcro seis meses después.

Grampon siguió abriendo la correspondencia dirigida a nombre de su antecesor, y que era siempre de asuntos comerciales. Sin embargo, una mañana de la pasada primavera encontró un sobre cuya dirección era la siguiente:

''Monsieur Eugenio Lefrancois. Personal''. Había abierto otras muchas que decían también personal y que invariablemente se referían a demandas de dinero.

Además, como hacía casi un año que Lefrancois había muerto sin hijos ni parientes, se decidió a abrir el sobre, y leyó:

''Burdeos, 13 de abril.

Querido Eugenio, ya hace cuatro años que no nos vemos. Pasado mañana, 15, estaré de paso en París. Veámonos en el Museo del Louvre, delante de la ''Salomé'', donde nos vimos por primera vez, y a la cual dices que me parezco. Estaré allí a las tres en punto. Después podremos pasar un par de horas reunidos. Te envía mil abrazos tu Lucita.''

Grampon se quedó turulato. Empezó por consultar los libros y comprobó que en Burdeos no había cliente alguno. Después se abismó en profunda meditación.

''¿Qué tal? Ese bueno de Lefrancois, que no hablaba más que de su mujer y que la cuidaba día y noche, sin descanso..., ¿quién lo hubiese dicho? ¿Pero quién sabe, tal vez por eso mismo sintiese de vez en cuando necesidad de buscar alguna distracción. Después de todo, él mismo me dijo: Durante diez años por lo menos, siga usted siendo Lefrancois. Yo he tomado su personalidad comercial, ¿por qué no tomar la otra también?

No, para él no habría disculpa posible, porque tenía una mujer encantadora, en perfecta salud, y dos hijas a quien adoraba. Pero se fué por la tangente.

Todas las cartas deben contestarse. Como la carta no tiene señas para contestar, iré a la cita.

Y fué vestido con su americana más a lo Lefrancois y cubierto con su sombrero más a lo Lefrancois.

La sala de la Escuela milanesa estaba casi vacía; sólo iban de un lado para otro algunos ingleses con la guía en la mano. Grampon se acercó al cuadro y se quedó admirando la pintura, la expresión y la imitación de Leonardo da Vinci. Después se alejó paseándose por entre los cuadros. No tardó en ver llegar y dirigirse hacia la ''Salomé'' una mujer joven, elegante y nerviosa, que, efectivamente, se le parecía. Seguramente era la señora de Burdeos. Así como Barras el día de una célebre revolución llevaba dos discursos en el bolsillo, Grampon, sometido a una revolución íntima intensa, llevaba dos discursos en la cabeza.

El primero: ''Señora, soy el sucesor del señor Lefrancois; he recibido la carta de usted, y me he permitido abrirla. Perdóneme. El señor Lefrancois murió el año pasado sin dejar familia. He venido aquí para hacérselo saber y expresarle a usted mi sentimiento''.

El segundo: ''Soy yo, querida Lucita. Debes encontrarme algo cambiado; parezco otro; pero tú estás siempre igual. Salgamos de aquí cuanto antes''.

Grampon era excesivamente tímido para pronunciar el segundo, y estaba demasiado nervioso para pronunciar el primero.

Quedóse indeciso con el encanto del encuentro y lo original de la aventura, incapaz de hacer el menor gesto ni de decir la menor palabra, dejando pasar el tiempo sin decidirse.

La señora recorrió toda la sala y le lanzó una mirada desdeñosa que parecía decir: ''Es un señor que se le parece; pero no es él'' y desapareció despechada.

Grampon regresó a su tienda, maldiciendo al principio su irresolución que quizá le hubiese privado de una aventura agradable. Pero después de estar cerca del domicilio comercial y conyugal, se dijo:

¡En qué lío me iba yo a meter!

Durante algún tiempo conservó la carta como recuerdo. Después pensó que si por casualidad era descubierta podría destruir su hogar, su porvenir, el de sus hijas. La quemó; pero aquel mismo día fué al Louvre y compró la fotografía del cuadro de Luini.

Colgó la Salomé encima de su mesa de despacho. Allí, mientras sacaba diariamente las cuentas, se la quedaba mirando y evocando la escena de la cita, cuya fecha quedó tan impresa en su memoria como la del día de su boda. En su vida de trabajador metódico fué aquello el ensueño de un día de primavera. Y todas las mañanas, al abrir el correo, con la mirada escrutadora y temblorosas las manos, se pregunta si no encontrará otra carta de la mujer que estuvo a punto de trastornar, quizá, toda su vida: la desconocida.

BUENOS CERTIFICADOS



—Dice usted que trabajó durante varios años en una oficina del Estado. ¿Tiene usted los certificados?

—No, señor; pero puedo demostrarle ahora mismo que bailo muy bien tango y fox-trot.

¡Antes de matarlas...!

Un marido inglés acaba de ser denunciado por su joven esposa ante el magistrado de Willertes.

No se trata de un esposo adúltero, que entregue su amor a otras mujeres desdeñando a la legítima consorte. No se trata tampoco de un marido borrachín, que entra tambaleante en el hogar y haga víctima a la cónyuge de sus pecadoras libaciones. Se trata, simplemente, de un marido ordenancista.

Hombre que posee un criterio, acertado o no, pero, desde luego, rígido, de lo que ha de hacer un esposo para su felicidad conyugal, pretendía que la consorte suscribiese tres mandamientos rotundos y categóricos. Negábase ella a la exigencia del marido, y éste la golpeó con insistencia, hasta que la casadita ha recurrido al amparo de la justicia.

He aquí los tres mandamientos del marido intolerante:

Primero. No entrar en la casa del vecino.

Segundo. No hablar a nadie en la calle.

Tercero. No ver a su madre hasta que se muera.

A no dudarlo, este varón exagera sus pretensiones.

Acaso hubiera conseguido todos sus propósitos de paz conyugal — perdonad, ¡oh madres! — amputando, parcialmente, las relaciones ''de cotilleo'' entre madre e hija.

Lo terrible es dejarlas hablar a solas, pasados ocho días del matrimonio.

Ellas — las suegras — son las que aconsejan las visitas a los vecinos y las conversaciones en la calle.

El tema está de sobra tratado en la novela y en la escena, para que ahondemos con motivo de este telegrama que recibimos de Londres.

Ahora bien: si las mamás políticas insisten en su propósito de subyugar a los yernos, aconsejamos que se opte por este procedimiento del marido inglés, antes de decidirse al asesinato.

Y, en último extremo....

Lo distribuído en premios Nobel

Ahora hace veinte años que se fundó el Instituto Nobel, y durante este período de tiempo se han distribuído premios a 101 notabilidades científicas y literarias. De ellas, 25 fueron alemanas, 20 franceses, nueve inglesas, una nacida en la India, ocho suizas, seis americanas, seis suecas, cuatro dinamarquesas, cuatro holandesas, y las restantes, belgas, noruegas, rusas, españolas, italianas y polacas.

El importe de los premios varió entre 131.000 y 150.000 coronas, según los intereses del capital fundamental, después de deducir gastos de administración. De forma que el total distribuído asciende a 10.000.000 de coronas.

Florencia, la sabia y la discreta

por Julio CAMBA

Si el lector prefiere los libros de Ricardo León, por ejemplo, a los de Azorín, es indudable que Roma le gustaría más que Florencia. Paseándose por las calles de Roma, se encontraría a cada paso con una cita clásica en mármol verdadero, y compadecería a los pobres hombres que viven en ciudades sencillas, sin grandilocuencia y sin retórica. Y si en vez de Ricardo León su autor predilecto es Pérez Lugín, pongamos por caso, entonces la ciudad que el lector preferiría a Florencia no sería Roma, sino Nápoles: ese Nápoles tan dulce, tan bonito y tan tierno, con su clima que, más que un clima, parece así como un calorcillo de cocina italiana.

Florencia no tiene la grandilocuencia de Roma ni el sentimentalismo de Nápoles. Es una ciudad en estilo menor y su naturaleza misma está toda ella compuesta de elementos sencillos: un río más bien turbio que claro; una vegetación que procura evitar cuidadosamente las exuberancias tropicales; unas montañas accesibles, sin volcanes, ni glaciares, ni trenes de cremallera, ni siquiera bandidos; un clima benigno y un cielo azul... Se ve que los primeros pobladores de Florencia, los que eligieron este sitio para fundarla, no habían leído a Pérez Lugín. Buscaron una naturaleza clara, discreta y armónica, fácil de sentir y de comprender. Y luego, a lo largo del tiempo, los florentinos fueron trabajando su ciudad como trabajaban sus joyas.

Esta ciudad es, como si dijéramos, la madre del mundo moderno. Cuando la Humanidad se sentía más vieja, Florencia le aplicó algo así como una inyección de glándulas intersticiales, y la rejuveneció. Cuando el mundo estaba más triste pensando en el dolor y en la muerte, Florencia le dijo que se dejase de tonterías, y le ofreció el Renacimiento como una fiesta. Unos hombres sabios y heroicos raspaban a escondidas en estas casas los viejos pergaminos, y bajo los salmos monacales veían aparecer a lo mejor textos filosóficos de Platón o versos de Anacreonte. Otros hombres, amparándose en la soledad de la noche, se iban a hacer excavaciones al campo, y cuando descubrían una cabeza de sátiro o un torso de Venus, escondían su hallazgo cuidadosamente para que no se los excomulgara como adoradores de demonios o de ídolos paganos. Nosotros vivimos hoy en el siglo xx y no en plena Edad Media gracias a aquellos hombres. La poca alegría de vivir que queda todavía en el mundo nos la han dado ellos.

Todavía pueden verse las calles donde vivían los florentinos del Renacimiento que, indudablemente, han cambiado; pero que apenas si han perdido carácter. Muchas conservan aún sus viejos nombres pintorescos: nombres de oficios, como la calle de los Boneteros y la del Arte de la lana...; nombres que no me atrevo a incluir en la misma categoría, como la calle de las Mujeres bonitas, o "Via delle belle donne"... El gran encanto de Florencia es que, constituyendo el tesoro artístico más rico del mundo, no tiene nada de ciudad-museo. Los parques y los palacios, con las estatuas que los pueblan, pueden haber cambiado de ocupantes, pero siguen ofreciéndosenos como una cosa viva. A ambos lados del Puente viejo, en estas casuchas deliciosas que se asoman sobre el Arno apoyándose en estacas de madera, los orfebres siguen trabajando como en tiempo de Benvenuto Cellini, cuyo busto barbudo los protege. La plaza de la Señoría sigue siendo el centro político de la ciudad; la plaza del Duomo sigue siendo el centro religioso. En Roma hay veinte transiciones, veinte soluciones de continuidad entre el pasado y el presente. En Florencia no hay ninguna. Desde su piedra más vieja a su piedra más nueva, toda Florencia vive, y vive alegre, tranquila e inteligentemente.

Conservación de los huevos

Frecuentemente, las revistas científicas suelen publicar multitud de recetas, más o menos eficaces, para la conservación de los productos alimenticios.

Respecto de los huevos se conocen algunas que por su costo o por el procedimiento a que hay que recurrir para el empleo, no han merecido la atención de las gentes.

Cuando los huevos se hallan expuestos al aire libre, se deshidratan, es decir, pierden por término medio de 10 a 15 centigramos de vapor de agua por día. Además, contra lo que muchos creen, a través de los poros de la cáscara penetran microorganismos que infectan el contenido del huevo, que es primitivamente estéril. Luego, los procedimientos de conservación del huevo deben responder a dos condiciones esenciales: impedir la deshidratación o evaporación del huevo y oponerse a la penetración y al desarrollo de las bacterias y sustancias pútridas. Para ello es cosa indispensable la integridad de la cáscara. En las aldeas se encierran los huevos bajo capas de paja, en montones de trigo o en arena seca. También produce buenos resultados la cal muerta, la greda y el talco para conservar los huevos de tres a cuatro meses. Otro medio sencillo es envolver cada huevo en un papel y colocarlo en lugar fresco, tal como una cueva.

Aparte de las cámaras frigoríficas, se utilizan también el agua salada, el agua boricada y las soluciones mixtas de silicato de potasa y de sosa. En Francia se emplea más comúnmente el agua de cales, de 8 a 10 por 100 si se trata de cal viva, y el 20 por 100 si de cal muerta. Este líquido es enérgicamente antiséptico sin ser toxico, y penetra en escasa cantidad en la sustancia del huevo, sin darle ninguna propiedad perjudicial. De este modo pueden conservarse de cuatro a diez meses.

La enfermedad número 9

Hace poco, el Senado francés se ocupó de la aparición en París de una nueva dolencia, a la que se designó con el extraño nombre de enfermedad número 9.

Unos supusieron que la denominación provenía de que esos casos se habían presentado en el pabellón número 9 de un hospital, y otros supusieron que dimanaba de que entre la lista de enfermedades epidémicas registradas en el ministerio de Higiene, esta dolencia era la novena.

Se dijo en un principio que la enfermedad había sido importada en París por personas procedentes de países orientales. Pero el doctor Roux, director del Instituto Pasteur y presidente del Comité de epidemias, ha manifestado que esa suposición es completamente falsa. La enfermedad ha sido aportada a los suburbios de París por las ratas pestíferas que han venido en las pinatas transportadoras del carbón inglés. La dolencia tiene muchos puntos de semejanza con la peste bubónica, y ha podido ser atajada a tiempo mediante el empleo del suero de Yersin.



PUCHITOS

En el juego de Versalles fué donde los diputados de la Asamblea nacional, capitaneados por su presidente Bailly, prestaron el famoso juramento que la historia conoce con el nombre de "El juramento del juego de pelota".

Sabido es que las altas latitudes marítimas se encuentran llenas de los más grandes cetáceos que se conocen, y es indudable que no pudiendo pasar por el Estrecho de Bering, dan una vuelta enorme a lo largo del Pacífico, hasta llegar a habitar en aquellos mares.

Se ha notado que la ballena de Norto América es más formidable que las que se encuentran por los mares de Islandia, isla de Juan Mayor y Cabo Norte, por el lado de Europa; pero, en cambio, es más productiva y en la actualidad los balleneros prefieren la que habita la costa de Labrador, donde hay gran abundancia de ellas.

El tallista que hace imágenes para las iglesias ha de saber esculpir, no sólo santos y ángeles, sino también animales; así:

El león para San Marcos y San Jerónimo.
El toro para San Mateo.
El borrego para Santa Agueda.
El caballo para San Martín.
El perro para Santo Domingo y San Roque.
El cerdo para San Antonio Abad.
La esfinge para Santa Bibiana.
Las ovejas para la Divina Pastora.
La paloma para la Trinidad, para Santa Teresa y Santo Tomás de Aquino.
El cuervo para San Pablo Ermitaño.
El gallo para la Pasión.
El pollo para Santo Domingo de Silos.
La perdiz para San Nicolás de Tolentino.
La culebra para la Purísima.
El dragón para San Jorge.
El besugo para San Rafael.
La ballena para San Jonás.
El pez diablo para San Miguel.
Las abejas corresponden a San Nicolás de Bari y las moscas al Santo Job.

Un colega extranjero publica el siguiente "menú" de una comida con que fueron obsequiados en China unos viajeros europeos. Nos parece que tiene importancia para los gastrónomos. Dice así:

"En el centro de la mesa estaban colocados los siguientes platos: Primero, naranjas cortadas. Segundo, peras presentadas de la misma manera. Tercero, almendras amargas. Cuarto, nueces secas. Quinto, muslos de pato cortados en pequeños pedazos. Sexto, huevos duros pintados de verde. Séptimo, tajaditas de cerdo, pimienta, sal, azúcar y loja, que es una especie de salsa japonesa.

La comida se componía de: tortuga de mar, pato cocido, pichón mechado con jamón, sopa de nidos de golondrinas, cordero envuelto en yema de bambú, mariscos, langosta cocida, pescado de color frito, té y varias clases de pasteles, pollo y jamón, sopa de tortuga, perro en picadillo, gato negro con salsa, sopa de macarrones, pescado salado, huevos salados, migas de cerdo, jamón con legumbres, croquetas de arroz, pepitas de melón, nueces con hojas, langostinos en vino y sopas diversas.

La carne de gato negro es muy estimada en China, donde, sobre todo en cierta época del año, todos los habitantes de aquel país comen de ella para preservarse de las enfermedades propias de la estación. Los ojos del gato negro es uno de los platos más delicados, que se sirven en salsa y es sumamente caro."

El sillón de marfil que Gustavo Wesa recibió de la ciudad de Lubeck, fué adjudicado en 1825 por 38.000 florines al chambelán sueco Schinckel.

El jabón transportado de Italia, se introdujo en España el siglo IV de la era cristiana.

Es necesario que la Medicina emplee un nombre técnico para indicar un fenómeno muy conocido, "euforia", que en griego quiere decir "sentirse bien" sencillamente.

Gracias a la euforia, la vida vale la pena de ser vivida. La alegría que produce un rato de tresillo o de billar, la delicia de una excursión por el campo, la rapsodia del artista, obedecen a la euforia.

¿Por qué bebemos con deleite una copa de buen vino? ¿Por qué fumamos? Por euforia.

Cuando un loco se cree emperador y exige de todos el respeto, la obediencia, los honores y homenajes debidos a un soberano, es que tiene euforia en su fase peor.

Muy poco se sabe sobre la euforia. Desde que puede ser afectada por drogas y medicinas, ¿quién sabe si tendrá o no su asiento en alguna glándula especial?

En la consagración de los zares ha figurado siempre la gran bandera del Imperio, hecha con doble tela de seda y pintada al óleo por ambos lados.

Las pinturas resaltan en negro sobre seda color oro viejo.

En el centro figura la gran águila imperial con escusones que representan las armas de los reinos de Moscou, Kazan, Astrakan, Polonia, Siberia, Tauride y Georgia. El octavo escusón lleva las armas reunidas de los grandes ducados de Kiew, Wladimir y Nowgorod; el noveno de los de Finlandia, y otros seis están consagrados a la enumeración de los títulos del zar de todas las Rusias.

PARA ECONOMIZAR CARBON



Una locomotora práctica.

Toda la bandera está ricamente adornada de palmas y laureles.

El asta termina en un águila de plata esmaltada con los colores del Imperio: amarillo, negro y blanco. Los nudos están formados con lazos de seda azul, que es el color de la Orden de San Andrés.

Estos lazos llevan las fechas de los grandes sucesos históricos de la monarquía rusa: 862, fundación de Rusia por Rusik; 988, proclamación del primer zar ruso Juan el Terrible, y 1721, proclamación del primer emperador Pedro el Grande.

La chupa de J. J. Rousseau fué pagada por 950 francos, y su reloj lo fué por 500 francos.

Un diente de Newton fué comprado en 1815 por lord Schwaterburg por la suma de 730 libras esterlinas y le hizo montar en una sortija a guisa de piedra preciosa. A propósito de dientes, Mr. Alejandro Lenoir cuenta que, cuando se trasladaron los restos de Abelardo y Eloísa a los pequeños Agustinos, un inglés ofreció 100.000 francos por uno de los de Eloísa.

Según un diario inglés, el número de judíos que hay en el mundo pasa de 7.000.000, distribuídos de la manera siguiente: Rusia, 2.621.000; Austria, 1.475.000; Alemania, 512.000; Turquía, 100.000; Holanda, 70.000; Gran Bretaña, 60.000; Francia, 50.000; Italia, 35.000; España y Portugal, 4.000; Suecia y Noruega, 2.000.

En los Estados Unidos hay medio millón, de los cuales 70.000 viven en Nueva York; en Asia unos 200.000, hallándose en la India 20.000 y en Palestina 25.000; en Africa residen unos 100.000, el mayor número en la Argelia

En tiempos del Imperio se trató de introducir el uso del pantalón en reemplazo del calzón de punto. Pero la nobleza y la clase media se mostraron hostiles a este cambio, y pusieron en moda el calzón corto que recordaba el antiguo régimen.

Luis XVIII, a quien sus enfermedades obligaban a usar un pantalón de una forma especial con largas polainas, se hizo partidario de la nueva moda, pero no sucedió lo mismo con respecto a la Corte. Los príncipes se negaron a adoptarla.

Cuando el hermano de Luis XVIII subió al trono, el uso del pantalón se popularizó con extraordinaria rapidez, y las tropas fueron provistas de dicha prenda.

En la revolución de Junio el calzón desapareció por completo. El monarca francés dió el ejemplo, y la moda del pantalón se generalizó en toda Europa.

Según los antiguos, la lámpara de Epicteto había sido vendida por 3.000 dracmas (más de mil pesos) y el bastón de Pelegrín Proteo, filósofo cínico, lo había sido por un talento ($ 1.920).

Cuando un aviador se remonta a alturas de más de 6.000 metros es necesario que utilice el oxígeno que lleva en estado líquido en un recipiente en donde está hecho el vacío, y que tiene un aparato que gobierna su evaporación.

El líquido puede calentarse eléctricamente para acelerar la evaporación, o calentarlo con una varilla de cobre o de aluminio. También se emplea para este fin el sifón, que envía el líquido a una cámara de evaporación, desde donde se conduce el gas por medio de unos tubos a la boca del aviador.

El sombrero que llevaba Napoleón en Eylan fué adjudicado por 1.900 francos a Mr. de Lacroix, médico.

El uniforme que Carlos XII llevaba en la batalla de Pultawa se vendió en Edimburgo por 22.000 libras esterlinas, y un pedazo del traje que vestía Luis XVI al acto de marchar al suplicio habría sido vendido, sin duda, a un precio muy crecido si motivos particulares no hubiesen hecho que se retirase este artículo que en catálogo de venta de Mr. Meon tenía el número 721.

Cuando se vendió la biblioteca del doctor Sparman, en 1820, en Stokolmo, lo fué también el cráneo de Descartes por la cantidad de 40 pesos; a proporción es barato para la cáscara de un cerebro tan grande.

Un médico inglés el Dr. Johnes, ha hecho un curioso análisis respecto a la fuerza de los licores fermentados. Deduce que un vaso de aguardiente contiene sólo el poder de tres cuartos de vaso de ron; de tres vasos de Oporto, Jerez de Málaga o de Madera; de cuatro vasos de Champaña, de cinco de Borgoña, de siete de Burdeos y de diez vasos de sidra o de cerveza. Este cálculo puede ser un aviso saludable para las personas que acostumbran usar inmoderadamente las bebidas alcohólicas.

A orillas del Ganges, el río sagrado por excelencia, acuden todos los años en peregrinación más de veinte millones de mahometanos. Allí acuden de todas partes de Asia y Africa, y en sus aguas bañan sus sucios cuerpos y los de las reses y acémilas que consigo llevan. Por miles, por docenas de millares, se zambullen en el agua, y las ya fangosas y pestilentes aguas, removidas, recogen la mugre de los bañistas, y aquellos billones de microbios infestan el aire y producen las terribles epidemias que el mundo sufre.

La última de influenza causó más víctimas en cuatro años que la temible guerra que el mundo acaba de presenciar.

Como los ríos y estanques sagrados ocupan una extensión inmensa, las obras de esterilización de todos esos lugares han de costar una verdadera millonada de libras esterlinas, y si esto les tiene un tanto perplejos para empezar la magna obra, esta dificultad no es insuperable; el gran inconveniente está en que precisamente los focos principales de infección se encuentran en los lugares más sagrados y se teme que el fanatismo musulmán no consienta que los blancos cristianos intervengan en las sagradas aguas del sacratísimo río.

LOS DÍAS DE MODA

por A. R. BONNAT

El problema del "día de moda" es mucho más terrible de lo que la gente piensa. Hay mucho espectador sencillo que acude al teatro sin llevar el calendario en el bolsillo, y al oir un chiste ríe lo mismo en martes que en viernes, o se emociona ante una situación dramática sin importarle en qué día vive. ¡Cuán equivocado está el que tal hace! ¿Cómo es posible experimentar la misma sensación ante un público desconocido que hallándose rodeado de gente que luego ha de salir en las crónicas del gran mundo que publican los periódicos? ¡Imposible!

Hay familias que llevan esto tan a punta de lanza, que si por casualidad acuden al teatro en un día completamente vulgar o anodino, lo hacen casi tan avergonzadas como si les viesen entrar a comprar cuarto de kilo de chicharrones.

—Purita: cuando lleguemos al teatro, procura taparte bien la cara.

—Querrás decir al salir, y aunque no tenga erisipela.

—Sé muy bien lo que digo; no sea que te reconozca alguien y luego se comente.

Estos espectadores se hallan en el teatro avergonzados y procurando adoptar un aire de indiferencia que contraste con la cara de interés que tienen los demás.

—Mira, aquellas señoras de la platea deben de ser extranjeras. En toda la noche no han dado señal de que les interesaba la obra. Seguramente no la entienden.

—¿Esas? Pero si son las de Caldereira, la familia del celoso empleado de Pósitos. Son más madrileñas que la calle del Mediodía Chica.

—Entonces, ¿por qué no se ríen?

—Quizás les aprieten las botas.

—¿A todas? ¡Qué raro!

No les aprieta nada; pero como no están en día de moda, no creen prudente ni "chic" demostrar que se divierten el día que no es de moda. En cambio, pongamos a estas mismas personas acudiendo a uno de esos espectáculos del "todo Madrid" y las veremos con los rostros satisfechos y relucientes, como si al entrar el jefe de los acomodadores les hubiera untado con tocino.

—¡Qué bonito está el teatro!

—Precioso. A mí, estos días de moda me quitan años.

—¿Se ha abonado usted a todos los martes?

—A todos; no faltaba más.

—¡Caray, entonces, al final de temporada, va usted a tener que venir con niñera!

Esto, que es una estupidez en un día corriente de la semana, en una velada de moda pasa por un rasgo de ingenio más fino que un fideo y se repite, se comenta de palco en palco y acaba por ser la frase de la noche.

—¡Oh, como que a estas funciones de moda viene lo mejorcito de todo!

Y, efectivamente; atraída por el reclamo que los periódicos hacen a estas solemnes funciones, acude al teatro la familia de un carnicero, pongamos por industrial alimenticio, y su presencia causa una tremenda impresión en más de cuatro.

—¡Ay, mamá! ¿A qué no sabes quién está en un palco entresuelo?

—La familia del nuevo "ataché" de Andorra. No podía faltar siendo, como dicen que es, gente distinguida.

—¡Buen "ataché" te dé Dios! La Romualda y su hija.

—¿La Romualda? ¿Quién es?

—¡Jesús, pareces tonta! La mujer del señor Braulio, el carnicero de la esquina, aquel que te mandó a decir con la muchacha que no te podía cortar buenos filetes, porque lo que había decidido cortar era la cuenta.

—¿Y están ahí?

—El señor Braulio, no; pero su familia, sí. ¡Y en día de moda!

—¡Qué atrocidad! ¡Bien dice tu padre que todo está desquiciado! Mira, vamos a mirar hacia el escenario, no sea que nos reconozcan y se les ocurra saludarnos.

—O recordarnos con un acomodador que aún tenemos pendiente en su tienda el piquillo aquel de los riñones.

Desde aquel momento, todos los ocupantes del palco procuran aparentar que están interesadísimos por la obra, y permanecen inmóviles, como si les estuvieran haciendo un retrato de familia. Cuando en el entreacto algún amigo entra a saludar a los del palco, los encuentra siempre en la misma actitud.

—Les he visto a ustedes mirando al escenario como si les entretuviera la obra. ¿Qué les pasa? Porque ya se sabe que a estas funciones se viene para no atender a la comedia.

—¡Cosas de ésta, que parece de pueblo!

—Es tontísima... Es mamá la que...

—¿Sí? Era que eso de los riñones...

—¿Riñones? Pero, señora, si en la obra no se habla de semejante cosa.

—¡Jesús! Es verdad. ¿En qué estaría yo pensando?

Las hijas, al oir lo de los riñones, miran disimuladamente al palco donde está la familia del señor Braulio y observan con satisfacción que está vacío. Entonces creen oportuno hacer alguna observación, para que su respetable mamá se tranquilice.

—¡Uf, mamá! No sé cómo se te puede ocurrir hablar de eso aquí, ante un público tan selecto, donde no hay ningún carnicero ni familia del mismo.

La señora ha comprendido, y lanzando un suspiro de satisfacción se repone y dice:

—Es verdad. ¿Decía usted de la obra? Verdaderamente, no me he fijado. Aquí sólo se viene por el público, ¿no? ¡Cómo todos somos tan elegantes!...

Y ya pasan la velada agradablemente. En realidad, para divertirse en firme, lo primero que hay que hacer es llevar la alegría dentro del cuerpo, y eso sucede a los que acuden al teatro en día de moda, pensando que así son superiores al resto de los mortales que sólo van en días que no tienen relieve alguno.

Y es que, como debió decir un filósofo griego, la felicidad va dentro de nosotros mismos.



DEMOSTRACIÓN PRÁCTICA

—¡Compren, señores, es un juguete muy práctico y muy divertido!

Nuevo descubrimiento para la curación del cáncer

No hace mucho, "The Daily Mail" publicó un despacho de Berlín, dando cuenta de que un modesto médico de Hamburgo había descubierto un tratamiento eficaz para la curación del cáncer del estómago.

Como noticias semejantes vienen desde tiempo inmemorial apareciendo en todos los periódicos y revistas científicas del mundo, en Francia, en Inglaterra, en los Estados Unidos y en otros muchos países, sin que los inventos tan decantados saliesen de la esfera informativa y sus autores del anonimato de que surgieran en el breve espacio de un día, nadie dió importancia a la noticia. Pero los periódicos alemanes, franceses e ingleses han persistido en esta ocasión en investigar la veracidad del hecho y en la comprobación de su alcance, y sin mostrarse desde luego crédulas en absoluto, algunas autoridades médicas han emitido su opinión respecto al sistema descubierto por el doctor alemán.

Los franceses, que, como es natural, acogen con prevención todo cuanto procede de Alemania, han sido los primeros en aconsejar que se examinasen las ideas emitidas por el doctor Rollin, que así se llama el médico de Hamburgo, inventor del método curativo.

Un hombre de ciencia francés dice a este propósito, que en semejante materia el escepticismo es de rigor, pero no se debe llegar a la incredulidad, y que la idea del doctor Rollin no es tan paradójica como pudiera parecer.

Para realizar el milagro de que se trata, el doctor Rollin comenzó por observar que el cáncer no ataca más que a las personas de edad superior a treinta años. En su consecuencia, hizo a sus enfermos la transfusión de la sangre de individuos jóvenes, pertenecientes a la misma familia de los pacientes y "con preferencia sangre de sus propios hijos".

Los resultados, según afirman varias revistas científicas, han sido de una eficacia asombrosa.

En doscientos veintitrés casos tratados en esta forma, se ha conseguido la mejoría en 96, que siguen en tratamiento; la curación parcial en 88, a quienes se espera dar de alta en un término de quince a treinta días; la curación total en 30. De forma que sólo han sucumbido nueve, a consecuencia de que la dolencia era demasiado antigua.

Como las células cancerosas, cualquiera que sea la génesis del "ulcus rodens", poseen células degeneradas, envejecidas antes de tiempo, un rejuvenecimiento artificial puede producir, en cierta medida, el ritmo normal desaparecido. De ahí la verosimilitud del procedimiento revelado por el doctor alemán.

En vista de estos resultados, ya le han salido al doctor Rollin competidores en cuanto a la prioridad del derecho a llamarse inventor. Los franceses afirman que el biólogo francés doctor Halan Jaworski había sugerido ya que la transfusión de la sangre debía, en cierta medida, "rejuvenecer" a cualquier persona, según puede comprobarse en su libro "L'interiorisation", y los ingleses, a su vez, notan que un doctor Smith también había indicado la posibilidad de que se consiguiera el alivio de los dolores causados por el cáncer del estómago por medio de la transfusión de sangre.

La vacuna de los perros contra la hidrofobia

La Sociedad de Veterinaria de Francia está llevando a cabo detenidos trabajos de ensayo para la práctica de la vacuna contra la hidrofobia en los perros.

Los estudios se verifican en condiciones diferentes para poder apreciar con toda exactitud los resultados.

Si éstos produjeran el éxito que es de esperar, las autoridades establecerían la vacuna obligatoria para todos los perros que hay en Francia. Aquellos animales que no hubiesen sido objeto de esta medida, comprobada por medio de una certificación, serían condenados a muerte sin la menor apelación.

EL ORIGEN DE LAS LOTERIAS

por C. MEILLAC

Como la emisión de empréstitos simultaneos en esta clase se ha elevado en Francia a cuatro mil millones para las regiones liberadas, y en Alemania a cinco mil millones, este éxito ha llamado la atención general sobre los valores invertidos a la suerte.

Se ha constatado, tanto en Francia como en el extranjero, que hay una preferencia general por esta clase de títulos, los cuales al mismo tiempo que significan un invertimiento con intereses asegurados, ofrecen probabilidades de ganancias importantes. Es interesante encontrar el origen de esta clase de empréstitos en las combinaciones a que se presta la lotería.

La lotería dista mucho de ser institución moderna; no solamente era una costumbre en Europa a fines de la Edad Media, sino que fué conocida por muchos pueblos antiguos, tales como los hebreos y egipcios. En Grecia y Roma se ha descubierto que la jugaban los particulares, se efectuaban durante los banquetes. En tiempo de Nerón las loterías formaron parte de los juegos del circo, en los cuales se distribuían tarjetas que daban derecho a premios de diversa naturaleza, tales como sumas de dinero, muebles e inmuebles, vasos ricos, etc.

Durante largo tiempo no se sabe más de ellas, pero reaparecen en el siglo XV en Italia; en los mercados de Napoles, Venecia y Génova, los comerciantes le daban salida por ese método a buena parte de sus mercancías. De esta nación las "blanques" (palabra derivada de "carta blanca", juego que se hace con cartas blancas y negras) fueron introducidas en Francia en 1533.

El éxito fué tan grande que el rey pensó muy pronto en sacarle partido para su tesoro.

En el año de 1639 el señor Jean Laurente fué autorizado para establecer loterías, mediante un impuesto de dos mil libras por año, cosa que se hacía "para apaciguar el ardor por el juego, y alejar a las buenas gentes de tal diversión".

Desde entonces las loterías se establecieron en París a despecho de los moralistas, y millares de gentes se arruinaron tentando la rueda de la fortuna.

En 1608 y el año siguiente las loterías abiertas en Burdeos y París fueron cerradas por orden del rey.

Algunas tuvieron autorización, por ser para obras de beneficencia, o para construir monumentos, como la del Hospital de París en 1658.

La primer lotería real se instituyó con motivo del matrimonio de Luis XIV con María Teresa de Austria.

A pesar de los decretos del Parlamento de 1661 y 1670, las loterías hacían furor. La de Marly fué una de las más notables.

En el curso del siglo XVIII se desenvuelve el gusto de los franceses por las loterías. Se multiplican las combinaciones para atraer prosélitos.

El controlador general, Michel Chamillard, que debía su posición cerca del rey a sus dotes de billarista, hizo proyectos para sacarles dinero a las loterías, y en mayo de 1700, por decreto del consejo, se organizó una gran lotería, con 400.000 billetes de a dos luises oro, y que recibían 1475 premios de rentas viajeras en plata, y dos premios de veinte mil libras, y diez de a diez mil libras.

Pero el mismo año las utilidades se redujeron considerablemente por reducirse los billetes a 175.000. Aunque conservando los premios de rentas viajeras, y aunque se autorizaba a las mujeres a comprar billetes sin autorización de su marido, las loterías de 1704 y 1705 no produjeron grandes resultados. A partir de 1701, es por el procedimiento de las loterías como los veinte cuarteles de París adquirieron sus bombas de incendio.

En 1717 para reparar las deudas del Estado, después de la caída de Law, se lanza una combinación de empréstitos con lotería. El billete no costaba sino 25 sueldos, los sorteos mensuales podían aplicar al primer premio un décimo de las entradas, y a los dos premios siguientes un veintésimo de la entrada general.

Luego se autorizó a la Compañía de las Indias para explotar el negocio; pero se pusieron de nuevo en práctica en 1724, y hasta 1743 se hizo con ellas el presupuesto del Hotel de Ville.

La forma era la siguiente: una lotería ordinaria con sorteo mensual o trimestral; una extracción previa de 15 por ciento sobre todas las puestas, que se repartía así: tres por ciento para el rey y el doce restante para el pago de la deuda inscrita.

Los tres empréstitos-loterías lanzados en 1743 por el controlador general para salvar el tesoro agotado por las guerras, tuvieron un gran éxito.

El primero consistió en una emisión de 30.000 billetes, con un premio principal de 100.000 libras, y produjo 9.000.000 de libras. Hubo 9.000 premios.

En 1747, Machaut d'Arnouville presentó una combinación muy ingeniosa que es la base de los sistemas actuales. El billete con un interés de cuatro por ciento, pagable cuando es designado por la suerte, pero permitiendo entrar en los sorteos. El capital de las subscripciones reembolsable en un término de doce años, con primas. Esa lotería constituída con un capital de treinta millones de francos, en sesenta mil billetes de a quinientas libras, asegura premios hasta de veinte mil libras y primas de la misma cantidad.

Otros empréstitos loterías fueron organizados sucesivamente, desde 1747 hasta 1757, y después de un receso de veinte años, Necker y Calonne las ponen en práctica de nuevo.

El empréstito con premios abierto por Necker en 1777, consistía en un capital de veinticuatro millones de libras en veinte mil billetes de mil doscientas libras. Los premios consistían en rentas viajeras y perpetuas que representaban más de un millón de libras de renta anuales.

Estas combinaciones no eran accesibles a todas las fortunas, ya vemos que el tipo de billetes era muy elevado.

El último empréstito-lotería de la monarquía fué en 1788. Al mismo tiempo que los empréstitos, funcionaban las loterías. La célebre lotería real, que debía subsistir hasta 1832, fué organizada como una institución permanente de la monarquía en 1776. Este decreto suprimía las particulares, y hacía de ella un monopolio del Estado.

Según Necker, estas loterías debían producir por lo pronto unos siete millones de francos y elevarse muy pronto al doble.

El entusiasmo despertado por esta lotería comprueba el gusto del pueblo francés por este juego. A pesar de esto el obispo de Atun, Talleyrand, escribía que las loterías no eran sino un medio de sacar dinero al pueblo, abusando de su credulidad. Sin embargo, el empréstito-lotería encontraba gracia a sus ojos, pues ya en aquel tiempo se diseñaba un método de crédito que se ha desenvuelto extraordinariamente después: "En el empréstito con lotería, el jugador consiente en colocar su dinero a un interés bastante débil, con la esperanza de un premio común a todos los prestamistas; la pérdida no consiste, pues, sino en la diminución general del interés".

El mecanismo de esta lotería real, que levantó tantas pasiones, es el siguiente:

En la rueda de Fortuna, se sitúan noventa números, de los cuales se sortean cinco, y el jugador escoge siete combinaciones diferentes.

1. Extracto simple, si se designa simplemente un número de uno a noventa.

2. Extracto determinado, indicando el orden de salida del número escogido, es decir, que se precisa si el número saldrá primero, quinto, etc.

3. Ambos, si el jugador designa dos números; el jugador gana si estos dos números están entre los cinco extraídos de la rueda.

4. Ambos determinados, si se precisa el orden de salida de estos dos números.

5. Terno, si se precisan tres números que deben salir todos.

6. Cuaterno, si se escogen cuatro números.

7. Quinaria, si se escogen cinco cifras, que deben salir juntas para que se obtenga la ganancia.

Los premios son proporcionados a las probabilidades de ganancia.

En el primer caso, en que hay probabilidades de ganar con 1 sobre noventa, el éxito produce quince veces la puesta.

En el cuarto, en que la probabilidad es una contra 80.100, la ganancia es de 5.200 veces su puesta.

Con la combinación llamada quinaria, no hay sino una probabilidad contra casi cuarenta y cuatro millones de probabilidades, el premio es de un millón de veces la puesta.

Si se podían jugar hasta 10.000 libras en un extracto simple, para la quinaria no se admitían más de tres libras.

Con tales atractivos de improvisar fortuna, la pasión por la lotería se hizo tremenda, y se notó que los consumos de pan y alimentos disminuían notablemente la víspera de los sorteos.

Debe notarse que la actual lotería del Estado, en Italia, está basada sobre los mismos principios, menos el ambo y la quinaria.

La Revolución, por decreto del .. de vendimiario del año III, suprimió todas las loterías, con excepción de la de Francia. La Convención suprimió también ésta, pero la ley del 9 de frimario del año VI la dejó subsistir.

No se conocen los motivos de la decisión del directorio, pero el relator no ocultó que se trataba de proveer de fondos al Estado. También se dijo, que de todos los géneros de contribución, éste era uno que no lo pagaba sino el que lo quería hacer voluntariamente.

En 16 de nivoso del año VI se levantó un empréstito de ochenta millones de francos al interés del 5 por ciento, con la particularidad de que las primas deberían ser pagadas con el fruto de las victorias sobre Inglaterra.

Bajo el Imperio y la Restauración, las loterías cobraron extraordinaria fuerza.

En 1839, veintiocho departamentos vieron suprimidas sus oficinas de lotería, y la ley de 1832 estableció su abolición gradual. Terminaron definitivamente en 1836. Esta ley sirve de base a la reglamentación que subsiste aún.

Los economistas y los moralistas han sido en general opuestos a las loterías. Pero no faltan quienes pongan de relieve la gran cantidad de buenas obras que se han llevado a cabo por este medio. Desde 1836, la lotería no produjo más ganancias al Estado, y sólo se permitió por razones de arte o de caridad.

Sin embargo, se cometieron grandes abusos durante los años de 1845 a 1850.

Desde 1870 se multiplican, y pode-

HOMBRE PRECAVIDO



—¿Prometes, querido, amarme siempre?
—Sí, te doy mi palabra, pero no quiero firmarte ningún documento.

mos contar la lotería de la Exposición de 1878, la franco española, la de la Exposición de 1889.

Se multiplicaron tanto que saturaron los mercados, y el Estado tuvo que establecer loterías de liquidación. En 1911, siendo Clemenceau presidente del consejo, propuso una ley para su supresión absoluta.

Durante la guerra, ellas han servido con mucha frecuencia para obras útiles y de caridad.

Parece tan imposible suprimir este género de juego, que a pesar de las prohibiciones legales contra las extranjeras, circulan en gran cantidad en Francia, billetes de Italia, España, Hamburgo, etc.

Los capitalistas prefieren los valores mobiliarios con premios, y durante la guerra se han invertido en ellos más de seis mil millones de francos.

Se les puede clasificar en tres ramificaciones:

Obligaciones sin interés, reembolsables por sorteo a una taza superior a la de la emisión.

Obligaciones con interés, con probabilidades de premio, reembolsables igual a la suscripción.

Y obligaciones con interés reembolsables por sorteo a una tasa superior a la de la emisión.

A fin de embellecerse o de salir de dificultades, la ciudad de París ha sido autorizada muchas veces desde 1832 hasta 1886 para emitir empréstitos con premios.

También han hecho lo mismo otros departamentos como el Sena, el Norte, etc.

''Le Credit Foncier'' de Francia, goza del privilegio de emitir títulos inmuebles con un interés anual, y reembolsables por sorteos, con facultad de agregarles premios o primas. Para hacer estas emisiones necesita el consentimiento del ministro de finanzas.

No es dudable que la aplicación de las loterías a los valores muebles ha dado excelentes resultados en la época moderna. Lo que antes se invertía en las loterías reales, se invierte ahora en títulos que significan garantías sólidas, y que dejan además la puerta abierta a la buena fortuna.

No es pues raro que se constate, después de las desolaciones de la guerra, un nuevo entusiasmo por esta clase de juego.

La existencia se ha vuelto más difícil y complicada; las gentes experimentan deseos de grandes ganancias, como consecuencia de las crisis atravesadas. Casi todos los que dispon n de algún dinero sienten la tentación de darle un tiento al azar, y todas las naciones, excepto Inglaterra, parecen dispuestas a sacarle partido a esa debilidad humana, estableciendo empréstitos con premios.

Unicamente podrán criticarlas aquellos que nieguen lo verdad al dicho de Voltaire:

''Todo es lotería sobre la tierra.''

LA ADIVINANZA

por Lucie DELARUE-MARDDUS

El señor y la señora Loupier habían logrado pasar en pocos años de las últimas clases de la sociedad a las más altas. Fué bastante después de 1914. Para que no les llamaran nuevos ricos, hicieron creer a la gente que habían heredado, lo cual, al fin y al cabo, era exacto, puesto que su súbita fortuna representaba la herencia de miles de muertos en la guerra.

Aquella noche, la señora Loupier daba por primera vez una gran comida.

Su historia iba en labios de todos; era una de esas personas que ven en una joyería unas tenacillas de plata para el azúcar y encargan una docena de ellas, para colocar una en el cubierto de cada uno de los invitados.

La hermosa vajilla, el ''maître d'hôtel'' de guantes blancos, las flores, el champaña, nada falta en el suculento banquete; las ''toilettes'' relucían tanto como podían, y las líneas de perlas daban vuelta a los gruesos y relucientes cuellos, engordados detrás de las ventanillas de pago.

Como por casualidad, la señora Loupier se llamaba Victoria, nombre magnífico que las cocineras han precipitado en la decadencia, y que tan lindo sería llevado por alguna joven de líneas clásicas, de las que podrían salir las alas bajo unas espaldas griegas.

—Victoria—decía por costumbre el señor Loupier,—pásame el pan, ¿quieres?

Inmediatamente, el ojo bovino de su mitad le reconvenía acerbamente a través de las plantas que estaban en el centro de la mesa, mezcladas con corolas caras y complicadas.

Rojo de vergüenza, el señor Loupier bajaba la cabeza, augurando una escena terrible para el momento de acostarse. No podía acostumbrarse a las grandezas. Las mujeres eran más fácilmente adaptables; la suya sabía ya decir convenientemente ''¡Querida mía!'', y no se equivocaba mucho en cuestión de etiquetas, aunque le molestasen tanto como su corsé.

El tener que colocarse la servilleta sobre las rodillas le incomodaba igualmente, y reprimía con pena el deseo de sostenerla del cuello por una punta.

Los invitados, no mucho mejor acostumbrados que ellos, se vigilaban para tomar ejemplo unos de otros y para no confundirse entre la armería quirúrgica que representaba cada cubierto.

Ser rico es mucho más difícil de lo que se cree. Todo el mundo se daba cuenta de ello al tener que levantar el sitio. La señora Loupier hacía signos desesperados y discretos a su marido, que no los veía, animado por una conversación que no terminaba jamás, cuando todo el mundo esperaba, con los músculos contraídos y la cara redonda, el momento de levantarse de la mesa.

La señora continuó su maniobra durante largo rato, molesta con una orquídea que la forzaba a levantar penosamente el cuello.

Por fin, Loupier la comprendió. Pugnando por hallar excusas, poco faltó para que plegara su servilleta; enrojeció de nuevo, se levantó antes que nadie, bruscamente, volvió a sentarse, se levantó otra vez, se equivocó de brazo y de vecina, y saliendo, en fin, con el cortejo que iba hacia el salón, se dió cuenta de que iba al revés que los demás, que la señora que llevaba del brazo no iba donde debía.

—¡Lo que me va a pasar esta noche!... pensaba.

La comida, a pesar de todo, había acabado ruidosísima y alegre. Pero al entrar en el salón, todo de satén y de adornos lustrosos, en el que la atmósfera era pura aún, la compañía se sintió de pronto tan helada, que nadie dijo nada.

Victoria empezaba a enrojecer. ¿Qué hacer contra el desastre que se avecinaba? Ridículamente sentados los invitados, cara a cara y lejos unos de otros, miraban hacia el suelo; los hombres fumaban cigarrillos y las mujeres jugaban con los brazaletes. Cuanto más tiempo transcurría, el mutismo era más consternador: nadie osaba interrumpir el silencio.

Si lo hubieran sabido, alguien hubiera dicho: ''Pasa un ángel'', y todo el mundo hubiese comenzado a charlar; si alguien hubiese sabido tocar el piano, las conversaciones se hubieran desencadenado a la primera nota del Erard de cola, sobre el que se acumulaban cuadros y estatuítas de bronce. Pero el candor dominaba, y el silencio continuó.

Entonces, el señor Loupier tuvo una idea genial. ¡De tantas cosas habían de perdonarle!

—¿Y si jugáramos a juegos de prendas?

—¡Muy bien pensado!...

Se acercaron las sillas con un ébrio deseo de hacer al fin un poco de ruido.

Pero así que se formó el círculo, comenzaron de nuevo los apuros.

—¿A qué vamos a jugar?

Un caballero dijo, inspirado:

—¡A las adivinanzas! Sé algunas verdaderamente sorprendentes.

Todos se abismaron en la frivolidad, obedeciendo a la necesidad que todos sienten, hasta tales gentes, de labrar un poco el cerebro.

Por fin se oyeron algunas risas. Se creaba atmósfera nuevamente. A Loupier le congestionaba la alegría, y cuando la inteligente diversión comenzaba a gastarse, tuvo una segunda idea genial.

—Yo sé una adivinanza que nadie va a descifrar, ni siquiera la señora Closon, que no pierde una.

—¿Qué prenda?

—Una botella de champaña.

Los demás palmotearon de gusto. Victoria miraba a su marido con ojos lánguidos.

Entonces, Loupier, como un poeta que va a recitar sus versos, apoyado en la chimenea, sintiéndose el héroe de la velada, enunció:

—¿Qué animal tiene dos alas, cuatro patas, una cresta y además cacarea?

Un gran silencio se produjo, un silencio vivo y meditativo. Por fin, un joven dijo, juicioso:

—Si no tuviera cuatro patas, sería un gallo. Pero... esas cuatro patas...

La señora Closon, herida en lo más vivo, estaba absorta, con la cabeza apoyada en una mano. Loupier la miraba, riéndose a más no poder.

—Nos damos por vencidos—acabó por declarar Victoria, con la aprobación de todos.

—¡Aun no!—gritó la Closon, como si le arrancaran el alma.

Pensó unos minutos más. Pero al fin todos se echaron sobre ella, diciendo:

—¡Ha perdido usted!

—Le ha colocado ''konou'' (manera suya de decir ''knot-out'').

—Es verdad. No doy con ello...—declaró, vencida, la señora Closon.

Entonces, Loupier, pavoneándose, articuló con lentitud:

—Voy a decirlo. Es... es... un gallo.

—¡Cómo un gallo? ¿Y las cuatro patas?

Y cuando pudo conseguirse el silencio, Loupier, sonriente, dijo con sencillez:

—Las cuatro patas eran para hacer la adivinanza más difícil.

La deuda del mundo

El Banco Nacional de los Estados Unidos acaba de revelar las deudas del mundo.

En el año 1913 la deuda era de 43.000 millones; en 1918, de 212.000 millones; en 1919, de 256.000 millones, y en 1920, de 300.000 millones.

El papel-moneda en circulación ascendía en 1913 a 7.500 millones; en 1918, a 43.000 millones, en 1919, a 55.000 millones, y en 1920, a 82.000 millones.

La relación del oro con el papel-moneda era en 1913 de 66,3 por 100; en 1918, de 17,6; en 1919, de 13,5, y en 1920, de 9,2.

Los intereses de la deuda mundial, que en 1913 eran sólo de 1.750 millones, al firmarse el armisticio ascendían a 9.000 millones, y en la actualidad a 12.000 millones.

Shakespeare inmoral en Suiza

Hace poco una compañía francesa representó por primera vez en Lausana la traducción de la obra de Shakespeare ''Measure for measure'', hecha por M. Guy de Pourtales.

Al día siguiente le entregaron al director del teatro un oficio del jefe de la policía, en el cual éste manifestaba que ''habiendo recibido muchas quejas del público protestando contra la tendencia pornográfica de la producción, no puedo tolerar para lo sucesivo un espectáculo tan indecente, que puede ocasionar daño considerable a la buena reputación que siempre ha tenido la ciudad''.

El director del teatro acudió en recurso de alzada a otras autoridades, pero en vez de conseguir que se anulase la prohibición, éstas le impusieron el deber de presentar a la censura todas las obras que tenía el propósito de representar durante la temporada, so pena de clausura del teatro.

SIMPLE PREGUNTA



—¿Cree usted en sueños?
—No, desde que me casé con uno.

La brújula inútil

¡Oh, qué triste saber donde está el puerto
y mar afuera gobernar la nave;
inútilmente poseer la clave/
que da a las cosas su sentido cierto.

No hay dolor más profundo ni más grave
que vivir en estéril desconcierto.
Saber que el corazón, sin estar muerto,
ya no es capaz de la caricia suave.

El amor es la sola dicha humana,
lo sé y mi ciencia es una ciencia vana.
No me sé enamorar, no sé querer.

Y aunque la soledad es triste cosa,
no tendré las caricias de la esposa.
¡Y cuántos son felices sin saber!

JERÓNIMO GAID.

La educación del gusto

por Gabriel HANOTAUX

Cuanto más él mundo se instruye, más crece el lujo, más aumenta la clientela del artista, y el obrero de arte debe desarrollarse. Así, pues, la educación del gusto es para nosotros una necesidad suprema.

En otros tiempos el gusto se desarrollaba por el contacto perpetuo y amistoso entre el aficionado y el artesano. Este no se distinguía de la multitud. No se creía obligado a singularizarse por medio de cortes de pelo inéditos, o sombreros inverosímiles. No se hacían distinciones entre el gusto "artista" — un horror — y el gusto "burgués" — ¡otro horror! Artistas y burgueses trabajaban juntos. Un hombre enriquecido que quería construirse una linda casa, no se separaba de su "maestro de obras" que no se llamaba—¡y en griego!—arquitecto. Discutía con él el menor detalle, y lo observaba, desde la colocación de la primera piedra hasta el último remate. Hoy existe una separación completa. El arquitecto y el tapicero, o el decorador, trabajan, según sus planos, y entregan, a medida, un "completo" al que sólo le falta una cosa: el encanto. Esta soledad en que viven los artistas es el dolor más grande, de los más grandes artistas.

"Eran felices los maestros de otro tiempo (dice Lenbach); no eran solitarios; apenas se diferenciaban de la gran masa de trabajadores, todos artesanos excelentes, y sólo tenían que dejar llevarse por la corriente... Hoy tenemos mucho mérito al producir algo pasable... Poblados de gente tan faltos de gracia como sus sirvientes y sus muebles, la calle y el salón no ofrecen ya ningún encanto".

La educación del gusto tal vez traiga un renacimiento del gusto.

El comercio contra la vida animal

El problema de las focas está en pie.

Es necesario, dicen varios hombres de ciencia, que esta sea la que dirija la explotación de los animales salvajes, y no el comercio.

Las autoridades competentes, haciendo caso a las peticiones de los hombres entendidos en la materia, han legislado restringiendo la caza y pesca de focas, ballenas y otros habitantes del mar; y si esto no se hubiese hecho, muchas de estas especies se hubieran extinguido o estarían a punto de desaparecer, como ha desaparecido la especie de Guadalupe, y esto antes de que se pudiese obtener una foca para un museo de Historia Natural, y antes que se pudiese hacer un estudio científico detenido de dicho animal.

Los primeros intentos para proteger a estos animales se hicieron en los Estados Unidos, y ahora se trata de hacer una legislación internacional para evitar el exterminio de animales para el comercio.

Dad al hombre una máscara y os dirá la verdad.

Todos los hombres son monstruos; no hay más remedio que alimentarlos bien. Un buen cocinero hace milagros.

Oscar WILDE.

Llegada del ministro Pueyrredón



El crucero "Uruguay", a cuyo bordo hizo la travesía del Plata el ministro Pueyrredón, después de haber sido, durante dos días, huésped oficial en Montevideo, del gobierno de la república hermana.



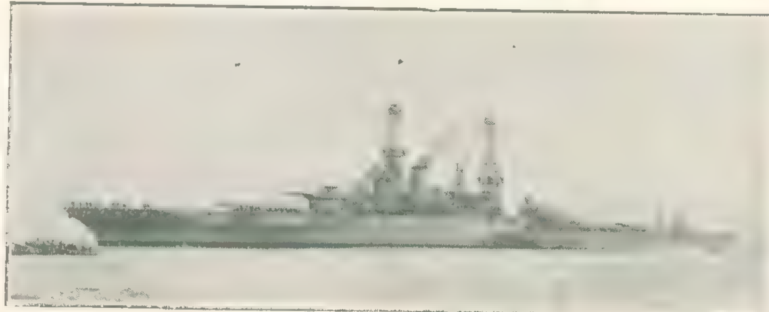
En la residencia particular del doctor Pueyrredón, poco después de haber desembarcado, con el ministro de guerra doctor Julio Moreno, intendente municipal señor José Luis Cantilo y un grupo de correligionarios que fueron a saludarle.



Vista parcial de la nutrida manifestación que acompañó al ministro de relaciones exteriores desde la dársena norte hasta su domicilio, escuchando la palabra del canciller argentino.

LA VISITA DE LA ESCUADRA ESTADOUNIDENSE A CHILE


El dirigible del superdreadnought "Texas" durante los ejercicios de observación en la bahía de Valparaíso.


El superdreadnought "New México", buque insignia del jefe de la escuadra, el almirante Rodman.


Concurrentes al banquete ofrecido al estado mayor de la escuadra norteamericana, por el intendente de la provincia de Valparaíso, señor Alberto Phillips.


De izquierda a derecha: intendente de Valparaíso, señor Phillips, almirante Rodman, almirante Muñoz Hurtado (chileno) y comandante del "Texas".


Marinos norteamericanos, concurriendo al garden party realizado en Salinas, (Viña del Mar).


El presidente de Chile, señor Alessandri y su comitiva a bordo del buque chileno "O'Higigns", en el que pasó revista a la escuadra de los Estados Unidos.


El embajador de los Estados Unidos, señor O'Shea y el almirante Rodman, acompañados del almirante Muñoz Hurtado y su familia.


El intendente de Valparaíso, señor Phillips, el almirante Muñoz Hurtado y otras personalidades, dirigiéndose a retribuir la visita del jefe de la escuadra norteamericana


Miembros del cuerpo consular que pasaron a bordo del buque insignia, con objeto de ofrecer un saludo de bienvenida al almirante Rodman.


Un aviador chileno evolucionando durante la revista de la escuadra norteamericana, efectuada por el presidente Alessandri. — En primer término aparece el crucero-acorazado chileno "Esmeralda".

Fots. J. Brynildsen T.



ALTA GRACIA

Notas gráficas del Sierras Hotel



Niños de Menéndez Behety.



Tomando el fresco en las galerías del hotel.



Listas para el paseo matinal.



Doctor E. Crespo y señor A. Garzón.



Señorita de Jolly con una amiguita.



Señor C. Hammond y señora, en un pic-nic realizado a orillas del arroyo Alta Gracia.



Señorita de Burón Roca.



Señoras de Ripamonti y Tersoglio, de agradable "footing" por la explanada del Sierras Hotel.

Fots. Guido.

NOTAS GRAFICAS DE MAR DEL PLATA



Bañistas en la pileta Lavorante.



Otro aspecto de la misma pileta, a la hora del baño.



"Papa para el loro".



Del cotillón en el Bristol. Señoritas M. Rodríguez Alcorta, E. Gómez Pombo, M. D. Vivot, S. Cranwell, S. S. Madero, E Castro, M. I. Chevalier y señores L. González Guerrico, R. Zuberbülher, T. de Anchorena y C. Martínez.



Señoritas Delia M. Vivot e Inés Chevalier y señores César Aldao, G Robirosa, R. Guerrico, R Firovano, G. Padilla, J. C. Chevalier y Tomás de Anchorena



Un rincón de la sala.—Señoritas S. Torres, M. Doce, A. Zuberbülher Domínguez y Sres. C. Martínez y S. Iriondo.



Señoritas Isabel Pearson Esnaty y Dora Méndez Cabral, y señores Juan Paz Anchorena y Julián Olasquier de Alzaga.



Otro interesante rincón del Bristol.



Señoritas Sara Madero y Mercedes Bosch, y señores González Guerrico, Carlos Martínez y Federico Green

Fots. Bonnin.



Teatros



BLANCA PODESTA



CESAR RATTI



CARMEN MENDEZ



MARIA ESTHER DUXE



CELIA CORDERO

Artistas de la compañía que debuta esta noche en el teatro Apolo.

LA BATALLA BAJISTA DE HARRODS



En el departamento de puntillas.—Una de las secciones de la casa Harrods que se ha visto más favorecida por numerosa concurrencia, desde el primer día de la liquidación.



La campaña bajista en los artículos de vestir, iniciada hace pocos días por la casa Harrods, da lugar a escenas de animación como esta, con relieves de verdadera reunión social.

DEMOSTRACIÓN DE LA COLECTIVIDAD PORTUGUESA

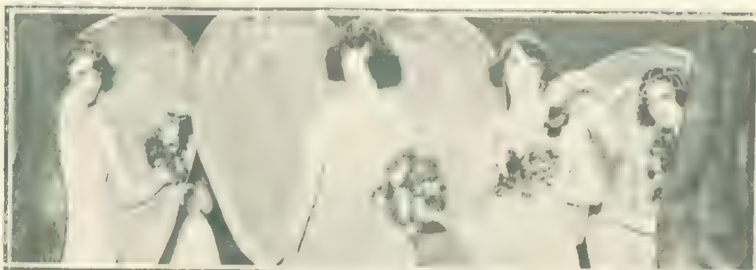


Durante el homenaje tributado al señor Avelino Zavala por el personal de su repartición, con motivo de haberse cumplido sus bodas de oro con la empresa de tranvías Anglo-Argentina.



Concurrentes al banquete ofrecido a la oficialidad del vapor lusitano "Tras os Montes", por el Centro Republicano Portugués y realizado en el restaurant Conte.

ORIGINALIDAD CARNAVALESCA



Las señoritas de Kaiser que, disfrazadas de "ostras de perlas", llamaron la atención de la concurrencia al corso de Flores.



DE LAS TERMAS DE CACHEUTA



El ingeniero Alcorta tratando de convencer al doctor Rafael Cobo.



Señora de Zárate, doctora Salca, señorita Na-les, señor Zárate y doctor Carpio



Señorita de Huergo.



Señorita de Stegman y sus preferidos



Un grupo de simpáticas agricultoras.



El doctor Popoff y señora



El "semicírculo de la muerte". Varios médicos ante el objetivo.



La cebadora, señora de Huergo, y los cebados, doctor Corvalán y señor Huergo.

Fots. Arata.

ECOS DEL CARNAVAL


Margarita Coll, manola.


Luisa Boloquín Míguez.


Juana y Magdalena Barreto.


José Manuel Astigueta (hijo).


Jorgito Ruiz Auli.


Titina Galli Mainini.


Mar del Plata.—Grupo de niños que tomaron parte en el cotillón realizado en el Bristol Hotel.


Nelita Sardá.


Clarita Torres Duggan.


Niño de Pueyrredón.


Electra Bloise, Celita Romay y Mercedes García.



Carro alegórico de la casa introductora de la yerba Cabeza de Toro, que recorrió los corsos carnavalescos, llamando la atención.

Fots. Bonnin, Cerrajero y Cadafalch.

LA SENCILLEZ DE LOS HARDING

El presidente electo, Warren G. Harding, no va a la Casa Blanca precedido de una fama extraordinaria como político, como orador o como hombre de ciencias. Pero lleva la fama de ser un hombre de extraordinario sentido común y de encantadora sencillez. Nuestra primera fotografía muestra a una de sus hermanas, en la cocina, haciendo el pan que se consume en la casa. Al mismo presidente electo se le ha



La hermana del presidente Harding, haciendo su propio pan.

podido ver en muchas ocasiones trabajando como obrero en su propia imprenta.

La señora de Harding dice que va a ser tan fácil verla a ella en la Casa Blanca, como era fácil verla en su propia casa. Se muestra en todos sus actos y palabras tan sencilla y familiar como cualquiera hija de vecina.

Esta sencillez del próximo presidente y de la que va a ser la primera dama del país encanta, naturalmente, al pueblo norteamericano, y en artículos de diarios y revistas se les aplaude sin reserva.

Una iglesia del siglo IV

Según comunican de Jerusalén, en un jardín, en frente de la Explanada donde en otro tiempo se elevaba el templo de Salomón y donde se encuentra hoy la Mezquita de Omar, recientes excavaciones han puesto al descubierto los cimientos de uno iglesia del siglo IV, cuya existencia no conocía nadie. Se ha descubierto también un pavimento de mosaico, bien conservado.

Este descubrimiento permitirá, sin duda, fijar el emplazamiento exacto del Jardín en que pasó Cristo las horas de su agonía.

El nogal, enemigo de las arañas

Un periódico de Londres refiere que en un colegio de Oxford se ha advertido una particularidad que actualmente está siendo objeto de investigaciones científicas.

Los estudiantes notaron que nunca habían visto una araña ni una tela de las tejidas por éstas en los huecos de las bóvedas y salientes de los tejados del claustro del nuevo colegio.

En un principio se creyó que el tejado y la bóveda eran de madera de roble; pero ahora se ha descubierto que es de nogal de España.

En la actualidad se verifican ensayos para retener las arañas en los huecos de esta mdera, a fin de que colonicen, u observar si los animales muestran repulsión hacia el nogal.

Puede también darse el caso de que éste no favorezca la atracción de las moscas, y que a esta razón obedezca el alejamiento de las arañas.

Pero, en fin, ya tienen los estudiantes de Oxford materia muy interesante para distraer sus ocios escolares.

Sir Burnlet, yerno de Walter Scot, compró las dos plumas que sirvieron para firmar el célebre tratado de Amiens en 1801, por la suma de 4.800 pesos.

Cosas del cine, que no se ven en el cine

LOS BOXEADORES, ACTORES DE CINE

Parece que entre el box y el cine no existen relaciones inmediatas, pero los cinematografistas deben opinar lo contrario, pues de la noche a la mañana convierten a los boxeadores en estrellas cinematográficas.

Tal es el caso de Dempsey; tal es el caso de Charpentier.

La razón es muy sencilla. Toda persona que logra hacerse popular por cualquier motivo es una atracción, y los productores americanos saben que el público es curioso y le agrada ver a sus favoritos en la pantalla.

La primera cinta no tiene más objeto que éste: dar oportunidad al público para que vea en la pantalla a la figura de moda. Pero luego resulta, en algunos casos, que el improvisado actor es un actor de mérito. En tal caso su carrera cinematográfica no se interrumpe, sino que va en progresión ascendente. ¿Será este el caso de Dempsey y Charpentier? Es muy probable, por lo menos así lo dicen los críticos americanos.

Por lo que se refiere a Dempsey, pronto podremos formarnos nuestra opinión propia, ya que su primera cinta, la serie "Muerto o vivo" va a exhibirse en Buenos Aires.

La que ha impresionado Carpentier se titula "El hombre maravilloso" y no ha de tardar mucho tampoco en ser proyectada en nuestros cines.

EL AMIGO DE LOS AUTORES

Samuel Goldwyn puede ser considerado con justicia como el amigo de los autores.

Hasta hace muy poco el autor de los argumentos que se llevaban a la pantalla apenas era tenido en cuenta. Su importancia era insignificante, y merecía menos consideraciones que los partiquines que intervenían en la obra.

Samuel Goldwyn comprendió lo que tal actitud tenía de injusta y de perjudicial para el cine. Fué él el primero que se preocupó de anunciar de quién era la cinta, dando al autor el mérito que realmente tiene.

No satisfecho con esto, Samuel Goldwyn decidió convencer a los más célebres literatos para que trabajaran ex profeso para el cine.

El éxito que obtuvo en sus gestiones fué muy grande: hoy más de treinta novelistas de gran fama trabajan para la compañía Goldwyn. Su talento ha de reflejarse en breve en las producciones de la casa.

Para que los autores pudieran intervenir directamente en la confección de sus cintas, Samuel Goldwyn les ha dado toda suerte de facilidades, prestándoles sus talleres donde realizan estudios y se ponen al corriente de la técnica cinematográfica.

La actitud del célebre productor norteamericano es digna de todo elogio y ha de tener influencia en el porvenir del cinematógrafo.

UNA CAMPAÑA ORIGINAL CONTRA LAS RATAS

Para entrar al cine es necesario pagar la entrada, pero estamos seguros de que el lector no ha tenido nunca que abonar por ella lo que cobraba, durante un tiempo, cierto empresario de la ciudad de Akron, estado de Ohio: una rata.

El señor Verner Hicks, tal es el nombre del empresario, teniendo en cuenta que la ciudad estaba atestada de roedores y que contribuir a su exterminio era obra patriótica, decidió permitir el acceso en su salón a todo el que comparecía con un roedor muerto.

Ello le ha servido además de excelente propaganda, ya que su conducta ha sido públicamente elogiada. No ha faltado sin embargo quien se quejara del perfume que las ratas, amontonadas en la puerta del local, despedían. Pero resulta imposible dar satisfacción a todo el mundo, y el original empresario no tuvo en cuenta para nada a los que combatían su procedimiento.

EL CINE Y LAS MUJERES CELOSAS

Varias veces los autores habían imaginado aventuras extra-conyugales, que luego se descubrían gracias al cinematógrafo.

La realidad se ha encargado una vez más de dejar probado que todo lo que imagina un autor es un hecho que puede producirse en la vida corriente.

Cierta dama madrileña, muy celosa, teniendo motivos para dudar de la fidelidad de su marido, lo vigiló, comprobando que le era infiel. Entonces, para tener una prueba fehaciente de la conducta que seguía su indigno marido, se puso de acuerdo con un operador cinematográfico, y valiéndose de una artimaña, logró registrar una escena amorosa.

Gracias al documento cinematográfico, con tanta picardía conseguido, la dama pudo presentar una demanda de divorcio, que fué atendida.

Sin embargo, no nos atrevemos a aconsejar el sistema a nuestras lectoras celosas. Hay recursos de vaudeville que en la realidad sólo excepcionalmente dan buenos resultados.

UNA ACTRIZ ALEMANA

Entre las actrices alemanas que trabajan para el cinematógrafo con mayor éxito figura Asta Nielsen.

La popular estrella ha impresionado varias obras que han gustado en diversos países.

Ahora tiene el propósito Asta Nielsen de realizar un viaje por Holanda, Inglaterra, Francia y España.

No será el suyo un viaje de placer, sino de negocios.

Además de satisfacer la curiosidad del público, que desea siempre conocer personalmente a las artistas que admira en la pantalla, Asta Nielsen aprovechará el viaje para impresionar cintas con los ambientes de las naciones que visite.

HAY QUE TENER FE

Muchas veces nos maravillamos de que un hombre triunfe y realice grandes cosas en la vida, sin tener en cuenta sus cualidades.

Una de las que más ayudan al triunfo es la fe en uno mismo, y en los negocios que se emprenden.

La anécdota que vamos a relatar probará hasta qué punto es cierto lo que decimos.

Un joven repórter fué enviado el año 1906 a entrevistar a Thomas H. Edison, de parte del importante diario neoyorquino "The World". El reportaje debía versar sobre cierto aparato que Edison estaba perfeccionando, un juguete que permitía proyectar sobre la pantalla fotografías animadas".

Fué el periodista a visitar al sabio, y de boca de Edison escuchó todos los detalles referentes al invento.

El joven no era tonto y cuando Edison le habló del porvenir reservado al "juguete" aquél, tuvo fe, una fe inmensa.

En cuanto regresó a Nueva York anunció a su jefe que abandonaba el puesto.

—¿Por qué razón?—le preguntó el jefe.

—Pienso fabricar fotografías animadas.

—¿Pero se ha vuelto usted loco?... En fin, haga lo que le parezca. Sin embargo, le apuesto a usted que no tarda tres meses a regresar entre nosotros.

—No lo creo,—repuso el repórter.

Y no regresó.

Aquel repórter se llamaba Blackton. Su nombre es popular entre todos los cinematografistas. Desde entonces se ha dedicado sin interrupción a la fabricación de películas, ganando dinero y fama.

EL ALZA DEL DOLAR

Debido al alza del dólar los productores cinematográficos estadounidenses, han visto mermar su exportación.

El precio que ha alcanzado la moneda norteamericana imposibilita la explotación de las cintas norteamericanas, en los países que han sufrido una baja monetaria.

El fenómeno se ha hecho sentir entre nosotros, a pesar de que nuestra moneda se mantiene alta, pero en Europa adquiere un relieve extraordinario, hasta el punto de preocupar a las casas productoras a quienes perjudica.

Como lo que resulta malo para unos beneficia a otros, los productores alemanes, italianos, franceses e ingleses han aprovechado la oportunidad para conquistar nuevos mercados.

La cuestión del cambio habrá, pues, tenido influencia directa en el movimiento cinematográfico mundial.

RUMORES

Circula con insistencia el rumor de que la gran actriz alemana Henny Porten tiene la intención de contraer matrimonio y se asegura que ya está formalmente comprometida.

El favorecido parece ser el conocido editor de Berlín, W. Gurlitt.

También se dice que su hermana Rosa Porten, tan famosa como ella, volverá muy pronto a trabajar en películas, después de haberse entregado por espacio de algunos meses al dulce descanso.

"LOS TRES MOSQUETEROS"

Después de enconadas discusiones que motivaron hasta la apertura de un concurso periodístico en Francia, se ha determinado que el actor que ha de encarnar el papel de D'Artagnan en la futura película "Los tres mosqueteros", que se anuncia, sea el actor francés M. Aimé Simon-Girard.



Claire Whitney.

Las reválidas en Mongolia

En la Mongolia, los lamas y aspirantes a lamas son examinados por un grupo de otros lamas de grado superior, y además se hacen luego preguntas unos a otros, en una especie de oposición. El acto se celebra al aire libre, ante la puerta de un templo, y es presidido por el superior de la lamasería y presenciado por todos los lamas, que se colocan en dos grupos, a un lado y otro, y pueden manifestar su entusiasmo o su disconformidad ante las respuestas de los examinados con voces y aplausos, ni más ni menos que si estuvieran en el teatro. Los que se presentan al examen tienen que permanecer ante el lama superior desnudos de cintura para arriba.

Todo esto, como se ve, resulta un si es no es extravagante; pero, bien miradas las cosas, cuando transcurran unos cuantos siglos y nuestros descendientes lean o recuerden de algunas de nuestras solemnidades académicas, ¿no las encontrarán igualmente ridículas?

AMEMOS LOS LIBROS

por Anatole FRANCE

Bendigamos los libros si la vida puede deslizarse entre ellos, en una larga y prolongada infancia. Si los libros apaciguan a los pacíficos, turban a las almas inquietas. Un libro es una obra de brujería de la que se escapan toda suerte de imágenes, que turban los espíritus y cambian los corazones. Diré más aún: un libro es un pequeño aparato mágico, que nos transporta en medio de las imágenes del pasado o entre sombras fantásticas. Los que leen muchos libros son como comedores de hachisch; viven en pleno sueño. El veneno sutil que penetra su cerebro los hace insensibles al mundo real y hace presa de fantasmas terribles y encantadores. El libro es el opio de occidente: nos devora.

Amemos a los libros; bastante caros nos cuestan. Amémoslos; ellos serán la causa de nuestra muerte. Sí, los libros nos matan. Creedlo, lo digo yo que los adoro, que me entregué a ellos sin reservas. Los libros nos matan. Tenemos demasiados y demasiado variados.

Sí, el libro nos cuesta caro. ¿Pero no vale lo que nos cuesta? Si ellos han de ser la causa de nuestra muerte, a ellos debemos nuestra vida. Todo se lo debemos. Es una cosa de la que puede decirse, como de la palabra, que es la mejor y la peor de las cosas...

Para terminar daré un consejo a los que están cansados de ver tanto papel garabateado. Les diré:

—Sed bibliófilos y leed libros. Pero no los toméis de todas las manos. Sed delicados, elegid, y como aquel Señor en las comedias de Shakespeare, decid a vuestro librero: "Quiero que estén bien encuadernados y que hablen de amor".

RESPUESTA INESPERADA



—¡Señora! ¿Quiere usted que la acompañe para cruzar la calzada?
—¡Cómo no, muchacho! Y dime, hijito, ¿hace mucho que esperas una persona mayor que te acompañe a la otra vereda?

Una boda china

Una viajera europea escribe desde Tien-tsin describiendo una ceremonia, o parte de una ceremonia, de una boda de ricos chinos.

Ayer, dice, asistí a una boda que se celebró en el Hotel Imperial. Las fiestas hacía tiempo que habían empezado con una gran recepción en casa de la novia, un banquete en honor del novio, y así, de banquete en banquete, de fiesta en fiesta, hasta la ceremonia de ayer.

Había unos 200 convidados chinos y algún europeo. La pequeña novia era una monada. Llevaba un rico traje rojo, el color de la felicidad según los chinos, bordado de oro. Su peinado era una obra de arte. En cambio, el novio vestía el frac europeo.

Las muchachitas que acompañaban a la novia iban de rosa y oro y apenas podían sostenerse sobre sus diminutos pies; los más pequeños que he visto en mi vida.

La comitiva salió de casa de la novia para el hotel. Iba ésta en un palanquín de rojo y oro, rodeado, seguido y precedido de una porción de culís llevando estandartes, linternas y tocando una música tan rara en los instrumentos como en las melodías.

Luego se celebró un banquete en el que no sobró nada, porque lo que los chinos no pueden comer se lo llevan a casa.

El padre de la novia y sus cuatro mujeres estaban presentes, éstas ricamente ataviadas y adornadas con mil joyas, colgajos y flores.

Después de la cereminia los novios se inclinaron tres veces ante sus padres y cambiaron los anillos; el novio salió con sus pajes y la novia hizo otro tanto; luego volvieron y juntos regresaron a su casa para celebrar la comida de familia; era la primera vez que estaban reunidos los novios desde el día en que empezaron las fiestas nupciales.

Un chino me dijo: "si para el año que viene la novia no presenta un chinito a su marido, éste buscará otra esposa."

Erique IV tenía también mucha afición al juego de pelota, por más que era bastante mal jugador.

Sabido es el desgraciado fin de Felipe el Hermoso; y sabido también que la causa probable de su muerte el haber bebido un vaso de agua estando jugando un partido de pelota en Burgos con otros señores de la corte.

Una vieja peluca de Kant fué vendida en 1804 por 94 francos, según unos, y por 200 francos, según otros.

Otra peluca de Sterne fué adjudicada en Londres en pública subasta por 200 guineas.

El devocionario que Carlos I de Inglaterra leía sobre el patíbulo, se remató en Londres en 1825 por 100 guineas.



MADE IN U.S.A.



Aquí'co son Chasirete

Chasirete es el popular fotógrafo que ha hecho reir a una generación a costa de su pobre futuro suegro, con sus divertidas instantáneas. Es el prototipo del aficionado; algo así como un émulo de Daguerre a prueba de bombas. Y, como se puede decir que todos tenemos, quien más, quien menos, un fondo de quijotismo, no es aventurado afirmar que también tenemos una porción de "chasiretismo", como además de otros varios "ismos".

Mas, ¿a quién culpar de esta atracción del ismo? A Norte América, puesto que es su especialidad: comenzando por el turismo, llegamos hasta el desenfreno por el cine (que en ciertos casos puede llamarse con propiedad "cinismo"), amén del culto del "istmo", tema que dejamos a cargo de Colombia...

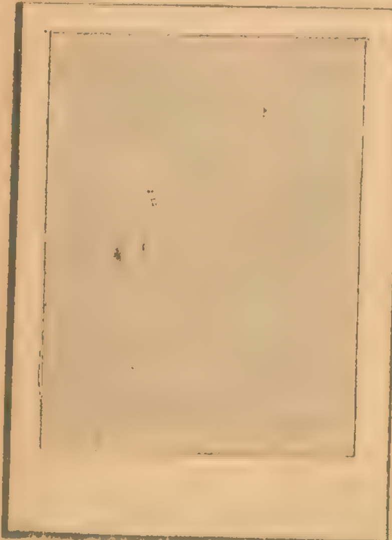
De otra parte, tratándose de un artículo norteamericano, el asunto queda encuadrado dentro del marco de lo práctico y productivo a la vez.

He comprado una máquina fotográfica de una marca muy conocida (no digo el nombre porque sería hacerle más propaganda todavía). Después de leer el prospecto, ¡qué facilidad!—exclamé;—¡qué simplificación de técnica! Y yo que tenía a este arte en concepto de misterioso... ¡Pero si un niño hace retratos! Con sólo leer atentamente diez minutos el prospecto ya está.

Estas o análogas reflexiones habrán elaborado muchos principiantes, aunque no habrán tenido el valor de confesar como yo ahora, la verdad de sus aventuras iniciales en este simpático arte.

"No olvide revisar las palancas del frente de la máquina si quiere evitar fracasos"—dice el folleto entre las mil y una recomendaciones al principiante. Bien: coloco las palancas en orden; y manos a la obra. ¡Click!...

Revelo la película y obtengo este resultado:



¡Caramba! No había reparado que el sol me estaba dando sobre el objetivo.

"Enrolle la película hasta que la siguiente caiga bien en su sitio y después opere el disparador". (Printed in U. S. A.)

Vamos a segunda prueba: la abertura del diafragma es correcta y el obturador señala exactamente la velocidad de la instantánea que pienso sacar: ¡Click!

Revelemos... ¡Horror! Pues no he tomado una instantánea en un interior y para mayor abundamiento en día nublado? Véase el resultado:



Nota: Sin embargo aparecen los lentes de la persona fotografiada: ya es algo.

"No se desanime el principiante si sufre "de" algún fracaso; el camino de la civilización también está "empedrado" de "errores"—dice el folleto. Yo, impertérrito como muchos políticos (made in Argentina).

Salgo a pasear con mi autográfica de bolsillo y me encuentro ante un edificio de fachada llamativa: sin serlo simula un rascacielito. ¡Qué bonito! Me va a salir una vista muy neoyorkina. ¡Click!

¡A ver!



"¡No se desanime! Repita las experiencias si alguna le falla". Voy a probar una pose...

... ...

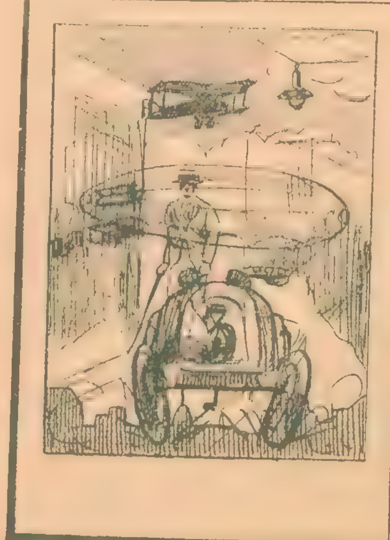
Del resultado de esta pose no hablaré por hoy...

A los pocos días repito la operación, no habiéndolo hecho antes por "falta material de tiempo"; hasta pienso sacar mi pose con el dispositivo especial para el caso (más adelante cuando entienda esta endiablada máquina).

Pero, antes se me presentan unas instantáneas únicas, imposibles de repetirse y no las dejo perder... ¡Click, click, click!



Revelemos:



¡Claro! He superpuesto tres vistas en una misma película.

No importa: yo siempre me salgo con la mía y hoy debo obtener mi primera pose; para mayor lucimiento haré la de mi prima Restituta. ¡Atención! Quietita hasta que yo te avise... Ahora... ¡Click... click!

Ya está:



Ahora sí, ¡eureka! Ya me consagré Chasirete. ¡Qué alegría!

Desde hoy me convierto en el más entusiasta partidario y propagandista del divino arte de la "fot" y desde ya, por si algún día merece ser citado, lego a la posteridad este pensamiento, síntesis de mi experiencia en el difícil arte chasiretil: "El fotógrafo no nace: se hace a fuerza de fracasos... y de centavitos".

¡Perdón, amigo lector!

J. Ort

Dibs. del autor.

La vida de las plantas

En uno de los centros de Instrucción de París ha expuesto el sabio indio sir Jagadis Chander Bose los resultados de sus investigaciones acerca de la vida de las plantas, y exhibido los gráficos, trazados por ellas mismas, de su sueño, de la influencia que experimentan bajo una nube pasajera, de los efectos del sol y de las excitaciones y depresiones que sufren.

El público que asistió a esta interesante conferencia pudo ver las plantas eterizadas o cloroformizadas, la reacción última, el espasmo y, por fin, la muerte.

Sir Bose dió a conocer los crescógrafos inventados por él para medir la velocidad del crecimiento de las plantas. Tales aparatos amplifican desde un millón a cien millones el tamaño real de los corpúsculos de que se componen las plantas. Para dar idea de la potencia amplificadora de estos aparatos, la velocidad del caracol se traduciría por una carrera de 200 veces la redondez de la tierra en veinticuatro horas.

Después habló de la vuelta de la energía, a causa de algún estimulante, a un tejido vegetal en trance de muerte. ¿Se trata de fenómenos vitales o sólo de fenómenos puramente físicos?

Este caso originó viva discusión entre los miembros de la docta corporación, que preside M. Berthelot.

Sir Bose terminó su conferencia diciendo que la ciencia, cuando el sabio la orienta, es un don divino.

— Para nosotros — añadió, — el saber y la religión forman una misma cosa. Desde hace veintidós siglos el rey Asoka mandó grabar sobre una piedra estas palabras: "Id y mezclaos entre los hombres para conducirlos al saber y a la justicia. Id adonde se hallan los terribles y los poderosos, aquí y en los países extranjeros, y amad en todas partes como hermanos a cuantos se acercan a vosotros."

Nueva ciencia

Una teoría médica que durante la guerra tuvo su origen en Alemania ha adquirido ahora gran popularidad y pasado del dominio de la clase técnica a la de todo género de practicantes, incluso muchas jóvenes. Se denomina la nueva ciencia "psicoanálisis", y está muy en boga en los Estados Unidos y en Inglaterra.

Hasta los niños de las escuelas solicitan visitar a los psicoanalistas.

Los miembros del clero son los mayores propagandistas de ella, y por esta razón, principalmente, muchas jóvenes concurren a las clases abiertas en Londres para aprender la práctica del nuevo descubrimiento. En estas clases se les dan a conocer algunas nociones de ciencia médica, que las capacitan para poder interpretar los sueños que les revelan sus pacientes, y para ejercer la sugestión y diversas formas del mesmerismo.

Se basa la nueva ciencia en que todo el mundo sufre de una especie de choque externo que produce diversos efectos.

Esto lo descubrieron en la última guerra varios psicólogos, entre ellos el profesor Myers, quien decía que si un enfermo de choque externo pudiera hablar acerca de sus heridas mentales, sería curado bien por la persuasión o bien por hipnotismo, conversando sencillamente con él.

Esos choques externos traen por consecuencia la falta de memoria y la debilidad neurótica.

La curación se realiza por una subconsciencia propia, que se manifiesta solamente en sueños. El análisis de los sueños es de importancia cardinal.

Uno de los psicólogos alemanes llega hasta decir que todos los sueños son malos sueños, y que no los recordamos porque subconscientemente queremos olvidarlos.

PARA LAS DUEÑAS DE CASA

Los juegos de los niños

Rara vez concedemos la debida importancia a los juegos y pasatiempos con que distrae su atención el niño, no obstante ser aquéllos auxiliares poderosos de todo sistema de educación infantil.

La necesidad de entrenar la mentalidad del niño por modo que dé en poco tiempo su rendimiento máximo, nos obliga o encauzar sus aficiones intelectuales con tan unilateral empeño, que rara vez permitimos que la propia espiritualidad colabore en el proceso de su desenvolvimiento cultural.

En los juegos, por el contrario, la personalidad, libre de toda coacción, puede afirmarse plenamente, manifestarse y aumentarse la imaginación y la facultad creadora y determinarse el carácter.

Si observamos cuidadosamente a los niños mientras juegan, apreciaremos en ellos cualidades que nos revelan otros aspectos de su vida. Pequeños que en presencia de las personas mayores aparecen cohibidos y escasamente dotados de medios de expresión, entre otros niños son resueltos, elocuentes, amigos de dirigir y de mandar, valerosos e imaginativos. Y, tal cual se nos revelan entonces, es como son en realidad; por eso conviene elegir para el estudio de su personalidad el momento en que, distraído en sus juegos, no ocultan sus naturales aptitudes ni se esfuerzan por seguir la norma que los guías de sus pequeños cerebros impusieron a su voluntad.

Tal estudio debe, sin embargo, de ser llevado a cabo con gran tacto y delicadeza, y sin que el niño lo advierta; de lo contrario, jamás llegaremos a sorprender su manera de ser íntima. Por lo mismo no conviene que nos inmiscuyamos demasiado en sus juegos ni procuremos imponerles nuestro gusto en este terreno.

Puede, sí, aconsejársele y poner a su alcance lo preciso para que el pequeño realice la obra de su desenvolvimiento, sin contrariarle, excepto en aquello que juzguemos dañino, ni hacerle más consideraciones que las que creamos oportunas desde el punto de vista de la higiene. Así, por ejemplo, puede y debe hacérsele ver que convienen a su salud los juegos y el ejercicio al aire libre, y el entrenamiento físico y moral que del cultivo de los deportes se desprende.

Fuera de esto, el niño tiene derecho a ser el entrenador de su voluntad en esta materia.

Tampoco conviene acostumbrarle al uso de juguetes muy perfeccionados, que, además de no estimular sus facultades imaginativas, suelen hastiar a la mayoría de los pequeños.

¡Cuántas veces sufren un desencanto las personas mayores al ver que los niños, echando a un lado juguetes costosísimos, se entretienen horas enteras con las cosas más nimias y de ningún valor! Por regla general, todo pequeño se divierte infinitamente más con una cuerda amarrada a una silla, que con un caballo de cartón o madera bien enjaezado; con un pedazo de caña y un bramante convertidos en un arco, que con una escopeta de complicada mecánica; con una mesa y cuatro tablas, fantástica ilusión de un acorazado, que con un minúsculo modelo de yate, y lo mismo las niñas. ¿Quién de entre éstas no prefiere improvisar los cacharritos de su casa de muñecas y vestir éstas con trapitos confeccionados por sus propias manos, a jugar con las que para su regalo preparan los fabricantes más expertos? ¿Y quién de todos nosotros no conservará el recuerdo de esas horas inolvidables de encanto en que, al mágico impulso de nuestra voluntad, trocábanse en gigantes esforzados los árboles, en escuadras poderosas las hojas de rosas, en balas mortíferas inofensivos guisantes, en fortaleza inexpugnable un montón de piedras y en insignia sagrada un pañuelo atado al palo de una escoba!

Yo misma he visto a una niñita de seis años, dueña de numerosas y riquísimas muñecas, otorgar su preferencia a una mano de mortero vestida por ella con una toalla vieja.

El niño, hombre incipiente, necesita ser el creador de su felicidad, dar él mismo la deseada forma a la visión de belleza que su mente engendra. Pongamos a su alcance los elementos primarios del juego, pero dejémosle que solo y a su gusto los desarrolle y resuelva. De lo contrario, nos expondremos, bien a limitar su esfuerzo, bien a descomponer los juguetes costosos para armarlos después a su manera.

Una de las distracciones que con mayor afán busca el niño, y la que más influye en su desarrollo espiritual, es la lectura.

Es cosa que preocupa a mucha gente el saber qué clase de libro conviene ofrecer a la insaciable curiosidad de los niños, una vez pasada la época en que su imaginación se nutre de la narración de hechos sencillos y de los cuentos de hadas. A propósito de estos últimos, hay quien los condena, por opinar que inculcan en los cerebros infantiles falsos conceptos de vida que a su vez producen desengaños.

A nuestro juicio, tal temor es infundado, entre otras razones, porque a cierta edad la vida toda es como un maravilloso cuento de hadas, y, tarde o temprano, muchos de sus aspectos nos causan una desilusión que la realidad no logró evitarnos.

Puede, por lo demás, hacerse una selección y elegirse los cuentos de este género que, sin acostumbrar al pequeño a fiar en el azar, único peligro que pudieran entrañar, sean como una preparación para ulteriores enseñanzas.

De todos modos, ha de llegar el momento en que el niño solicite, por su propio impulso, libros que contengan hechos verídicos, o, como dicen ellos, "cosas que hayan pasado de verdad".

Este es el punto indicado para darles a leer biografías de hombres ilustres, libros de viajes y, sobre todo, narraciones de hechos históricos. Carlyle decía que "la Historia debe de ser la base de la educación cultural", y aconsejaba que fuese lo primero que se ofreciese a los que sintieran curiosidad y ansia de saber.

Claro es que no puede establecerse una regla fija en materia tan compleja como ésta, y en la que rigen factores tan importantes como el gusto personal y la facultad comprensiva. Sin embargo, guardándose el orden indicado, se evitará, por lo menos, que el cerebro del niño lleve a cabo un esfuerzo exagerado, y se logrará estimular su natural afición a la lectura.

Beatriz GALINDO.

EL REMEDIO DE LOS MALES DEL DIA



Economía.

La cocina

BIZCOCHOS DE LECHE

Mézclese medio litro de leche, con quinientos gramos de azúcar, quinientos gramos de manteca y un kilo de harina de trigo. Amásese todo bien y córtese la masa en pedazos de la forma que se quiera. Empólvense estos en harina y pónganse a cocer al horno.

PUDDING DE CHOCOLATE Y HARINA DE ARROZ

Píquense 150 gramos de chocolate y disuélvanse a fuego moderado en medio litro de leche. Una vez disuelto el chocolate añádase doscientos gramos de azúcar en polvo, ciento veinte gramos de manteca de vaca derretida y otros ciento veinte gramos de harina de arroz. Mézclese todo muy bien y añádanse diez claras y diez yemas de huevos. En un molde untado con manteca se echa la mezcla, y se lleva a cocer al horno. Una vez cocido y antes de servir, se espolvorean con azúcar.

PUDIN DE GABINETE

4 molletes o bollos ingleses, 1 cuartillo de crema, ¼ de leche, 4 huevos, 4 yemas, 1 taza de azúcar, ½ de almendras mondadas y cortadas en tiritas, 1 de cerezas secas, albaricoques, ciruela verdal, o cualquiera otra fruta conservada o de botes. Engrásese bien un molde; póngase en el una capa de bollos, cortados en rebanadas delgadas, luego de fruta, almendras, y así sucesivamente hasta que se hayan empleado todos los ingredientes; bátanse juntamente la leche, crema, azúcar y huevos; échese esto sobre el contenido del molde, y déjese quieto por media hora cuando menos antes de cocer; luego póngase en una cacerola con agua hirviendo que llegue a las dos tercera partes del molde; cuézase allí por 1 hora. Echese con cuidado en una fuente y sírvase con salsa de crema.

BUBY ENCUENTRA UN TESORO

(Cuento infantil)

Buby era un valiente. Aquel domingo, para fastidiar a la cocinera que era muy gruñona, se le ocurrió llenar de sal el bote de azúcar de la cocina, con lo cual en el pecado llevó la penitencia, pues las natillas resultaron incomibles.

Buby demostró su valor cuando, al castigarle mamá con no ir al cine—¡no ver el vigésimo episodio de "Los misterios de Honolulu"!—y al ver marchar a su hermanita Nena con mademoiselle, no vertió una sola lágrima; se es hombre o no se es.

Luego, papá y mamá se fueron al teatro, la doncella se marchó de paseo, la cocinera gruñona se metió en la cocina, y Buby se encontró sólo, y para aprovechar aquel domingo de soledad y de castigo, resolvió hacer un viaje de exploración a las regiones prohibidas de la bohardilla.

¡Cuántos trastos! Muebles fuera de uso, baúles, trapos, telarañas en abundancia.

En un rincón encontró una butaquita que le había causado extraordinaria alegría cuando se la regalaron, en los remotos tiempos en que él "era pequeño". Experimentó honda satisfacción al comprobar que hoy apenas cabía ya entre los brazos de mimbre de la butaquita, que le acogió con un gemido doloroso.

Pero aunque estaba un poco estrecho, Buby se hallaba tan cansado por sus exploraciones, que, después de mirar fijamente ante sí durante un momento para ver si aparecía alguna araña que pudiese servirle de juguete vivo, inclinó la cabeza a un lado y se quedó dormido.

De pronto, oyó una vocecita quejumbrosa que decía:

—¡Ay! Buby, ¡qué pesado te has vuelto!

Buby comprendió en seguida que era la butaquita la que hablaba.

—¡Claro!—contestó dándose toda la importancia posible;—no podía seguir siendo pequeño toda la vida... Y a ti, ¿qué tal te va por estos altos barrios?

—Así, así; me voy haciendo vieja...

—¡Como!, ¡si apenas tienes siete u ocho años!

—Es una edad muy avanzada para una butaquita de mimbre; además, tengo reúma en las articulaciones; ya habrás notado que no puedo dejar de quejarme a cada movimiento tuyo.

Aquí la butaquita lanzó un gemido desgarrador; bien es verdad que Buby había hecho un gesto brusco para sacarse el pañuelo del bolsillo y enjugarse las lágrimas que le hacían derramar la pena de la butaquita y el sentimiento de su propia ingratitud.

—¡Pobrecilla! Me estaré quieto.

—Voy a demostrarte—prosiguió la butaquita—que sigo profesándote verdadero afecto. En el tiempo que llevo aquí, repudriéndome bajo el polvo y las telarañas, he descubierto un tesoro maravilloso y quiero regalártelo.

—¿A mí?—exclamó Buby.

—Sí, a ti. Sin duda lo escondieron los antiguos inquilinos de la casa; yo he tomado informes minuciosos y me he enterado de que han muerto todos; por lo tanto, el tesoro no pertenece ya a nadie, o, mejor dicho, pertenece a quien lo encuentre y ese serás tú.

—¿Yo?—tornó a exclamar Buby.

—Sí, tú, Buby en persona y con la ayuda de mis confidencias. Tienes que correr el baúl de hule negro, y ahí, debajo de una losa encarnada está el tesoro que...

La butaquita enmudeció súbitamente y Buby abrió los ojos.

¿Habría soñado? Sería lo más probable, puesto que había dormido, y la butaquita no daba ya más señales de vida que alguno que otro gemido que no tenía nada de humano.

Pero ¿y si hubiera soñado la verdad?

Con su profunda cultura cinematográfica, Buby sabía perfectamente que a veces ocurren cosas muy extrañas...

Se levantó resueltamente, se acercó al baúl de hule negro, y, afirmándose sobre sus piernas y reuniendo todas sus fuerzas—no en balde había tenido el primer premio de gimnasia en el curso último,—empezó a empujarle. Afortunadamente, el baúl estaba vacío, y la considerable provisión de energías de Buby resultó casi superflua. El baúl dejó al descubierto, como era natural, varias baldosas amarillas y varias encarnadas; Buby se ocupó exclusivamente de éstas. La primera estaba muy bien agarrada y no le fué posible moverla; con la segunda le pasó lo mismo; pero la tercera cedió sin dificultad. Debajo había un hueco; en este hueco una caja rectangular, de hojalata verde. Los deditos de Buby temblaron de tal manera que tardó un rato en abrirla, y entonces lanzó un grito agudo: la tapa, al levantarse, había dejado al descubierto... ¡monedas de oro!

Cuando Buby logró serenarse un poco, se puso a contarlas; había trescientas ochenta y cuatro. Las monedas eran extranjeras, pues Buby no logró leer la inscripción que tenían; pero ¿qué importaba? Lo principal era que había muchas y que todo aquel dinero era suyo. Pensó en las primeras medidas que convenía tomar. ¿Enseñárselo a papá? Al punto rechazó esta idea. Papá tenía demasiada costumbre de emitir el aforismo paternal que dice que "todo lo que es de los niños pertenece a sus padres".

Finalmente, acabó por dejar la caja donde la había encontrado, y volvió a colocar el baúl encima, mientras meditaba un plan; solamente se guardó una de las monedas de oro en un nudo del pañuelo, y cuando Nena volvió del cine encontró a su hermano perfectamente indiferente ante el estupendo relato del vigésimo episodio de "Los misterios de Honolulu".

—Papá—dijo Buby con toda naturalidad durante la cena,—¿cuánto vendrá a costar un automóvil con cuatro asientos?

—¿Es que piensas comprarte uno?—preguntó papá riéndose de la curiosidad.

Buby no contestó, herido en su dignidad por aquella risa desdeñosa. ¡Ah! Si papá hubiera sabido que su hijo poseía una fortuna, sin duda le hubiera tomado más en consideración.

Desde entonces Buby se dedicó exclusivamente a meditar acerca del plan que convenía adoptar respecto al tesoro.

Lo más natural era ir al Bazar Z y adquirir un triciclo perfeccionado, una docena de cajas de soldados enormes, varios sables y fusiles, un uniforme de húsar—Buby tenía instintos excesivamente bélicos—y un peón que, al bailar, tocaba la Marcha Real.

También compraría un automóvil con cuatro asientos para asombrar a papá y hacerle arrepentirse de sus injustos desprecios. Además, como Buby no era egoísta, pensó regalar un vestido de seda a mamá, una casa de muñecas, con baño y teléfono, a Nena, y alguno que otro alfiler de brillantes o fruslería por el estilo a mademoiselle, que al fin y al cabo era buena persona.

Sin embargo, Buby, hombre prudente y avezado en la materia, temió que el esplendor de sus adquisiciones sorprendiese a la gente; llegarían acaso a sospechar que había robado aquel dinero, y como no tenía más pruebas de su inocencia que el testimonio de la butaquita de mimbre, que podía negarse a declarar, sería sin duda condenado sabe Dios a qué. Buby se estremeció y renunció a sus proyectos.

Pero, ¿y si entraban ladrones por el tejado y descubrían el tesoro?

Por la noche, en su camita dorada, a veces Buby se despertaba sobresaltado, creyendo oír pisadas sospechosas sobre el techo. Pero se acordaba de que vivía en el piso primero y, comprendiendo que las pisadas eran sin duda las de los inquilinos del principal, se volvía a dormir.

Su preocupación era tal, que fué descuidando sus estudios; luego empezó a descuidar sus juegos, lo que era más grave y más significativo; y no hubiera tardado en descuidar el cine y las meriendas, lo que hubiera sido gravísimo, cuando un día...

...Un día, Buby, al sacar el pañuelo del bolsillo, dejó caer la moneda de oro al suelo. Al oír el sonido metálico, papá, que se hallaba leyendo "El Imparcial", levantó la cabeza.

—A ver esa moneda—dijo.

No había medio de inhibirse. Buby entregó la moneda.

—¿Quién te la ha dado?—preguntó papá después de examinarla.

El momento supremo había llegado. Buby se puso colorado como un tomate maduro; tragó saliva y, al fin, en valiente, relató la historia de su hallazgo maravilloso.

Cuando terminó, papá soltó una carcajada; Buby le miró tan asombrado que ni siquiera se acordó de ofenderse.

—Pero ¿tú sabes lo que es esto, Buby?

—¡Claro que lo sé!—contestó Buby, irguiéndose fieramente:—es una moneda de oro extranjera.

—No, Buby, no; esto es una ficha de cobre de las que se emplean para jugar a las cartas.

El golpe era rudo. Buby sintió que las piernas le flaqueaban, y, sin embargo, el desengaño le pareció mucho menos cruel que la risa paterna.

Afortunadamente, papá llamó a mamá para relatarle la historia, y mamá no se rió, al contrario. Tomó la cosa muy en serio, como debía ser, y hasta regañó a papá por haberse reído.

Luego cogió a Buby en sus brazos; le explicó detenidamente, de persona mayor a persona mayor, que había hecho mal en no confiarse en seguida a ella, que hubiera sido, como siempre, su mejor consejera. Finalmente, para consolarle, le prometió un suplemento de sección cinematográfica en medio de la semana, y Buby, en el fondo de su corazón, y sin confesárselo a sí mismo, sintió como una especie de alivio al verse libre a la vez del peso agobiador de un secreto de esta índole y de las terribles perplejidades que le habían agitado.

Ya no era un capitalista; pero seguía siendo un niño mimado, lo cual decididamente no deja de tener sus encantos.

EL GATO CON BOTAS.



Las grandes bibliotecas de Lovaina

El Comité americano que se ha encargado de la misión de reconstruir la Biblioteca de la Universidad de Lovaina, anuncia que ha recogido ya dólares 150.396 para ese fin, y que ha embarcado 21.848 libros con aquel destino.

Espera recaudar la suma de 500.000 dólares, y entonces fundará una nueva Biblioteca, que será regalada a la Universidad de Lovaina "como un don del pueblo de los Estados Unidos de América para reconstruir esta ilustre y antigua Universidad, y como permanente recuerdo de los heroicos servicios del pueblo de Bélgica en defensa de la libertad humana".

Expedición ártica en busca de huevos de aves raras

El explorador americano Mr. Donald MacMillan ha anunciado a un periódico de Boston el propósito de partir el próximo mes de julio para emprender una expedición a las regiones árticas, con objeto de buscar huevos de aves raras de los países polares, principalmente de ánsares de las nieves y azules.

Asimismo investigará el paso por el Norte de los estrechos Fury y Hecla.

En el trayecto se dedicará a trazar el mapa de aquellas regiones.

La expedición irá provista de un buque especial, a propósito para recorrer las regiones polares.

EL AGUA

por Gerad D'HOUVILLE

Al Dr. Chupitegui, cordialmente.

Creo que el culto del agua y de sus virtudes purificadoras debe remontarse hasta los tiempos más mitológicos. La fuente en que fué convertida la pequeña Byblis debió resultar especialmente bienhechora para los corazones morosos: Las Musas extraían de la fuente de Castalia el secreto de sus perfecciones eternas. Todos los poetas de todos los tiempos han deseado aplacar su sed bebiendo el agua de Hippocrenes, surgida del zueco transparente de Pegaso. Narciso, el contemplador, inclinado sobre las ondas inmóviles, tal vez sólo era un apasionado bebedor de agua, que buscaba en su espejo el reflejo de una mina mejor que por fin le satisficiera... Por doquiera, a través de las leyendas y los mitos de todos los tiempos y de todos los países, el agua mana y corre, amigable y temible. De las náyades griegas a las amables hadas de Francia, que pueblan las fuentes, el agua, el agua dulce y límpida, y misteriosa, y sagrada, extendiendo, durante el curso del tiempo, sus ríos y sus arroyos, salta en cascadas y torrentes, durmiendo en los lagos, y, misteriosamente disimula sus fuentes secretas, profundas y puras, que los hombres veneraron siempre casi como a diosas.

Desde la famosa Juvenza, cuántas fuentes poseyeron poderes maravillosos o perversos. En una se echa el anillo para ver al amante en sueños; en otra se alivian los pesares, se lavan las faltas, se olvidan los remordimientos... Pero siempre, en el fondo de las más privilegiadas, es el amor y la salud lo que va a recobrarse, es la esperanza de una juventud nueva, la certeza de la fuerza y de la felicidad, lo que se quiere beber. ¡Fuentes! ¡Arroyos! Aguas murmuradoras, arrulláis aún a la vieja humanidad con vuestras alegres canciones, con vuestras olas diminutas, en las cuales ondula el prestigio de un porvenir radiante e inagotable. Agua divina, juventud del mundo, eres siempre todopoderosa, y los que van a buscarte por todos los ámbitos de la tierra, son peregrinos que te dirigen sus plegarias, agua compasiva y burlona, pidiéndote que les escuches y les seas favorable.

Los cenobitas de Siria

El que conozca algo de la historia de aquel joven pastor que ingresó en un convento, de donde fué despedido por temor de que las excesivas mortificaciones que daba a su cuerpo trajesen funestas consecuencias, sabrá que se retiró a una montaña de Siria, donde pasaba cuaresmas enteras sin comer y dondo construyó una columna de piedra, alrededor de la cual se agrupaban sus discípulos para oír la palabra del famoso cenobita, de Simeón el Estilita. Estos discípulos fundaron después el monasterio de San Simeón, conocido con el nombre de Kalaat Siman, una verdadera maravilla de la arquitectura siria.

Si la sombra del Estilita va alguna vez a rondar por aquellos parajes, debe temblar del espectáculo y las escenas que en la actualidad se ven.

El claustro es una cuadra para caballos; la iglesia, en forma de baptisterio, un establo de vacas y alberge de algunos seres humanos que no lo parecen, y el cenobita vería corretear por lo que fué recinto sagrado bandadas de niños, sucios y asquerosos, completamente desnudos.

A poca distancia de allí se encuentra la aldehuela de Kafr Nabo, que conserva el nombre del dios semítico que en otro tiempo tuvo allí un santuario. Sólo tiene tres casas, ruinosas, antiguas, de piedra tallada; los indígenas viven de la leche de las ovejas.

Siguiendo el curso de uno de los torrentes que bajan del Alma Dagh, antigua Amanus, el camino se alegra, serpentea entre adelfas; el campo se anima con tonos verdes anunciando manantiales abundantes. En Cheekhlé el agua fresca y clara brota con fuerza de entre las rocas. Allí, hace treinta años, se estableció una comunidad de padres trapenses. Allí el clima es sano, pero como está situado en el fondo de un embudo, se ve privado por su orientación de las frescas brisas del mar. El calor es grande en el monasterio. Los monjes van con frecuencia a la fuente a refrescar en el chorro de agua fresca sus cabezas ardorosas con una ducha bienhechora. Por la noche se abren todas las ventanas en busca de una corriente de aire que no llega, y apenas se puede dormir en aquella atmósfera caldeada. Las moscas completan el martirio.

A pesar de los rigores del clima, los valientes cenobitas han construído un convento duradero. Al llegar a Cheekhlé sólo tenían tres tiendas de campaña, y durante la noche, mientras unos dormían otros hacían de centinela, vigilando con el fusil a la mano, montando guardias como en campaña, acompañados de mastines que daban la alarma.

Poco a poco fueron construyendo chozas de tierra seca y ramas, que ahora han quedado convertidas en graneros, y por fin edificaron un convento de piedra y tejas.

Los padres cultivan la tierra y poseen terrenos de gran extensión; dirigen los trabajos de los armenios que habitan un lugarcito fundado cerca de la residencia de los trapenses, labradores que acudieron allí después de las matanzas de cristianos, y cobijados por la sombra protectora de los trapenses. Los mismos frailes manejan el azadón, el arado y la hoz, roturan los terrenos, arrancan las piedras y cavan hondo. La explotación prospera; el huerto produce y grandes viñedos cubren amplios espacios de terreno, dando una cosecha cada vez mayor. El vino de la trapa de Cheekhlé es muy bueno, fuerte y muy rico en alcohol, pero se pierde mucho, pues por falta de vías de comunicación no se puede dar a conocer sino en los alrededores. Por el sendero que va a lo largo del Alma Dagh apenas si de tarde en tarde pasa una caravana, y en las líneas férreas no hay que pensar.

La misión de los trapenses, por lo tanto, no tiene porvenir alguno; las enfermedades contagiosas han diezmado a los pocos habitantes de la región.

Para tener una idea del monasterio y sus anexos, hay que franquear un desfiladero en el camino de Acbés. A medida que se sube se respira el saludable aroma de los pinos. Estos árboles forman el severo decorado de la trapa, el sanatorio del lugar.

La vista se fija en un grupo de construcciones raras; es el convento de los lazaristas. Los pocos misioneros que lo habitan son suficientes para desempeñar su cometido; la instrucción de los niños de Acbés. La casa está rodeada de un gran jardín, del que pensaron hacer una granja de labor que serviría de escuela, pero todo fruto desaparece antes de madurar; grandes y chicos lo roban. En el bazar, los padres se codean con los antiguos discípulos, ya hombres, quienes ni siquiera los miran; como si no los conociesen.

La ingratitud es la fruta que mejor madura entre aquella gente. La misión de los lazaristas y la de los trapenses se ayudan mutuamente, y gracias a eso pueden aquellos infelices soportar aquel destierro, mas penoso que todos los silencios y más doloroso que todos los cilicios.

MR. WARREN G. HARDING, PRESIDENTE ELECTO DE LOS ESTADOS UNIDOS DE AMÉRICA



Caricatura de Ernesto García Cabral, mexicano.

Colaboración espontánea

¿Quién más humano?

En férrea jaula un tigre prisionero,
Postrado en tierra, la cerviz erguida,
Paciente espera al torvo carcelero
Que a traerle viene la frugal comida.

La libertad que allá en la selva otrora,
sin diques disfrutara a su albedrío,
Perdida para siempre, el triste llora
En su fiereza, indómito y sombrío.

Luciendo el esplendor de su belleza,
Frente al tigre una dama se detiene,
Le observa con marcada sutileza
Y en él sus ojos, con tesón sostiene.

Un pensamiento definido y cruel
La nívea frente de la bella asombra,
Y en un transporte exclama: ¡Hermosa piel
para echarla a mis pies! ¡Qué regia alfombra!

En tanto el tigre en su interior decía,
No obstante hallarse dolorido y preso:
¡Magnífica mujer!; yo no osaría
Con mis garras destruir tal embeleso!

Teófilo C. CHIESA.

Tenuidades

La blanco azulada
nube pasajera,
se trueca en dorada...
Amada
¿La ves? ¡Quién dijera
que es humo, que es nada!

Levedad de ensueño,
ilusión, encanto
del Amor risueño;
empeño
de rimar con llanto
mi sueño y tu sueño...

Tan dulce me sabe
el beso robado,
tan dulce, tan suave,
que alado
trinó como un ave
mi amor a tu lado...

Por fin el romero
finó su camino
de amor prisionero:
el vino
del beso primero
le fué traicionero.

La nube dorada
—de blanca que fuera—
volvióse morada...
—Amada
¿la ves?
¡Quién dijera
que es humo, que es nada!

Rodolfo BAGUÉS.

Por qué se siente la muerte

Selene en el azul se asemejaba
al rostro de la ingrata a quien venero;
y sus destellos, pródiga otorgaba
dejando tras de sí como un reguero
de plata o de diamantes. Escanciaba
su nectar, Primavera en el sendero
que el bardo, cautivado atravesaba
saturado de esencias de romero.
Eclosionaban por doquier las flores
y el céfiro, cesando en sus rumores,
fijóse en que la Luna sonreía...
Y contemplando tanta maravilla,
sintió el vate el dolor de ser arcilla
mientras lejana música sentía...

Rafael RUIZ CRUCES.

Caminito de plata

¿Adónde vas, tan solo
caminito de plata,
con las viejas canciones
de las brisas que pasan,
con los misterios esos
de la vida tan rara?
Los árboles te siguen
uno por uno... blancas
mariposas te cruzan,
caminito de plata.

¡Ah! dime que me llevas
por tu senda tan larga,
y dime que me quieres
y te daré mi alma...
¡Llévame caminito
por tu senda de plata!

. . . .

Llegó la Primavera,
y va esparciendo dalias
muguetes y claveles
y tantas flores, tantas,
que la Diosa no sabe
donde asentar sus plantas...
Y tú buen caminito
miras la Diosa maga
que va esparciendo flores
por tu senda tan larga,
y solo estás, tan solo
que en tí piensa mi alma...
porque andar ¡ay! quisiera
por tu senda de plata.

Pedro A. MARCHINI.

LOS BUENOS PROPÓSITOS



Jorge decide no fumar más cigarrillos.



La señora de Pérez decide no comprarse más vestidos.



Gumersindo decide no beber más champaña.



Y Tomasini decide no perder más el tiempo en el club.

Razonando...

Eres hermosa... bonita...
más que mujer eres diosa,
la frescura de una rosa
en tu tersa faz habita.
Eres imagen bendita,
beldad condensas en tí
y yo desde que te ví
con tus caricias soñé
y lleno de ardiente fé
un bello Edén entreví.

Mas luego en mí, la razón
su voz alzando, me dijo:
Olvídala que de fijo
salvarás tu corazón...
entonces por precaución
miré yo lo que iba a hacer
y pronto pude saber
eran ciertas sus palabras
y al corazón dije: no abras
que te vas a corromper.

Y hoy sin tu amor no me quejo,
vivo tranquilo y contento,
en mi alma de dicha siento
germinar azul reflejo...
Hoy al mirarme en tu espejo
por solo estar en la vida
alegría en mí se anida
porque eres, niña hechicera,
fruta muy buena por fuera
y por dentro corrompida.

Pascual A. DEVITA.

Neuroniana o "Milonguita"

La llamaban Esthercita y su historia, era la misma de todas, triste y dolorosa:—un hombre la engañó;—y, cuando hubo deshojado, una por una, todas las flores de su corona blanca de virgen, la abandonó;—ya no tenía más, que deshojarle...! ...Y la pobre paloma abandonada tendió su vuelo al nido paterno.—No había conocido madre y, el padre, hombre duro, le impuso tales condiciones para su admisión, que entre vivir, sujeta al desprecio y a las humillaciones de los suyos, o a las de la sociedad, prefirió las de ésta última... al fin, nada le debía!

Y ahora, destruído el nido de sus amores virginales, había caído al cabaret:—era, "flor de lujo y de placer" y su vida, corría con una monotonía enervadora, de orgías, en orgías, embrutecida por el alcohol y la cocaína!

Pensaba, a veces, con el desencanto de los vencidos de la vida, que ya no tienen fuerzas, ni voluntad para luchar, y, veía, esfumarse en lontananza, el fin que la esperaba... el Hospital y la fosa común; esa horrible fosa, donde yacen en promiscuidades macabras, restos informes de seres que fueron, sin nombres y sin afecciones;—pensaba también, que ella no tendría su pedacito de tierra, en algún rincón solitario del cementerio, con su crucesita de madera, florecida de tiempo en tiempo, por manos amigas, para dormir el último sueño de su dolorosa existencia... Nadie vendría a rezar por ella! . . . .

. . . .

En una salita solitaria de la Avenida, un gramófono, repetía por la centésima vez, las estrofas de la popular "Milonguita" y Esthercita, "flor de lujo y de placer, flor de noche y cabaret" la cabeza oculta entre sus manos, lloraba... Y el disco como una lenta melopea, repetía... "Milonguita" los hombres te han hecho mal... y hoy darías toda tu alma... por vestirte de percal"... y entre sollozos, la pobre pecadora, murmuraba... Oh sí!... sí!... toda mi alma!... para vestirme otra vez de percal!... ese vestidito blanco con ramitos de rosas que adornó mi juventud y mi inocencia!...

Quedaba, todavía, una flor en la coronita blanca que fué de Esthercita... la espranza!. . . . .

. . . .

Y en la salita solitaria, ya invadida por la noche, donde esa pobre alma dolorida seguía orando, un rayo de Luna, vino a posarse sobre esa cabecita inclinada para besarla y repetirle las sublimes palabras del Divino Maestro, a otra Esthercita... a María, la pecadora!

Jorge Luis.

EL TEATRO — CRÍTICA - GLOSAS - HUMORISMO -

LAS OBRAS

Parece que vamos a terminar por donde debíamos haber comenzado. El género llamado "grande", el de las piezas de tesis y en tres actos ha sido cultivado con relativo éxito en los primeros pasos de nuestra escena, pero la intención que marcaba nobles rumbos pasó lo mediocre por excelente y surgieron glorias espurias que aún hoy están dando sus últimos trompetazos.

Ahora la tendencia es otra. Se va al teatro por secciones con una viciosa complacencia. La piececita cómica en un acto o la sensiblera, constituyen el elemento deseable. No se cultiva la comedia atribuyendo al público falta de interés por los espectáculos del género. Nuestro teatro oscila entre la pochada y el dramón, sin términos medios. O reir a todo trapo con disparates de mala ley, o llorar infantilmente con cursilerías sentimentales donde se explota indignamente el espectáculo del ajeno dolor.

Y sin embargo nada obliga a ello. Tenemos autores, tenemos cómicos, tenemos público. ¿De quién es la culpa de toda esa avalancha de mal gusto que inexorablemente lo va inundando todo?

El cronista apunta el hecho. Queden las soluciones para el que tenga en sus manos el remedio.

PARRA VERANEA, ALEGRE Y CONFIADO

Todos los años, el popular bufo es el primero en clausurar su temporada y, también, el último en inaugurarla. Durante el año, no ofrece funciones en vermouth ni "matinées" los días feriados, ni estrena más de seis piezas, todo lo cual no impide que ingresen en la boletería del Argentino sumas capaces de sacar de quicio a los burgueses menos modestos. (Si mal no recordamos, en 1920 subieron a 477.000 $).

Ello podría hacer suponer que Parra prepara sus temporadas con mucha anticipación y que sus ya incontables éxitos son el fruto de una labor paciente de fraile benedictino, apuntalada en su larga experiencia escénica. Muy al contrario, sin embargo. Parravicini improvisa sus temporadas como improvisa un vuelo en aeroplano o una excursión en yate. ¿Que no se le ha cumplido la promesa de entregarle la obra para el debut? Pues, a escribirla personalmente. Y finiquitado el asunto.

Durante el verano Parra se aleja de los círculos teatrales, se va de Buenos Aires y se olvida del pintoresco mundo del teatro por cuatro largos meses, para dedicarse a alguno de sus sports favoritos.

Este año, por ejemplo, estamos ya al finalizar de febrero, y mientras otras compañías se apresuran a debutar, siguiendo aquel viejo refrán "el que pega primero, pega dos veces", nuestro gran bufo prolonga olímpicamente su "villeggiatura" en San Isidro, cabe su media naranja, en pleno goce de sus "facultades" idílicas y sin otra preocupación que "excursionar" los ríos de la Plata y Paraná en su novísimo "yacht". Está olvidado por completo de su próxima temporada en el Argentino. De ésta sólo se sabe que el ingenioso ingeniero Ricardo Hicken romperá el fuego de los estremos con su pieza "El club de los casados", cuya escenografía se está pintando sin mayor apuro, pues Parra no abandonará San Isidro hasta principios de abril.

ARGENTINO

La compañía del maestro Terés, reforzada con nuevos elementos, reapareció en este escenario estrenando "¡Meneo, jaleo y pateo!" (titulito que es toda una evocación de su temporada en el Avenida). Por falta de espacio, diferimos el jaleo para nuestro próximo numero.

"MUNDO TEATRAL"

Así se titulará una revista teatral que debe aparecer el 5 de marzo próximo, dirigida por el empresario "comunista" Alvarez Angulo, que fuera como el brazo izquierdo de Rambal en su recién terminada "stagione" de dramas de tiros en el Buenos Aires.

Se asegura que Angulo, como director de revista, es tan eficaz como empresario de obras espectaculosas, lo cual permite suponer que "Mundo teatral" está llamada a sobrevivir quieras no quieras.

COMEDIA

Prepara numerosos estrenos la compañía Ligero-Ibáñez. Entre éstos, la empresa le tiene fe ciega a "El chico de Far West", con la que descuenta tendrán los autores de "El pibe del corralón" otro exitazo de cien o más representaciones. Huelga decir que Narcisín será el héroe de ella.

APOLO

"Murciélagos", de García Velloso, ya no irá en la noche del debut de la compañía César Ratti. Debido a las exigencias de su aparato escénico, que son muchas, quedará para otra oportunidad.

Ha quedado resuelto que la nueva compañía se presentará el 1.º de marzo reprisando, reducida a un acto, "Mi prima está loca" y estrenando "El agua y el champagne", de Escobar, y "El nido de cóndores", del "enorme" autor Alberto T. Weisbach.

Traversa delira con la noche de la presentación de la compañía, pues descuenta un éxito tanto por las obras como por la cara de ese ramillete de chicas que tiene en el elenco. Asegura que con ellas hará un concurso de belleza, des-

pués del concurso de obras. Como se ve, Traversa sigue afectado de conarsomanía...

AVENIDA

"El último vals", opereta en tres actos de Oscar Strauss, adaptada por Escobar y Cappenberg y el maestro Palacios.

Rara vez el éxito acompaña a la expectación. Las obras muy esperadas no suelen luego satisfacer en la medida del interés que despertaron, tal vez porque nuestra fantasía acumula valores exagerados que no pueden hallarse fuera de su mundo imaginativo.

No ha ocurrido así con "El último vals". Un éxito clamoroso y legítimo ha venido a confirmar los favorables anticipos que de esta obra se nos había hecho.

Es, en verdad, esta opereta, una de las más felices piezas de su género. La acción se desarrolla en ese mundo galante y fácil de las viejas aristocracias europeas, donde el amor vive rodeado de todos los lujos necesarios para hacer de él la más exquisita golosina. Príncipes, militares, damas de corte, caballeros de la "haute", en salones de fastuosa ornamentación juegan al amor y a la aventura como en un sueño que tiene también a veces sus pesadillas.

En "El último vals" el asunto es movido e interesante. Las escenas se suceden, ora dramáticas, ora cómicas, con incidentes amenos, hacia el final inesperado y oportuno. La música es realmente notable. Sobre un tema de vals que da unidad a la obra, surgen inspiradas variaciones que responden acertadamente al desarrollo de la acción. En todo momento la música es inspirada, fresca, emotiva, conservando siempre ese aire distinguido y desenvuelto que caracteriza a la opereta.

Sobre los triunfos obtenidos ya por la Berutti, éste es un paso más. Su papel de Vera lo desempeñó con una maestría, un gracejo y un "savoir faire" inimitables. Su nota personal en la obra merece cualquier elogio y vale por sí sola una consagración.

Muy bien el conjunto. Todos los elementos se esforzaron por mantener los valores de la obra, consiguiéndolo plenamente. La presentación, lujosa y acertada y notablemente realzados los efectos de luz.

En suma, una obra y una presentación como no estamos acostumbrados a ver, mucho entusiasmo, muchos aplausos y... ningún otro estreno por mucho tiempo.

DE ROSAS EN MONTEVIDEO

En el 18 de julio de la vecina orilla, debutó el sábado la compañía Rivera-De Rosas poniendo en escena la pieza de Testena, "El hombre que pudo matar", nueva para el público montevideano.

Informaremos en otro número de cómo fueron recibidas obra y compañía por el público y la crítica uruguayos.

SAN MARTIN

El viernes, a estar a lo anunciado, ha debido presentarse la compañía Arata-Simari-Franco que actuará todo el año en esta sala.

Debió estrenar "Cómo se pasa la vida", revista de Novión, Romero y maestro De Bassi, tres veteranos que cuando no la pegan le pasan raspando.

Comentaremos el debut en nuestra próxima edición.

NUEVO

Reapareció la D'Algy estrenando "Gri-Gri", bonita opereta que fué aplaudida. Su música, muy agradable, gustó mucho. Con más espacio, de ella hablaremos en nuestro próximo número.

LICEO

Obtuvo buena acogida la versión italiana del sentimental drama de Berisso, "Con las alas rotas", puesto en escena la semana anterior por la compañía Cavalli-Piacentini.

Este conjunto ocupará esta sala hasta fin de mes, fecha en que, según se anuncia, actuará la canzonista Raquel Meller.


LAS SORPRESAS DEL TEATRO...

...o el atrecista distraído.

NACIONAL

Se nos informa que el 2 de marzo es la fecha fijada para la reapertura de este teatro. Se estrenará "Mustafá", de De Rosa y Discépolo, y "Una pobre pecadora", de Julio F. Escobar.

BUENOS AIRES

Activa los ensayos de las piezas con que debutará la compañía Muiño-Alippi. Estas son "Juan Cuello", del poeta Caraballo, y "El coronel Cinzano", de Schaeffer Gallo. La primera lleva música del maestro Scolatti Almeyda, que ha echado el resto, según se dice, en esta obra. Veremos si la compañía pondrá voces para hacer destacar la música.

OPERA

Para el sábado se anuncia el debut de Vittone-Pomar, con el estreno de la revista de Bayon Herrera, "El carnet de Cupido".

ESMERALDA

Vése sumamente frecuentada esta bonita sala en la que se aplauden todas las noches interesantes artistas de varietés.

CASINO

El programa de varietés que ofrece este teatro, hase reforzado recientemente con un nuevo número, la troupe Coganny, que debutó con buena aceptación del público.

GRAND SPLENDID THEATRE

Prepara la empresa de esta sala un excelente programa de cintas para la semana en curso, lo que motivará una gran afluencia de público, de ese público selecto formado por familias distinguidas que siempre se reúne en esta hermosa sala.

CAPITOL

Próxima a inaugurarse la temporada oficial, esta bonita sala de la calle Santa Fe consigue atraer, como siempre, numeroso público seleccionado. Se anuncian para esta semana interesantes películas de marcas famosas.

"LA ESCENA"

Esta revista que inserta las piezas de teatro más aplaudidas, publicará en su número del jueves la obra de Roberto L. Cayol, "Una broma de Arlequín", comedia bellamente escrita.

"NOVELA NACIONAL"

La prestigiosa publicación que dirige el escritor señor Hernández-Cid, da cabida en su número de hoy a un trabajo de su director titulado "Voluntarios aristócratas", valiente alegato contra la guerra, donde se ponen de relieve tanto las aptitudes literarias de Hernández-Cid como su madurez intelectual. Será leído con interés y afirmará el prestigio de su autor.

Los marinos de guerra, peliculeros

Hay una nueva película "La novia 13" que en su impresión ha entrado toda una escuadra con sus ayudas de hidroaviones y dirigibles. El ministro de marina, de los Estados Unidos, después de enterado del argumento comprendió que tanto a la oficialidad como a la marinería convenía prestarse a actuar como peliculeros, pues había de servirles de diversión y de ejercicio naval. La citada película revela a la marina de guerra defendiendo las costas norteamericanas contra una cuadrilla de piratas que en submarinos se dedican a robar novias multimillonarias.

Las unidades navales que el ministro de marina yanki puso a disposición de la empresa cinematográfica eran parte de las que manda el contraalmirante Plunkett, de estación en Newport, en donde se celebró una conferencia presidida por el almirante y a la que acudieron el estado mayor y dos comandantes de los buques y el director de escena, Stanton, quien explicó las escenas que habían de desarrollarse en aire, mar y tierra, y sobre todo en las dos primeras, para dar fin con la escuadrilla de submarinos robadores de muchachas millonarias.

El almirante encargó al comandante Bristol que con el destroyer Breckinridge dirigera las operaciones indicadas de antemano, y al día siguiente de la reunión de jefes toda una escuadra salía del puerto de Newport, en persecución de los piratas, y durante varias semanas en la costa cercana se ha estado oyendo constante cañoneo, estallidos de bombas arrojadas por hidroplanos y dirigibles, estruendo de minas y explosiones formidables.

El comandante Bristol desde el puente de su buque dirigía la maniobra de acuerdo con el plan desarrollado con el director Stanton que desde el cazatorpedero número 177 cooperaba con Bristol al desarrollo de la acción.

El submarino R-1, mandado por el teniente Dashiell, hacía el principal papel de la flotilla pirata, y el capitán Steele, comandante del buque Shawmut. Disponía, además, de la escuadrilla aérea compuesta de los aeroplanos números 12, 13 y 15 a las órdenes del teniente Leighton.

Las escenas empezaron a desarrollarse conforme el plan del autor.

Un hidroavión pirata desciende junto a tierra, varios bandidos roban una bella joven millonaria que el avión, a poco lleva por los aires; le persiguen aeroplanos, el avión se ve perdido, y desde lo alto arroja a la joven al mar en donde es recogida por el submarino pirata; los buques de guerra acuden: persecución, cañoneo abajo, cañoneo arriba, bombas y tiroteo, y esto con variación de escena: unas veces en alta mar, otras en el aire, barcos, submarinos, aeroplanos, hidroaviones y dirigibles se disputan a la heroína, la rica y hermosa heredera, la "novia número 13".

Después de un par de semanas de impresionar películas, el director de escena dió a bordo de su yate, que también tomó parte en la representación, un magnífico banquete a los jefes y oficiales de la Marina de guerra yanki, que como consumados actores peliculeros han contribuído al éxito de la cinta.

EL CONDE

Interesante novela de José Conrad, conceptuado como uno de los mejores escritores ingleses, expresamente traducida para Fray Mocho.

La primera vez que entablamos conversación fué en el Museo Nacional de Nápoles, a mi lado, en los salones del piso bajo que contienen la famosa colección de bronces de Herculano y de Pompeya, ese legado maravilloso del arte antiguo, cuya delicada perfección nos ha sido conservada por la furia catastrófica de un volcán.

El me habló primero, refiriéndose al famoso Hermes Descansando, que contemplaba a mi lado. Dijo las cosas oportunas que se debe decir acerca de esta obra del todo admirable. Nada profundo. Su gusto era natural más bien que cultivado. Evidentemente había visto en su vida muchas cosas bellas y sabía apreciarlas; pero no empleaba el vocabulario antipático de un "dilettante" ni de un "connoisseur": tribu odiosa. Hablaba como un hombre de mundo inteligente, como un caballero sin afectación.

Nos conocíamos de vista desde hacía algunos días. Como nos hospedábamos en el mismo hotel, — un hotel bueno, pero no extravagantemente moderno, — le había visto cruzar el vestíbulo más de una vez. Juzgué que era un cliente antiguo y estimado. El saludo del portero era cordial en su deferencia, y él lo contestaba con cierta cortesía familiar. Para los criados era "il conte". Hubo una serie de averiguaciones a propósito de una sombrilla de hombre—seda amarilla y forro blanco,—que los mozos habían descubierto abandonada en la puerta del comedor. Nuestro portero la reconoció y le oí decir a uno de los muchachos del ascensor que corriera tras "il conte" y se la entregara. Quizás era el único conde que paraba en el hotel, o quizás poseía la distinción de ser el conde por excelencia, que le había sido conferida en razón de su probada fidelidad a la casa.

Puesto que había conversado con él en el Museo,—donde, lo diré de paso, expresó su aversión a los bustos y estatuas de los emperadores romanos de la galería de esculturas: sus rostros eran demasiado vigorosos, demasiado pronunciados para él,—puesto que había conversado con él en la mañana, creí que no cometía una impertinencia, esa noche, cuando, al encontrar el comedor demasiado lleno, le pedí permiso para compartir su mesita. A juzgar por la urbanidad de su asentimiento supongo que él tampoco lo creyó así. Su sonrisa era muy atrayente.

Cenaba de chaleco blanco, un "smoking" (así lo llamaba) y corbata negra. Traje de corte muy correcto, no nuevo—precisamente como debe ser. Vestía con toda corrección, mañana y tarde. No tengo duda de que toda su existencia había sido correcta, bien ordenada, convencional, y no perturbada por acontecimientos notables. El cabello blanco peinado hacia atrás sobre una frente elevada, le daba la expresión de un idealista, de un hombre imaginativo. El bigote blanco, poblado, pero recortado cuidadosamente, tenía en el medio una mancha de amarillo de oro, que no le sentaba mal. El efluvio tenue de un perfume muy bueno y de buenos cigarros (olor este último muy difícil de encontrar en Italia), me llegó a través de la mesa. Era en sus ojos donde su edad se expresaba más: ojos un poco fatigados y de párpados algo flácidos. Debía tener unos sesenta años, o, a lo sumo, un par de años más. Y era comunicativo. No me atrevo a decirle gárrulo, pero era decididamente comunicativo.

Había experimentado, según me dijo, varios climas, el de Abbazia, el de la Ribera y otros sitios, pero el único que le convenía era el clima del golfo de Nápoles. Los antiguos romanos que, — me hizo observar, — eran expertos en el arte de vivir, sabían bien lo que hacían cuando construían sus residencias de campo en esas orillas, en Baya, en Vico, en Capri. Bajaban hasta esas riberas en procura de salud y traían consigo sus comediantes y flautistas que debían entretener sus ocios. Creía muy probable que los romanos de las clases superiores sufrían de una predisposición especial a las afecciones reumáticas.

Fué ésta la única opinión personal que le oí expresar. No se basaba en una erudición especial. No sabía de los romanos más que lo que supone que sabe un hombre medianamente culto. Hacía esa observación por experiencia propia. Sufrió de una afección reumática penosa y peligrosa hasta que halló alivio en ese sitio particular del Sur de Europa.

Había sido tres años antes, y desde entonces residía a orillas del golfo, en uno de los hoteles de Sorrento, o en una "villa" que alquilaba en Capri. Poseía un piano y unos pocos libros y espigaba amistades transitorias de un día, una semana o un mes, en el torbellino de viajeros de toda Europa. Uno puede imaginarlo durante sus paseos por las calles y los suburbios, conocido por los mendigos, los tenderos, los niños, los campesinos; hablando amistosamente con éstos, apoyado en un seto, y regresando luego a su departamento en el hotel o a su villa, para sentarse junto al piano, bien peinado el cabello blanco y "hacer un poco de música para mí solo". Por otra parte, si quería alguna variación, tenía a Nápoles cerca: la vida, el movimiento, la animación, la ópera. Un poco de diversión, decía, es necesaria para la salud: comediantes y flautistas, después de todo. Pero, a diferencia de los magnates de la Roma antigua, no tenía en la ciudad asuntos que le apartaran de esas delicias moderadas. No tenía asuntos de ninguna clase, y, probablemente, jamás en su vida tuvo que afrontar un asunto grave. Era una existencia de niño con sus alegrías y tristezas fijadas por el curso de la Naturaleza—bodas, nacimientos, fallecimientos,—reglamentadas por las costumbres prescriptas por la buena sociedad y protegidas por el Estado.

Era viudo; pero en los meses de julio y agosto se aventuraba a un viaje de seis semanas, cruzando los Alpes, para visitar a una hija casada. Díjome el nombre de la hija. Pertenecía a una familia muy aristocrática. Poseía un castillo, creo que en Bohemia. Este fué el único indicio que me permitió sospechar su nacionalidad. Aunque parezca raro, "il conte" nunca mencionó su propio nombre. Creyó tal vez que yo lo había visto ya en la lista publicada. A decir verdad, nunca la leí. De todos modos, era un buen europeo y hablaba cuatro idiomas, — por lo menos, en cuanto pude notarlo, — y era hombre rico. No de una gran fortuna, evidentemente, o imagino que ser extremadamente rico le habría parecido algo impropio, exagerado, chocante. Y era evidente, también, que esa fortuna no la había hecho él. La formación de una fortuna no puede ser realizada sin cierta rudeza. Es cuestión de temperamento. El carácter de "il conte" era demasiado bondadoso para la lucha. En el curso de la conversación habló de su estado, con referencia a esa afección reumática dolorosa y alarmante. Un año que se había quedado imprudentemente del otro lado de los Alpes hasta mediados de septiembre, se vió obligado a permanecer sin moverse en su solitaria casa de campo, sin más compañía que su criado y el matrimonio de caseros. Decía que allí "no tenía casa puesta". Había pensado pasar sólo un par de días, a fin de conversar con su administrador. Se prometió no volver a cometer semejante imprudencia en el futuro. Las primeras semanas de septiembre debían hallarle a orillas de su golfo amado.

A veces, uno que viaja suele encontrar hombres tan solos como ese, cuya única tarea en la vida parece ser la de esperar lo inevitable. La muerte y los casamientos han hecho la soledad en torno de ellos, y uno no podría ciertamente reprocharles que traten de hacer esa espera lo más amena posible. Como él mismo me observó: "a mi edad, verse libre de dolor físico es cuestión muy importante".

Pero no se debe imaginar, por esto, que era un hipocondríaco fastidioso. Poseía demasiado buena educación para ser una molestia para alguien. Veía, sin duda, las pequeñas debilidades de la humanidad, pero era la suya una mirada indulgente. Era un compañero agradable para las horas entre la cena y el momento de retirarse a dormir. Tres noches pasamos horas en grata charla, hasta que me vi obligado a partir apresuradamente de Nápoles, a fin de atender a un amigo mío que había caído gravemente enfermo en Taormina. Como no tenía nada que hacer "il conte" vino a despedirme en la estación. Fué algo que le desordenaba su tiempo, pero su ociosidad estaba siempre dispuesta a adquirir una forma benévola. No era, en modo alguno, un hombre indolente.

Recorrió los coches en busca de un buen asiento para mí, y luego se quedó en el andén, junto a mi ventanilla, hablándome cordialmente. Me declaró que esa noche lamentaría mi ausencia y anunció su intención de ir después de cenar a oír la banda de música en el jardín público, la Villa Nazionale. Se entretendría oyendo música excelente y mirando pasar a las personas de la mejor sociedad. Habría, como de costumbre, mucha gente.

Me parece verlo todavía: alzando la cabeza, con el rostro iluminado por una sonrisa amable bajo los poblados bigotes, y con sus ojos bondadosos y fatimiento, me despidió en dos idiomas, gados. Al ponerse el tren en movimiento me despidió en dos idiomas, primero en francés, diciendo: "¡Buen viaje!" y luego en inglés,—muy buen inglés, algo enfático, — alentándome, pues advertía mi preocupación, con estas palabras: "Todo irá bien, no tema...".

La enfermedad de mi amigo se decidió favorablemente y regresé a Nápoles al cabo de diez días. No diré que durante mi ausencia pensé mucho en "il conte", pero al entrar en el comedor del hotel, la primer cosa que hice fué dirigir la mirada hacia el sitio que habitualmente ocupaba. Se me había ocurrido la idea de que podía haber vuelto a Sorrento para dedicarse a su piano, a sus libros, y a la pesca. Era gran amigo de los boteros y solía instalarse en un bote y pasar horas pescando con caña. Pero pronto distinguí su cabeza blanca entre la multitud de cabezas, y aun desde la distancia que de él me separaba noté algo extraño en su actitud. En vez de hallarse sentado, erguido el busto, mirando a su alrededor con urbanidad atenta, permanecía con la cabeza inclinada con-

templando el plato pensativamente. Me quedé un rato, de pie, delante de él, antes de que alzara la cabeza y fijara en mí su mirada impregnada de cierto extravío — si esta última palabra no es demasiado fuerte para ser empleada con respecto a una persona de apariencia tan correcta:

—¡Ah, mi estimado señor! ¿Es usted?—díjome.—Sugongo que su amigo está mejor.

Era muy atento en informarse de la salud de mi amigo. Pero esta vez su atención cortés parecía costarle un esfuerzo. Varias tentativas para proseguir una conversación ordinaria, se extinguieron penosamente. Pensé que "il conte" se hallaba indispuesto. Pero antes de que yo emitiera una pregunta al respecto, ''il conte'' murmuró:

—Me encuentra usted muy triste...

—Lo siento profundamente, — repuse.—Espero que no ha recibido usted ninguna mala noticia.

Me agradecía el interés afectuoso que le demostraba. No. No era eso. Ninguna mala noticia, gracias a Dios. Se quedó inmóvil y como conteniendo el aliento. Luego, inclinándose un poco hacia adelante y con raro acento de temor vago, me dijo confidencialmente:

—Lo cierto es que me ha sucedido una aventura muy... muy... ¿cómo le diré?... una aventura muy abominable.

La energía del epíteto era harto sorprendente en ese hombre de sentimientos moderados y de vocabulario suave. Creo que la palabra ''desagradable'' habría bastado para calificar ampliamente a la peor experiencia que pudiera ocurrir a un hombre de su estampa. Y también a una aventura. Es muy humano creer en lo peor, y confieso que le dirigí furtivamente una mirada escudriñadora. Pero mis sospechas se desvanecieron en seguida: ''il conte'' poseía un refinamiento fundamental que me apartó la idea de que podía haberse complicado en algo infamante.

—Es algo muy serio, muy serio,—prosiguió.—Se lo diré después de cenar, si me lo permite.

Le expresé mi completo asentimiento con una leve inclinación de cabeza, y nada más. Quise darle a entender que no osaría recordarle la promesa, si más tarde cambiaba de resolución. Hablamos de cosas indiferentes, pero con una dificultad latente, con sentimiento muy distinto del que animaba nuestras fáciles charlas de otrora. Noté que le temblaba levemente la mano al llevarse a la boca un bocado de pan.

Una vez en el salón de fumar no hizo esperar a mi curiosidad. Inmediatamente de sentarnos en nuestros sillones de costumbre, se inclinó a un lado, sobre el brazo del sillón, y me miró fijamente en los ojos.

—¿Se acuerda usted, — comenzó a decir,—del día de su partida? Le dije que iría esa noche a la Villa Nazionale a fin de oir un poco de música.

Recordé. Su bello rostro de anciano, muy lozano para su edad, no señalado por las huellas de un gran padecimiento, adquirió durante un instante, una expresión algo trágica. Fué como la veladura de una sombra. Como recobrara su mirada firme, tomé un sorbo de café. Su relato fué sistemáticamente minucioso, simple y ordenado, según creo a fin de no dejarse dominar por la excitación.

Después de dejar la estación del ferrocarril, tomó un helado y leyó el diario en un café. Luego regresó al hotel, se vistió para la cena y cenó con buen apetito. Permaneció un rato en el vestíbulo, (había allí mesas y sillones), fumando un cigarro; habló con la hija del ''primo tenore'' del teatro San Carlos, y cambió algunas palabras con esa ''amable dama'', la esposa del tenor. Esa noche no había función y los artistas se disponían a ir también a la Villa Nazionale. Salieron del hotel. Muy bien.

En el momento de seguir su ejemplo, — eran ya las nueve y media, — recordó que llevaba consigo una gran suma de dinero. Entró en las oficinas de la administración del hotel y depositó la mayor parte de ese dinero en manos del tenedor de libros del hotel. Una vez hecho esto, tomó un coche y ordenó que le llevara a orillas del mar. Luego descendió del coche y se dirigió a la Villa, a pie, desde el Largo di Vittoria.

IMPRESIONES DE CARNAVAL



La pareja que hizo prueba de mayor resistencia.

Me miró entonces con mucha fijeza y comprendí en ese instante cuán impresionable era ''il conte''. El menor detalle, el menor suceso de aquella noche permanecía grabado en su memoria, como dotado de un significado místico. Si no me mencionó el color del caballejo que tiraba del coche ni el aspecto del hombre que lo manejaba, fué, sin duda, por un olvido originado por la excitación, a la que trataba de vencer virilmente.

Había entrado en la Villa Nazionale por el lado del Largo di Vittoria. La Villa Nazionale es una especie de parque formado por macizos de céspedes, de arbustos y de arriates de flores, entre las casas de la Riviera de Chiaja y las aguas de la bahía. La recorren alamedas, más o menos paralelas, en todo su largo, que es grande. En el lado de la Riviera de Chiaja, los tranvías eléctricos corren casi junto a las verjas. Entre el jardín y el mar se extiende el paseo de moda, ancho camino que tiene a sus lados un muro bajo, al pie del cual desmayan las aguas del Mediterráneo con murmullo musical cuando el tiempo es bello.

Como es costumbre, por la noche, en Nápoles, el paseo bullía en una animada multitud de faroles de carruajes que se movían de a pares, unos adelantándose lentamente, otros a la carrera, bajo la fila de inmóviles focos eléctricos que señalaban el contorno de la playa. Y una brillante muchedumbre de estrellas suspensa sobre la tierra resonante de un murmullo de voces, cargada de casas, sembradas de luces, y sobre la silenciosa extensión del mar sombrío...

Los jardines mismos no están bien iluminados. Nuestro amigo se adelantaba en la tibia penumbra, fija la mirada en una región luminosa distante que se extendía casi en todo el ancho de la Villa, como si el aire mismo brillara allí con su fría y azulada luz. Ese lugar mágico, detrás de negros troncos de árboles y masas de follaje tenebroso difundía dulces sonidos, mezclados con súbitos mugidos de cobre, repentinos choques de metal y graves ruidos que vibraban sordamente.

Y a medida que se acercaba, todos esos ruidos se combinaban en una pieza de música complicada, cuyas frases armoniosas llegaban persuasivamente a través de un desordenado murmullo de voces y de pasos en la arena del paseo. Una multitud enorme, sumergida en la luz eléctrica como en un baño de un flúido tenue y radiante derramado por los globos luminosos, movíase ondulante alrededor de la banda; centenares de personas, además, sentadas en sillas y formando círculos más o menos concéntricos, recibían imperturbables las amplias ondas sonoras que fluían hasta perderse en la obscuridad. El conde se mezcló con la multitud y se dejó ir con ella, en un contento tranquilo, escuchando y mirando las caras. Toda gente de la buena sociedad: madres con sus hijas, padres e hijos, jóvenes de ambos sexos, todos charlando, riendo, saludándose. Muchas caras muy bonitas y muchas toilettes muy bonitas. Había, por supuesto, una cantidad de tipos diversos: viejos gallardos de bigotes blancos, gordos y flacos, oficiales de uniforme; pero el que predominaba era el tipo de joven del Sur de Italia, de tez pálida, labios rojos, pequeño bigote negro y ojos negros admirablemente expresivos en la burla o el enojo.

Apartándose de la multitud, el conde compartió con un joven de ese tipo precisamente, una mesita en las puertas del café. Nuestro amigo se hizo servir una limonada. El joven tenía delante de sí un vaso vacío. Su expresión era más bien sombría. Alzó la mirada y volvió a bajarla en seguida. Luego, se echó el sombrero hacia adelante, así... El conde hizo el gesto de un hombre que se echa el sombrero sobre la frente, y prosiguió:

—Está triste, pensé para mí; algo le va mal. Los jóvenes tienen siempre sus preocupaciones. No le presté mayor atención, por supuesto. Pagué mi limonada y me fuí.

Mientras se paseaba en los alrededores del lugar donde se hallaba la banda, el conde creyó ver al joven dos veces, yendo solo entre la multitud. En cierto momento sus miradas se encontraron. Debió ser el mismo joven, pero hay tantos del mismo tipo, que no estaba seguro. Sin duda no habría hecho caso, pero le llamó la atención la pronunciada expresión de descontento maligno del rostro del joven.

Instantes después, cansado de esa sensación de confinamiento que uno experimenta en medio de una muchedumbre, el conde se alejó de los alrededores de la banda. Una alameda, muy sombría por contraste, invitaba sus pasos con promesa de soledad y frescura. Penetró lentamente y caminó lentamente hasta donde se apagaba el sonido de la música. Entonces regresó y vuelto al punto de partida repitió el mismo recorrido. Hizo esto varias veces, antes de darse cuenta de que alguien ocupaba uno de los bancos.

Como el lugar estaba a medio camino entre dos faroles, la luz era muy débil.

El hombre estaba recostado en un extremo del banco, con las piernas extendidas, cruzados los brazos y la cabeza caída sobre el pecho. No se movía; parecía dormido; pero cuando el conde pasó por segunda vez, cambió su actitud. Estaba inclinado hacia adelante, apoyaba los codos en las rodillas y sus manos armaban un cigarrillo. Ni una sola vez alzó la mirada de esta ocupación.

El conde se acercó por tercera vez al hombre del banco, que aun permanecía inclinado hacia adelante y con los codos en las rodillas. Era una actitud de profunda depresión. En la semiobscuridad de la alameda, el cuello y los puños de su camisa ponían vívidas manchas de blancura. El conde dice que lo vió levantarse bruscamente, como si se dispusiera a alejarse de allí, pero antes de que él mismo se diera cuenta el hombre estaba delante de él, pidiéndole con un saludo cortés y acento amable la bondad de proporcionarle un fósforo. El conde contestó con un cortés: ''Con mucho gusto'', y bajó las manos con intención de introducirlas en los bolsillos del pantalón, en busca de fósforos.

—Bajé las manos, — dice, — pero no las puse en los bolsillos. Sentí algo que me apretaba aquí...

Y apoyó la punta del índice debajo del esternón, muy cerca del sitio en que un caballero japonés da principio a la operación del ''harakiri'', que es una forma de suicidio originada por el deshonor o por una ofensa intolerable a la delicadeza de los sentimientos de uno.

—Miré para abajo, — continuó el conde con voz trémula,—y ¿qué supone que vi ¡Un puñal! Un largo puñal...

—Pero, ¿es acaso posible,—exclamé asombrado,—que eso le haya ocurrido en plena Villa, a las diez y media de la noche y a poca distancia de millares de personas?

Hizo una señal afirmativa varias veces, sin dejar de mirarme cada vez más fijamente.

—El clarinete, — declaró solemnemente,—concluía su solo, y le aseguro que oía todas sus notas. Inmediatamente la banda entera estalló en un ''fortissimo'' y el hombre, enarcando los ojos y rechinando los dientes, me susurró con acento de ferocidad:

—¡Quieto! ¡Silencio o...!

Yo no me había repuesto aun del asombro.

—¿Qué clase de puñal era? — preguntó aturdidamente.

—Una hoja larga. Un estileto... o tal vez un cuchillo de cocina. Una hoja angosta y larga. Brillaba. Y brillaban también los ojos del hombre, y sus dientes. Parecía muy feroz. Pensé entre mí: ''Si le doy un golpe, me matará''. En efecto, ¿cómo podía luchar con él? Tenía un arma; yo nada. Tengo, cerca de setenta años, como usted sabe, y él era un hombre joven. Me pareció reconocerle: ¿era el joven

melancólico del café, el joven a quien había visto mezclado en la multitud? Probablemente; pero no puedo asegurarlo: hay muchos muy parecidos a él en este país.

La angustia de ese momento se reflejaba en la cara del conde. Creo que, físicamente, debió sentirse paralizado por la sorpresa. Sin embargo sus pensamientos bullían de actividad y saltaban de una a otra posibilidad alarmante. Se le ocurrió la idea de gritar en demanda de auxilio. No lo hizo, y el motivo que le impidió hacerlo, me dió una buena opinión de su dominio mental. Comprendió, súbitamente, que nada impedía al otro gritar también.

El joven podía, en un segundo, arrojar el arma a un lado y pretender que yo era el agresor. ¿Por qué no? Podía haber dicho que yo lo había atacado. ¿Por qué no? Tan creíble sería lo que él dijera como lo que yo dijera. Podía haberme acusado de algo infamante... ¿qué sé yo?... A juzgar por su manera de vestir, no era un ladrón. Parecía pertenecer a la mejor clase. El era italiano; yo, extranjero. Tengo, indudablemente, mi pasaporte, y ahí está nuestro cónsul... pero ser detenido y llevado, de noche, a una comisaría, como un criminal...

Se estremeció. Estaba en su carácter temer el escándalo más que a la muerte.

El conde era un hombre de inteligencia rápida y una vez que hubo recibido choque tan rudo su creencia en la placidez respetable de la vida, creyó que todo podía ocurrir. Pero también le cruzó la mente la idea de que ese joven podía ser sólo un demente furioso. En su exquisita delicadeza de sentimientos, comprendió que la propia estima en nada puede ser afectada porque a un loco se le ocurra ofender a uno. Pero pronto convencióse de que este consuelo le estaba negado. La banda sonaba solemnemente en ese momento todos los trombones secundados por repetidos golpes de bombo.

—¿Y qué hizo usted?—pregunté con excitación.

—Nada—repuso el conde,—me quedé con los brazos caídos y le dije, en voz baja, que no tenía intención de gritar. Gruñó como un perro y dijo luego, con voz ordinaria.

—Su cartera.

Entonces yo...—continuó el conde, y luego de estas palabras se expresó por medio de gestos—sin dejar de mirarme, se llevó la mano a un bolsillo interior, sacó una libreta y la tendió. Pero el joven sin apartar el arma, rehusó recibir la cartera. Dijo al conde que sacara el dinero que contenía, lo recibió en la mano izquierda y le indicó que volviera a guardar la cartera en el bolsillo, todo esto mientras gorjeaban dulcemente flauta y clarinetes, tramando melodías sobre el zumbido de los oboes. "El joven", como el conde le llamaba, le dijo:

—Parece muy poco.

—Eran, efectivamente,—continuó diciendo el conde,—sólo 340 ó 360 liras. Había dejado mi dinero en el hotel, como usted sabe. Le dije que era todo lo que llevaba conmigo. Meneó impacientemente la cabeza y dijo:

—Su reloj.

El conde hizo el gesto de sacarse el reloj y ofrecerlo. Pero sucedió que ese día había dejado en la relojería, para que lo limpiaran, el valioso medio cronómetro de oro, y esa noche llevaba un reloj ordinario que solía usar durante sus excursiones de pesca. Al advertir la clase de presa que se le ofrecía, el ladrón bien vestido la rechazó con un gesto vivaz e hizo con la lengua un sonido de desprecio. Luego, mientras el conde devolvía al bolsillo el reloj desdeñado, oprimiendo más la punta del arma en el epigastrio, a manera de advertencia, el ladrón exigió:

—Sus anillos.

—Uno de los anillos,—prosiguió relatando el conde,—me había sido dado por mi esposa hacía muchos años. El otro era el anillo con el sello de mi padre. Entonces dije:—¡No! ¡Los anillos no los tendrá!



El emisario bolsheviki, Litvinoff, se sienta humildemente a la mesa.

Y aquí el conde reprodujo el gesto correspondiente a esta declaración, poniéndose una mano sobre la otra y llevándose ambas al pecho. Era un gesto conmovedor en su resignación. "¡Los anillos no los tendrá!"—repitió firmemente y cerró los ojos, esperando... —no sé realmente si salió de sus labios palabra tan desagradable... esperando que le destripara la hoja larga que se apoyaba en su estómago, sede, en todos los seres humanos, de las sensaciones más angustiosas.

Llegaban, de la banda, grandes ondas de armonía.

De pronto, el conde sintió que la presión de pesadilla había desaparecido del sitio sensitivo. Abrió los ojos. Estaba sólo. El nada había oído. Es probable que el "joven" habíase alejado con rápidos pasos un momento antes, pero la sensación de la presión había continuado hasta un rato después de retirado el puñal. El conde se sintió invadido por una sensación de debilidad. Tuvo tiempo apenas para acercarse al banco y dejarse caer en él. Sentía como si hubiera permanecido sin respirar por largo rato.

La banda ejecutaba con vigor el complicado final. Concluía en un gran estruendo. El conde lo oyó como algo irreal y remoto, algo que penetraba sordamente en sus oídos obstruídos; en seguida, los aplausos súbitos de millares de manos pareciéronle una granizada que se alejaba. El profundo silencio que siguió le hizo volver en sí.

Un tranvía, semejante a un largo cajón de vidrio, pasó velozmente a unos cincuenta metros del sitio donde acababa de ser robado, luego otro, e inmediatamente un tercero en dirección contraria. El público que rodeaba a la banda comenzaba a dispersarse y gran parte se internaba en la alameda, en pequeños grupos. El conde, se irguió, y trató de pensar con calma en lo que le había ocurrido. Sentíase disgustado consigo mismo. No avergonzado. Pero le chocaba haber sido elegido como víctima, no de un robo, sino de un desprecio. Su tranquilidad había sido hollada sin consideración. Había sido destrozada su ingenua y bondadosa confianza en la vida... Un instante después, calmada un tanto su excitación, advirtió que tenía hambre. Sí, hambre. La emoción, tan extraña que acababa de experimentar, le había infundido voracidad. Dejó el banco y después de caminar un rato, se halló fuera de los jardines y delante de un tranvía parado, sin saber cómo había llegado hasta allí. Subió al vehículo como un sonámbulo y por una especie de instinto. Por suerte, encontró en un bolsillo del pantalón una moneda para pagar el boleto. Luego, el tranvía se detuvo, y como todo el mundo bajaba, él también bajó. Reconoció la plaza de San Fernando, pero no se le ocurrió tomar un coche y hacerse llevar al hotel. Permaneció indeciso, en la plaza, como un perro perdido, pensando vagamente en el mejor medio de obtener en seguida algo para comer.

De pronto se acordó de su moneda de veinte francos. Me explicó que llevaba consigo esa moneda de oro desde hacía unos tres años. Acostumbraba a llevarla como una reserva en caso de accidente. A cualquiera le puede ocurrir que le hurten la billetera: algo muy distinto de un asalto descarado e insultante.

Se extendía delante de él la arcada monumental de la galería Humberto. Subió la vasta gradería que la precede y penetró en el café Humberto. Las mesas del exterior estaban todas ocupadas por gente que bebía. Pero lo que el conde quería era comer, y por consiguiente, siguió hasta el interior del establecimiento, dividido en dos grandes alas por columnatas de pilares cuadrados, revestidos de largos espejos. El conde se sentó en un banco tapizado de terciopelo rojo, junto a un pilar, y esperó su arroz. El recuerdo de la aventura abominable volvió a ocuparle tenazmente el espíritu.

Se puso a pensar en ese joven melancólico y bien vestido con quien había cambiado una mirada, en medio de la multitud del jardín y el cual, estaba casi seguro, era el ladrón. ¿Le reconocería? Oh, indudablemente! Pero no deseaba volverse a ver con él. Ansiaba olvidar el humillante episodio.

El conde miró ansiosamente en torno suyo, por ver si llegaba el arroz que había pedido, y ¡oh!... allí, a la izquierda, junto a la pared, estaba sentado el joven... solo, junto a una mesita, con una botella de algún vino o refresco, delante de sí, y un botellón de agua helada. Las mejillas de un vago color de aceituna, los labios rojos, el bigotito muy negro retorcido para arriba, los hermosos ojos negros sombreados por pestañas largas y aquella expresión peculiar de descontento cruel que se ve sólo en los bustos de algunos emperadores romanos... Era él, sin duda alguna. Pero era un tipo. El conde miró vivamente hacia otro lado. Aquel oficial joven que estaba leyendo el diario era así también, el mismo tipo. Aquellos dos jóvenes que más allá jugaban a las damas, se parecían también.

El conde bajó la cabeza con el temor de ser eternamente perseguido por la visión de ese joven. Comenzó a comer el arroz. Un momento después oyó que el joven de la izquierda llamaba al mozo con acento de malhumor.

Al oir el llamado, el mozo que atendía esa parte del café y otros dos que correspondían a distintas hileras de mesas, acudieron con una prontitud obsequiosa, que no suele ser la característica de los mozos del café Humberto. El joven murmuró algo y uno de los mozos se dirigió rápidamente a la puerta más cercana que daba a la galería y gritó: "¡Pascual! ¡oh, Pascual!"

Todo el mundo conoce a Pascual, ese viejo sórdido y sucio que, deslizándose entre las mesas, ofrece en venta cigarros, cigarrillos, tarjetas postales y fósforos a los clientes del café Humberto. Es, en muchos respectos, un pillo. Este individuo, de cabellos grises y barba crecida, entró en el café, trayendo colgado del cuello por una correa, el cajoncito de tapa de vidrio, y, a una palabra del mozo, se precipitó hacia el lugar donde el joven se hallaba. El joven necesitaba un cigarro, que Pascual le ofreció solícitamente. El viejo se retiraba cuando el conde, con impulso súbito, le hizo una señal.

Pascual se acercó. Su sonrisa de deferencia se combinaba extrañamente con la cínica expresión escudriñadora de sus ojos. Apoyando el cajoncito en la mesa levantó la tapa, sin decir una palabra. El conde tomó un paquetito de cigarrillos y, al mismo tiempo, ungido por una curiosidad temerosa, preguntó como al azar:

—Dime, Pascual, ¿quién es ese joven que está sentado allí?

El otro se inclinó hacia adelante:

—Ese, señor conde,—dijo ordenando su mercancía, y sin alzar la mirada,—es un joven "cavaliere" de una buena familia de Bari. Estudia aquí, en la universidad, y es el jefe de la asociación de jóvenes... de jóvenes...—se detuvo un instante, y, en seguida, con mezcla de discreción y orgullo por lo que sabía, murmuró la palabra explicatoria: Camorra,—y cerró el cajón.

—Una asociación que puede mucho...

Los profesores mismos la respetan... Una lira y cincuenta centésimos, señor conde.

Nuestro amigo pagó con la moneda de oro. Mientras Pascual contaba el cambio, observó que el joven, de quien había oído tanto en tan pocas palabras, los observaba furtivamente. Después de alejarse el viejo vagabundo, el conde pagó al mozo, pero no se levantó de su asiento. Le había invadido una especie de aturdimiento.

El joven pagó también, se puso de pie y cruzó el salón y acercándose aparentemente con el propósito de mirarse en el espejo del pilar más cercano al asiento del conde. Vestía de negro y llevaba corbata de color verde obscuro. El conde miró a su alrededor, y sobresaltóse levemente al encontrarse su mirada con otra que el joven le dirigía de rabo de ojo. El joven "caballero" de Bari (según Pascual, pero Pascual es, por supuesto, un perfecto embustero), comenzó a arreglarse la corbata, a acomodarse el sombrero delante del espejo, y entretanto pronunció unas palabras en voz baja, pero que el conde podía oir muy bien. Hablaba a regañadientes pero con una venenosa expresión de desprecio:

—¡Ah! ¡tenía monedas de oro! ¡viejo mentiroso! ¡viejo "birba"! "furfante"!... Pero no ha concluído conmigo...

Lo diabólico de su expresión se desvaneció súbitamente y salió del café con rostro melancólico e impasible.

El pobre conde, después de referirme este último episodio, se reclinó en su sillón, temblando. Gotas de sudor le corrían por la frente. Había tan torpe insolencia en el espíritu de esa ofensa, que a mí mismo me sublevó. Ni siquiera trato de imaginar lo que debió ser para la delicadeza del conde. Estoy seguro que si no hubiese sido demasiado refinado para cometer cosa tan chocante y vulgar como la de morir de apoplejía en un café, allí mismo habría sufrido un ataque fatal. Pero, aparte toda ironía, mi dificultad consistía en evitar que él se diera cuenta de toda la extensión de mi conmiseración. El conde temía todo sentimiento excesivo y mi conmiseración era, en realidad, sin límites. No me sorprendió oirle decir que había tenido que gardar cama durante una semana. Tenía hechos los preparativos para dejar el Sur de Italia para siempre.

¡Y el conde estaba convencido de que no podría vivir un año en ningún otro clima!

Mis razonamientos fueron inútiles. No era temor, aunque me dijo:

—Usted no sabe lo que es la Camorra, mi estimado señor... Soy un hombre señalado".

No temía por lo que pudiera sucederle. Su concepto delicado de la dignidad había sido profanado por un incidente degradante. Y esto era lo que no podía soportar. Ningún caballero japonés, ultrajado en el sentimiento de su honor, habría realizado con mayor resolución que el conde, sus preparativos para el "harakiri". Para el pobre conde, volver a su país significaba el suicidio.

Existe un dicho del patriotismo napolitano, creado, según supongo, para información de los extranjeros: "Ver Nápoles y después morir". Es una frase de vanidad excesiva, y todo lo excesivo era aborrecible para la delicada moderación del pobre conde. Cuando, en la estación de ferrocarril, le vi partir, pensé que se comportaba con singular fidelidad a su espíritu orgulloso. "Vedi Napoli"... Lo había visto. Lo había visto con sorprendente penetración... Y ahora se dirigía hacia la tumba. Iba a ella en el tren de lujo de la Compañía Internacional de coches dormitorios, vía Trieste y Viena. En el momento en que los cuatro coches, largos y sombríos, se pusieron en movimiento, me quité el sombrero con el sentimiento solemne de rendir el último tributo de respeto a un cortejo mortuorio. El perfil del conde, muy avejentado ya, se alejó de mí en una inmovilidad de estatua, detrás del cristal de la ventanilla iluminada... "Vedi Napoli e poi mori!"

EN LA AUSENCIA

por Malvina CORTI

En la clara noche estival, bajo el sereno azul salpicado de límpidos diamantes, hasta la dulce quietud de mi retiro, entre aromas de jazmines trae el viento, con un rumor de suspiros, las primeras notas de una dulce melodía, que una mano muy suave arranca de un sonoro teclado. Es una voz alada entre las sombras, que habla dulcemente al corazón enamorado y arrastra sin poderlo remediar, el pensamiento muy lejos, hacia el fabuloso país de las quimeras.

¡Tierna melodía, que dice de almas ingenuas y cándidas, que con la plata de la luna, urden la tela ideal de ensueños imposibles, yo no sé qué vehemente ternura derramáis entre el nocturnal reposo, que impensadamente, sale, muy bajo, de los labios trémulos un dulce nombre muy amado!

Y ante el llamado involuntario, surge de las profundidades del jardín y de la noche, la celeste figura que ahora — ¡tan lejos! — sueña bajo un encantado cielo de zafir. El alma que durante la ausencia agoniza de frío, siente que una luz radiosa la ilumina, la mustia primavera interior reflorece, la ilusión canta como una alondra en la mañana. ¡Mirad, si vuestros profanos ojos, pueden ver! El milagro se realiza ya.

Una luz resplandeciente ilumina los senderos, los pájaros en sus viejos nidos creen que el día llega, se abren en los follajes todos los botones y una infinita dulzura sube del vergel unánimemente florido. Allá bajo las madreselvas y arrayanes, avanzas sonriente, tú, mi ángel bueno, envuelto en una diáfana blancura inmaterial. Cuando a mi vera, te detienes, dentro del pecho estremecido, el corazón se calla, como si toda la vida huyera en tu presencia y con tus manos—lirios en flor—tomas las mías suplicantes.

¡Ah! qué bien se está sobre tu pecho que en un acompasado ritmo se siente palpitar bajo mi pobre cabeza fatigada. ¡Qué deslumbramiento bajo la caricia astral de tus pupilas negras! ¡Qué dicha incomparable sentir sobre las mejillas el roce tibio de tu sedeño cabello, que huele a sutiles asfodelos! Tu palabra suave y serena, hace morir en los labios los suspiros, detiene entre las pestañas la lágrima pronta a caer, aleja del corazón medroso los negros fantasmas de la melancolía, y hace retornar la esperanza fugitiva. Mi alma, insensiblemente, se aduerme en la suprema paz, que fluye de ti, como el perfume fluye del cáliz de la flor. Sólo sé que a ti, mi juventud inmóvil te debe sus horas más felices y encantadas, los momentos más alegres y tranquilos, las acciones más nobles y elevadas. Porque tú, has sido y eres para mí, la Bondad, el Amor y la Poesía, elevados a su más sublime grado.

Junto con la última, sollozante nota, de la suave armonía que muere en el piano, languidece el encanto que se quiebra como un fino cristal. Mi ángel de consuelo lentamente atraviesa el jardín por entre los níveos cálices que se abren silenciosamente a su paso. Antes de desaparecer entre las revueltas de los senderos su mano de luz envía hasta mí un dulce beso en las rosadas yemas juntas de sus dedos ideales.

¡Has desaparecido, sí, dulce visión de maravilla, pero todavía te siento, dentro y cerca de mí! La ternura que llevas en ti, ha saturado mi alma, que feliz como es en estos instantes sólo necesita alas para volar tras las luminosas huellas de tus pequeños pies.

La luna en su barca de aljófar, desaparece al viento desplegadas sus velas de tul, tras los horizontes lejanos, llenos de obscuridad, mientras que el cielo es como un campo de lises de plata. La quietud inmensa de la hora, serena mi corazón, cual un milagroso filtro que hace olvidar las penas...

ENVIO

Para ti ¡oh alma de Bondad y Belleza!, para que en los crepúsculos lila, entre el concierto vocinglero de las golondrinas, que revuelan sobre las cristalinas corrientes de azur de tu maravillosa región, sientas llegar hasta ti, en alas de la brisa, toda mi alma en un tenue suspiro tembloroso...

En la dársena

(Del libro de poesías "El milagro inicial", recientemente aparecido)

"No nos veremos más" — y sonreía,
al tiempo que la mano me estrechaba;
Yo quería mostrar una alegría
que bien distante de sentir estaba.

Y entretanto, la hora se acercaba
en que el monstruo del mar se llevaría
a la muchacha que el laurel soñaba
para mi frente de escritor, un día.

¡Y qué fúnebre adiós!... Nos abrazamos,
y en silencio después nos separamos
para toda una negra eternidad.

Y en medio de las calles tumultuosas
me siguieron las aves silenciosas,
las torvas aves de la soledad...

Julio VIGNOLA MANSILLA.

LA MENTIRA DEL ORO

por G. SANIN VILLA

En un artículo sobre el por qué de la desvalorización del oro, nos atrevimos a adelantar el concepto de que quizá el criterio económico de la humanidad cambie, porque de otra manera la desvalorización llegará a ser enorme en tiempo no muy lejano.

A la rata de desvalorización de 4.3 % anual, los valores del dólar vendrán a ser los siguientes:

1930..........	$ 0.23
1940..........	0.15
1960..........	0.06
1980..........	0.02
2000..........	0.01

Es decir que dentro de 80 años el valor del dólar será de un centavo.

Hoy queremos tratar un poco sobre un tema que se relaciona algo con esto.

¿Para qué sirve el oro? En una parte casi ínfima, para usos indlustriales, En escala un poco mayor, para joyería. Y casi en su totalidad como moneda.

De esta última parte una pequeña cantidad circula en los mercados, y la mayor parte se mantiene en los Bancos como encaje forzoso de los billetes representativos de oro.

De suerte que una gran parte de la Humanidad suda, gasta sus energías, consume vidas, para obtener un metal condenado a ser guardado en las cajas enormes de los bancos emisores, por los siglos de los siglos.

Pero pensemos ¿en qué tonel cabría el sudor diario de los mineros que batallan por arrancar a los filones el áureo metal? ¿En qué cementerio cabrían los muertos anuales que a esta industria hay que asignarle? ¿Cuántos kilómetros de ferrocarril, qué número de obras de progreso positivo, productoras de bienestar a la Humanidad podrían ejecutarse con las energías consumidas en el mundo en esta industria infecunda?

¿Y todo, ¿para qué?

Para nada. Para guardar el oro en otro lugar: en vez de dejarlo guardado en las entrañas de la tierra en donde lo almacenó la Naturaleza, guardarlo en cajas fuertes y pesadas, pero sin producir ningún resultado realmente positivo.

Si un habitante de Marte, por ejemplo, desprovisto naturalmente de los prejuicios absurdos que la civilización ha acumulado en nuestra mente, visitara nuestro planeta y viera los sacrificios que nos cuesta extraer de las profundidades de la tierra este ambicionado metal, teniendo que trabajar hasta a mil metros debajo de la superficie, en una atmósfera infecta y lóbrega, con un calor atroz, cayendo sobre el cuerpo desnudo del minero una lluvia constante, y expuesto siempre a morir a causa de una explosión, o asfixiado por los gases que se producen en los socavones, o aplastado como una sabandija por una roca que se desprende, teniendo que horadar con el taladro y tumbar con la dinamita la roca dura que atesora los hilos amarillos, y acarrear después toneladas y toneladas de ella; que luego hay que triturar y elaborar con un desgaste y un estruendo enormes para sacar unos pocos gramos de lodo amarillo;—si un habitante de otro planeta—decimos—viera esto; y conociera el uso que le damos—guardarlo en unas cajas para resguardar pedazos de papel—no podría menos de considerarnos una raza de locos.

Cerremos los ojos, concentremos nuestra imaginación en el problema que nos ocupa, meditemos haciendo a un lado los prejuicios mentirosos en que nos hemos criado, y nos daremos cuenta de esta locura de la sociedad humana.

Por eso, cuando adelantábamos el concepto de que el criterio económico de la Humanidad cambiará, no hemos creído decir algo que pueda ser absurdo, aunque así lo parezca. ¿Qué ha hecho Rusia? Inundar el país de papel moneda, sin respaldo, para destruir la mentira del oro.

Ahora, supongamos la Humanidad con ideas un poco distintas a las actuales. Supongamos en una gran conferencia internacional, un acuerdo unánime de todos los países de proscribir el oro, para ahorrarnos esas energías y esos sacrificios y emplearlas en algo positivo. Supongamos finalmente un patrón internacional, infalsificable y en un metal barato para cambiar el encaje de los bancos, y que sólo se emitiera por una sola entidad para todos los países, y a los cuales se les repartiera y aumentara según su riqueza, mediante determinadas condiciones, y entonces el oro se habrá hecho innecesario.

Claro que no es que nosotros creamos que este sería un sistema aceptable, y ni siquiera es que lo propongamos. Sólo queremos hacer dúctil, hacer concebible la idea de la eliminación del oro. Y de esto no nos queda la menor duda. Para ello basta un razonamiento muy sencillo:

Si mediante los progresos de la radioactividad se llegara a fabricar el oro de una manera tan abundante como se produce el hierro, por ejemplo, aquél perdería su valor y vendría a ser un metal tan poco apreciable como el hierro mismo. ¿Por esto habrá de eliminarse la raza humana? No; aguzaría su ingenio y se haría un sistema económico distinto del actual (probablemente sin metales o piedras preciosas como respaldo de los billetes) y habría dado un paso enorme, un paso trascendental hacia el progreso.

¿Por qué no hacer esto antes?

¡Definitivamente hay que convenir que el oro es una de las más absurdas y más perjudiciales mentiras de la civilización!

TODO PASA

La canción que más aplausos ha valido a la cantatriz española Sagra del Río.

I

¿Qué queda de aquella historia
De nuestros locos amores?
Queda una dulce memoria,
Unas cartas y unas flores...

Te quise y tú me quisiste;
Fué un amor de primavera;
Mas vino el otoño triste
Y esfumó nuestra quimera.

Estribillo

Después de tanto que hemos sufrido
Y hemos soñado,
Tú me perdiste, yo te he perdido...
¿Quién ha ganado?

II

Cuando en mis ojos ardían
Llamas de un amor sin tasa,
Tus labios me repetían:
Todo muere, todo pasa...

Si tu boca murmuraba,
"Quiero mucho a quien te quiere",
Mi corazón me dictaba:
"Todo pasa, todo muere".

Estribillo

Después de tanto &.

III

¿Dónde estás? Cerca o distante,
Ni te llamo, ni te huyo...
¿Qué otro corazón amante
Hoy latirá junto al tuyo?

Un sentimiento profundo
De tristeza mi alma hiere,
Al comprender que en el mundo
Todo pasa, todo muere...

Estribillo

Después de tanto &.

Nuevo aparato para oir por teléfono a grandes distancias

Desde la invención del teléfono se vienen practicando trabajos encaminados a descubrir la forma de que la voz llegue a ser oída a grandes distancias y a que el costo de construcción de las líneas disminuya. Pero el problema se presentó complicadísimo, y aunque los repetidores telefónicos inventados han producido el mejoramiento, la solución no ha llegado a ser un hecho real hasta que recientemente se aplicó la válvula electromiónica o amplificador, invención de notable sencillez que parece poseer propiedades mágicas. La válvula es un tubo que contiene un filamento, una varilla metálica y una lámina de metal. Cuando se calienta el filamento adquiere la propiedad de dirigir una descarga eléctrica sobre la plancha o lámina metálica; la varilla, colocada entre el filamento y la lámina, cuando se electrifica, regula esta corriente, que fluye entre el filamento y la lámina, conteniéndola, modulándola o permitiéndola fluir a completa presión, según los impulsos que accionen sobre la varilla. Basta, entonces, aplicar en un circuito local el refuerzo de energía a esta corriente, que reproduce con fidelidad el débil impulso recibido y transmite el reforzado impulso a una estación lejana.

La ampliación de la distancia en la telefonía ha ido acrecentándose cada vez más hasta acercarse a los 2.000 kilómetros; pero la debilitación de la voz hacía necesario el refuerzo de cobre en la línea para reducir la resistencia de ésta a la corriente. El costo de la línea era excesivo. Sólo el circuito Londres-Glasgow contiene cobre por valor de 30.000 libras esterlinas.

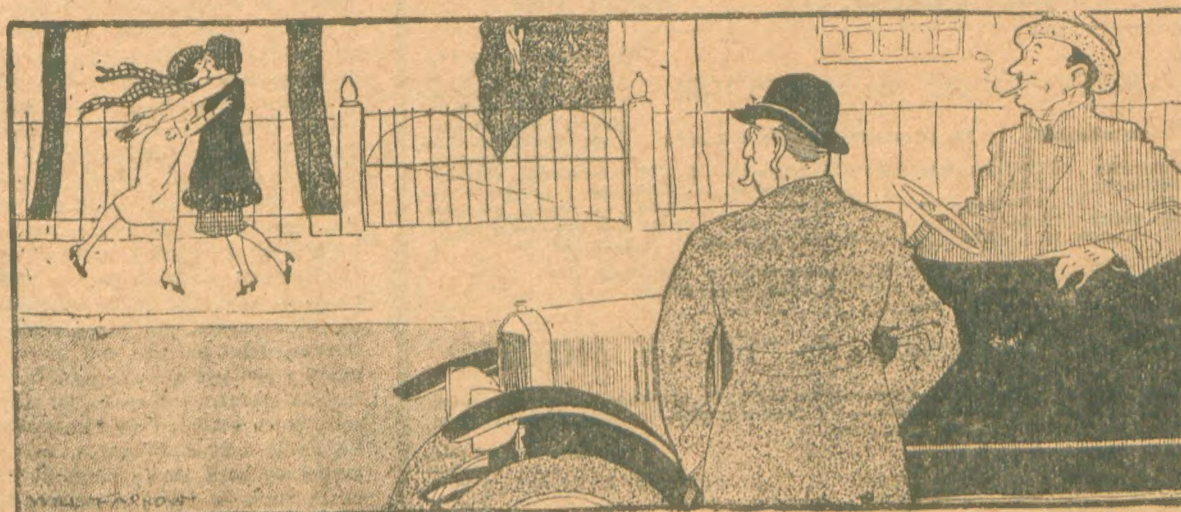
La economía que produce el repetidor en la construcción de la línea puede estimarse considerando que con los repetidores se obtiene mejor transmisión en una línea de 600 kilómetros con 80 libras de cobre por kilómetro y medio, que en un circuito de similar longitud que contenga 870 libras de cobre cada 1.600 metros, lo cual representa un ahorro de 375.000 francos únicamente en cobre.

El repetidor dará un poderoso impulso al desarrollo comercial del teléfono a grandes distancias. En América, la válvula o amplificador se denomina "audion".

El desarrollo del sistema de repetidor telefónico se debe a las investigaciones conjuntas del Departamento americano telefónico y telegráfico y de la compañía de electricidad oriental americana. Desde 1915, por este procedimiento, se ha podido hablar desde Nueva York con San Francisco, a una distancia de 3.400 millas.

En síntesis, lo que ahora se ha hecho es aplicar el invento de la "válvula termiónica" de la telegrafía sin hilos, a la telefonía a larga distancia. De forma que en el nuevo sistema la corriente telefónica es recogida antes de que haya perdido fuerza por una estación repetidora, y ésta, con la "válvula termiónica", convierte la energía debilitada en otra vibración eléctrica que puede ser amplificada por otros instrumentos, a fin de que la transmisión alcance extremos más lejanos.

HUELGA FORZOSA



—Ya no me extraña que haya tantos desocupados.
—¿Por qué?
—Porque a las mujeres les da por ocupar el lugar de los hombres.

PARA LA GENTE DE CAMPO

LA TERAPEUTICA DE LOS ARBOLES

La manera general de curar las enfermedades de los árboles es por medio de la aplicación de fertilizadores, bandas, rellenos o cortando y quemando las partes enfermas de los árboles, pero hay hongos parásitos que crecen tan profundamente dentro de la corteza que el tratamiento externo no puede ser aplicado y hay que recurrir a administrar la medicina internamente.

Tal sucede con la peste del castaño, enfermedad debida a un hongo que mata las castañas por miles.

Muchos se han ocupado en curar esta enfermedad, y se han ensayado múltiples remedios pero todos infructuosos hasta ahora.

Desde 1911 se han venido haciendo estudios serios para evitar que bosques enteros de castaños mueran de tan terrible enfermedad.

El problema ha sido encontrar un agente químico que matase los hongos causantes de la enfermedad, e introducirlo en el tronco.

La primera dificultad era la de inyectar completamente el árbol con el líquido curativo.

La savia del árbol no circula como la sangre de los animales. La madera de los vegetales tiene numerosos vasos o tubos por donde la savia va hasta las hojas, de donde vuelve a las raíces. Una solución inyectada sigue un camino vertical hacia arriba por los conductos cercanos al lugar donde se haga la inyección, pero esta vía es poco más ancha que el agujero por donde se hace; además, las paredes de los vasos tubulares actúan como el papel secante, resultando que cuanto más lejos del punto de inyección más débil se hace. Así, pues, con objeto de poder inyectar una solución igualmente en todas las partes del árbol es necesario hacer varias inyecciones en diferentes lados del tronco y aun de las ramas.

Se ha visto que era necesario hacer los agujeros en la corteza cubriendo ésta con un líquido, pues si entra aire antes de la inyección o con ella, obstruirá los vasos y el árbol no podrá absorber la medicina.

Un árbol lleno de agujeros, ¿no llegará a sufrir?

Los árboles en los que se han hecho estos experimentos no sufrieron en modo alguno; las inyecciones se hicieron por medio de agujeros muy pequeñitos que después se llenaron con cera de injertar y pronto vino la cicatrización. Al cabo de tres años no quedaba ni siquiera señal en la corteza.

La idea de introducir substancias químicas tiene ya más de dos siglos.

La primera Memoria sobre las inyecciones en las plantas como medicina se publicó en Rusia en 1894.

Para hacer las inyecciones se usa un aparato que se ajusta con facilidad al tronco del árbol en donde se deja durante doce o más horas. En los árboles pequeños, un recipiente de cristal contiene la solución que se ha de inyectar, y generalmente, va colgado a una de las ramas. De allí parte un tubo de goma que termina en una boquilla de cristal que se aplica al agujero hecho en la corteza.

Para los árboles mayores se usa una variación de este método, que sólo consiste en la forma de sujetar la extremidad de los labios.

En estos experimentos el agujero abierto para la inyección tenía seis milímetros de diámetro y penetraba a una profundidad de dos anillos anuales.

Se vió que toda clase de soluciones químicas podían entrar en los troncos con tal de que haya suficiente transpiración en las hojas para mantener la circulación de la savia.

La estación del año causa gran variedad en la absorción del árbol y también influye la parte del árbol en que se haga la inyección. Así, por ejemplo, inyectada una solución de litio en el otoño, cuando las nueces están madurando, una buena cantidad de líquido va a parar al fruto y a la extremidad de las ramas. A principios de primavera, cuando empiezan a brotar las hojas, el litio se extiende por el árbol y no llega a las hojas.

Por término medio, la solución absorbida por un sólo agujero por un castaño de cinco metros y medio de alto, es de una copa por día en abril y de tres quintos de cuartillo en junio.

Sin embargo se han conocido ejemplares que han absorbido cuatro cuartillos de solución en veinte horas.

Cuanto más concentradas son las soluciones tanto más rápidamente son absorbidas. En la mayoría de los casos, a las diez horas de la inyección se notaba el litio en las hojas más altas y separadas del tronco.

Las soluciones empleadas para estas inyecciones son de carbonato de litio e hidróxido de litio.

Los resultados obtenidos en estos experimentos indican que hay un ancho campo de estudio para el tratamiento de los árboles enfermos.


LA EVOLUCION DE LAS ISLAS BRITANICAS

UN TELAR PARA LINO

Un industrioso vecino de Paraná, José Patriarca, ha confeccionado un telar perfeccionado donde hace tejidos de lino con hilos obtenidos de la fibra de esa planta.

El señor Patriarca envía la planta, seca y limpia la fibra; la hila después y sin mayores aprestos hace una tela burda que tendría muchas aplicaciones, sobre todo en la campaña.

El propósito de este señor es instalar esta industria como auxiliar del chacarero, quien debiera reservar un par de hectáreas cada año para el cultivo especial del lino, como se hace en Europa, a efectos de conseguir la materia que ha de darle las sábanas y telas necesarias para su ropa interior.

Es tan sencillo y primitivo todo el proceso de la fabricación, que cualquier persona con poco trabajo, valiéndose de útiles hasta cierto punto rústicos y de un valor mínimo, surtiría de ropa blanca a su casa y tal vez para la venta, creando un nuevo recurso al poblador rural.

LABORES AGRICOLAS PARA MARZO

Empieza generalmente la cosecha del maíz.—Se puede empezar a preparar la tierra para la caña de azúcar.—Vigilar el momento de guadañar los forrajes.—Empezar a sembrar la alfalfa y la cebada para forraje.—Seguir rompiendo la tierra de los rastrojos.—En la quinta es conveniente preparar los cuadros para la siembra de otoño.—Escardar bien los tablones ya plantados, para soltar la tierra y destruir los yuyos.—Aporcar el apio, las papas y las remolachas.—Se puede todavía, plantar cebollas para verdeo.—Plantar dientes de ajo.—Trasplantar las plantitas de los almácigos.—Sembrar arvejas, berro, perejil y perifolio.— Cosechar los zapallos.—Continuar la vendimia.— Sembrar en surcos del almácigo las semillas de uvas elegidas.

Floricultura.—Se plantarán, en los terrenos preparados en el mes anterior, las cabezas de azucenas, anémonas, junquillos, narcisos, fresias, jacintos, tulipanes, ixias, lirios, etc., también pueden plantarse en macetas que luego se entierran.—En los macizos se plantarán plantas de adorno que resistan al frío del invierno.—Repicar las plantitas sembradas en el mes anterior.—Multiplicar las plantas con gajos y división de matas.—Los riegos se harán por la mañana y cuando la tierra esté seca.

Consejos: Los terrenos areno-arcillosos de composición mediana con profunda capa arable son los más apropiados para el cultivo de la cebada cervecera. La tierra debe ser labrada sin dificultad, de modo que las raíces delicadas entren fácilmente. También pueden emplearse los terrenos arenosos; pero los pesados y compactos, como ser los arcillosos, resultan inadecuados. El cultivo de la cebada debe suceder a cultivos escardados, como el de la papa o remolacha; no conviene sembrarla después de leguminosas. La preparación del terreno debe hacerse con mucho esmero, y siempre que sea posible, efectuar la labranza en otoño. Se siembra sola, cada variedad en líneas distantes de 15 a 20 centímetros. Esta operación se hará desde fines de mayo hasta fines de julio; se emplea aproximadamente 80 kgs. por hectárea. Cada variedad se cosechará separadamente, cuando la espiga esté madura por completo.

FRAY MOCHO — SE PUBLICA LOS MARTES

Oficinas: BOLIVAR, 879 — Buenos Aires

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

En la Capital	En el exterior	En el Interior
Trimestre . . $ 2.50	Trimestre $ oro 2.00	Trimestre . $ 3.00
Semestre . . „ 5.00		Semestre . . „ 6.00
Año . . . . „ 9.00	Semestre. „ „ 4.00	Año . . . „ 11.00
N.° suelto . 20 cts.		N.° suelto . 25 cts.
N.° atrasado. 40 „	Año. . . . „ „ 8.00	N.° atrasado 50 „

No se devuelven los originales ni se pagan las colaboraciones no solicitadas por la Dirección, aunque se publiquen. Los repórters, fotógrafos, corredores, cobradores y agentes viajeros, están provistos de una credencial de esta revista.

Dirección, Redacción y Administración. BOLIVAR, 879
Unión Telefónica 428, Buen Orden

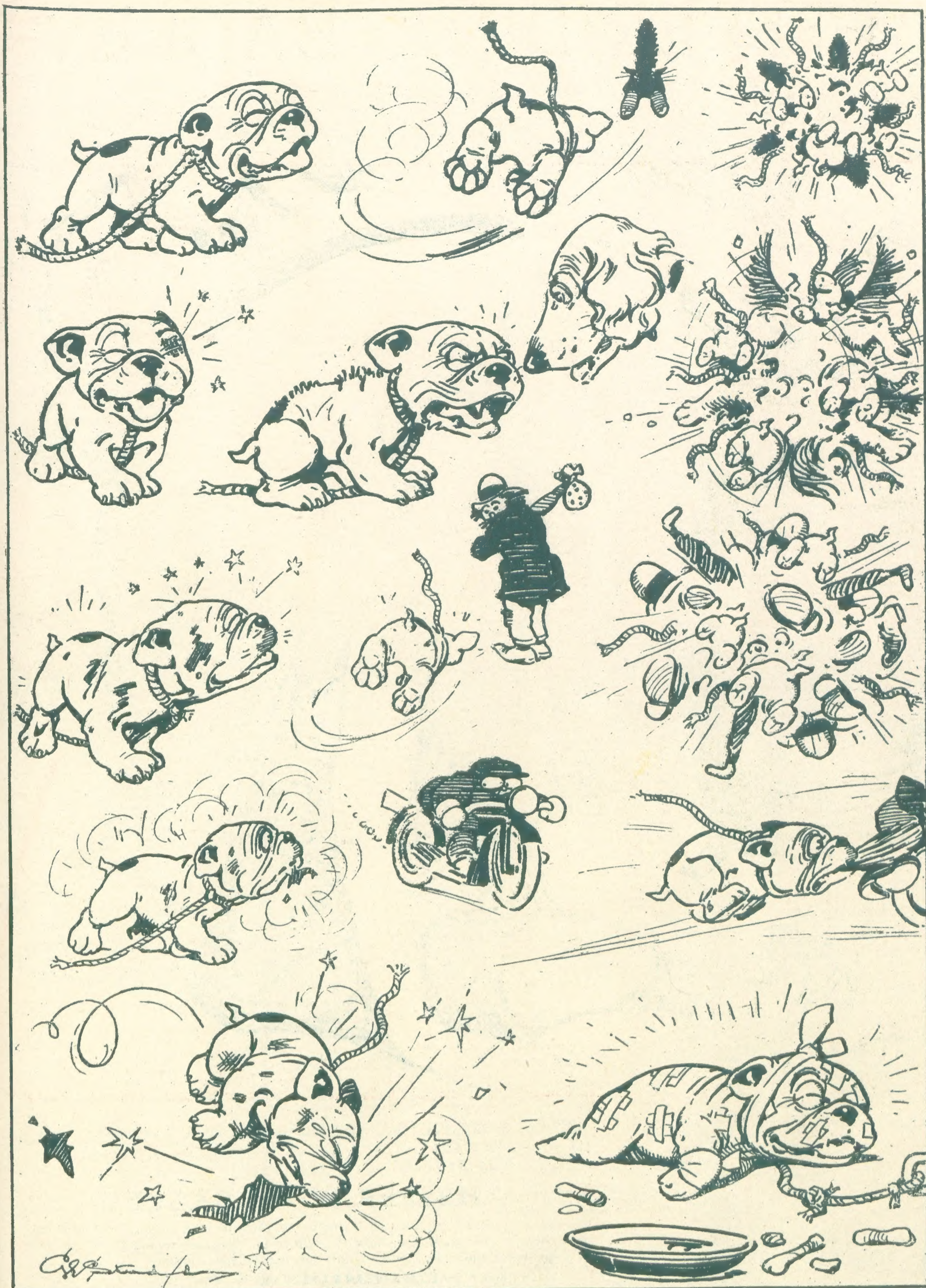
A los coleccionistas de "FRAY MOCHO"

Habiendo sufrido un alza el valor de los materiales empleados en las tapas para la encuadernación de los ejemplares de nuestra revista, anotamos a continuación los precios que regirán en lo sucesivo:

		En cuero	En tela
Encuadernación en formato grande.	cada tomo	$ 12.—	3.70
„ „ „ chico.	„ „	„ 8.—	3.—
Tapas sueltas „ „ grande.	„ „	„ 9.—	2.—
„ „ „ „ chico.	„ „	„ 6.—	1.50

LA ADMINISTRACION.

UN DIA FELIZ



Y un final triste